

**Sophie Saint Rose**

**Serie Vecinos**



**Sería  
imposible  
olvidarte**

**226**

# Sería imposible olvidarte

Sophie Saint Rose

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

## Capítulo 1

Jenika con una caja en los brazos, tuvo que detenerse antes de entrar en el portal porque llegó una vecina y la muy estúpida no la dejó pasar. Gruñó porque ni la saludó siquiera. Pensaría que era de la mudanza y no tenía el pedigrí necesario como para que se molestara en saludarla. Mirando su cabello rubio impecablemente peinado en un recogido en la nuca y el carísimo abrigo de cachemira rojo que llevaba, se dijo que debía cuidar mejor su aspecto. Ahora estaba entre gente de dinero. Entró en el portal y se preguntó dónde coño estaría el portero. El muy capullo había visto llegar al camión de la mudanza y había desaparecido. Pues se quedaba sin aguinaldo. Hizo una mueca porque para navidades quedaban ocho meses, un poco pronto para tacharle de la lista de regalos.

Al fin llegó el ascensor y entró viendo que su melena morena estaba a punto de soltarse de la coleta. Madre mía qué pelos, no le

extrañaba que la vecina pensara que no vivía allí, si parecía una sin techo. Pero no le había quedado otra que ayudar a los de la mudanza, uno de los transportistas se había hecho daño en el tobillo al bajar del camión y si no se iban cuanto antes a Minnesota le cobrarían otro día de portes.

Al entrar en su casa sopló un mechón que tenía sobre la frente y dejó la caja en el centro del enorme salón. Entonces escuchó risas y entrecerró los ojos yendo hacia la cocina para encontrarse que los de la mudanza estaban bebiendo unas cervezas como si estuvieran en su casa. Menuda cara tenían y ella subiendo cajas cuando era la que pagaba. Es que era para matarles. La sangre le hirvió y entró furiosa. —¿Se puede saber que estáis haciendo?

—Un descanso, jefa, estamos agotados después de tanto conducir.

—Un descanso, ¿eh? ¿Veis que yo me lo tome? ¡A trabajar, vagos, o hablo con vuestro jefe del cuento que le echáis para no pegar palo al agua! ¡Y ya podéis daros prisa en bajar, porque como me roben una sola de mis cajas, os meto un paquete que os cagáis!

Dejaron las cervezas sobre la encimera y salieron prácticamente corriendo. Mira, al del tobillo ya no le dolía. Menudo

sinvergüenza. Agotada después de toda esa última semana de pesadilla, se sentó en el sofá plastificado y suspiró. Bueno, al menos ya había llegado. En cuanto esos se largaran, dormiría un poco, comería algo y se daría un baño de tres horas.

En ese momento entró en el piso un hombre de unos cuarenta años con un traje gris y Jenika se levantó de golpe. —¿Sí?

—¿Jenika Whitfield? —Su tono mostraba que no pensara que fuera ella y más cuando miró todo el salón como si fuera a aparecer de la nada.

—Soy yo.

Parpadeó antes de repasarla de arriba abajo.

—Disculpe las pintas, pero estoy de mudanza.

—Ya... —Alargó la mano y mostró el sobre. —Las normas del edificio.

—¿Las normas? —Sin entender cogió el sobre. —Cuando firmé el contrato no me dijeron nada de normas.

—Todos los edificios las tienen, aunque si quiere puede buscarse otra cosa.

—Oh... —Un ultimátum en toda regla. —Vaya, qué directo. —Abrió el sobre para decir distraída. —¿Y usted es?

—Collin Smithson, presidente de la comunidad.

—Vaya, vaya... —Terminó de leer aquellas absurdas reglas y le miró con sus preciosos ojos verdes. —¿Sabe qué?

—No.

—No pueden obligarme a cumplir nada de esto. Por ley todas las especificaciones deben aparecer en el contrato de arrendamiento y no después porque la comunidad se las saque de la manga. Así que si quieren... —Miró el papel. —Que no haya fiestas a partir de las once de la noche, o que no tenga mascota, tendrán que hablarlo con su abogado porque yo no pienso irme a ningún sitio. —Sonrió de oreja a oreja. —Que tenga buen día.

—No nos las hemos sacado de la manga, todos hemos estado de acuerdo.

—A mí no se me comunicó nada y no pienso deshacerme de Violeta, así que búsquese la vida, amigo, porque no voy a cambiar de opinión.

—¿Violeta?

Silbó y su perra, una caniche de pelo negro corrió como un rayo para mirar al intruso con el rabito bien tieso. —Ella es Violeta.

El tipo apretó los labios. —No se permiten mascotas.

—Pues van a tener que hacer una excepción, porque así está la cosa. Gracias por el aviso, pero ha llegado demasiado tarde. Que tenga un buen día.

Molesto se fue de su casa y ella chasqueó la lengua. —Cielo, no tiene muy buen carácter. —Se acercó a su caniche y lo cogió en brazos para achucharlo. —¿Qué estabas haciendo, eh? ¿Destrozando alguna caja? —Fue con ella hasta la habitación y sonrió porque había conseguido sacar unos calcetines de una de las cajas. —Como los calcetines de mamá nada, ¿eh? Qué más da que ya te haya sacado todos tus juguetes, que por cierto me han costado una pasta, lo importante son los calcetines de mamá. Pues hala, a disfrutar.

La besó y la dejó en el suelo para ir hacia el salón donde estaban dejando tres cajas más. Ya ni se molestaban en dejarlas por habitaciones, ¿para qué? Ya lo haría ella. Molesta se dijo que mejor empezaba a sacar los enseres de la cocina y gimió al recordar que no tenía nada que comer. Tenía que hacer la compra, adiós a su siesta.

Cogió una caja que ponía platos y escuchó que se cerraba una puerta. Por instinto miró hacia el ascensor que se veía desde su puerta y vio a un tipo que debía medir uno noventa con unos



vaqueros que le hacían un culito de lo más apetecible. Con caja y todo estiró el cuello para verle bien. Entró en el ascensor y se dio la vuelta pulsando el botón, pero también debió pulsar algo en ella porque cada célula de su cuerpo se revolucionó. Su cabello era castaño y lo tenía lo suficientemente largo como para que le salieran en la nuca unas ondas de lo más atractivas. Además, tenía esa barba de dos días que la volvía loca y qué pectorales... Esa camiseta gris le quedaba de miedo. Estiró más el cuello y él debió verla porque miró hacia allí mostrando unos ojos azules increíbles. El tipo levantó una ceja y Jenika soltó una risita estúpida. Las puertas empezaron a cerrarse y ella pensó en que se le iba y tenía que decirle algo. —Hola, soy... —Decepcionada bufó porque se cerraron del todo. —Mierda, esas puertas van a toda leche. —Juró por lo bajo. —La próxima vez tienes que ser más rápida. Eso si había próxima vez, que igual ha venido a ver a alguien. Jenika tienes que ser positiva. Puede que tengas suerte. Que no es que tú quieras nada con él, son tus hormonas las que quieren algo con ese cañón de tío. —Entró en la cocina. —A ese sí que le ponía yo delante las reglas del edificio.

Estaba sacando varios libros de las cajas sentada en el suelo con Violeta jugando con una pelota a su lado, cuando la perrita levantó la vista mirando hacia la puerta. Sonrió. —¿Viene alguien? Vamos a ver. —Se levantó a toda prisa para pegarse a la mirilla como si fuera una de las mayores cotillas de Manhattan, cuando ella no había hecho eso en su vida. Pero por ese tío merecía la pena una demanda por intrusión a la intimidad.

Efectivamente era él riendo con el móvil al oído. —Sí, no te preocupes, llegaré para el partido. Vete pidiendo las cervezas.

Pasó por la mirilla hacia su derecha y le perdió de vista. Jenika dio saltitos frente a la puerta levantando los brazos de la alegría. —Sí, sí, es mi vecino. —Su perrita saltó también y se echó a reír antes de cogerla en brazos. —Esto merece una buena cena. Una latita con comida húmeda para mi preciosa princesa y yo una pizza a domicilio.

—¿Qué haces aquí?

Se detuvo en seco mirando hacia la pared y antes de darse cuenta ya había pegado la oreja. —Esos planos me los podías haber dado en la oficina —dijo él cabreadísimo. Escuchó una voz femenina, pero no distinguió lo que decía —. ¡Mira, fue un polvo que es lo que me permito con cada tía, así que ya estás saliendo de mi casa a toda

hostia! No has sido invitada y no tengo ni puta idea de cómo has entrado aquí, pero si no quieres que llame a la policía...

—¿A la policía? —Vaya, ahora sí que la oía. Evidentemente se había alterado. —¿Pero tú de qué vas?

—¿Que yo de qué voy? ¡De qué vas tú! ¿Acaso te he dicho algo que haya dado pie a esta situación tan incómoda? ¡Te dije que solo sería una noche, Maryorie! ¡Una noche!

—Pero Clancy, mi amor, hoy me has sonreído en la oficina y creí que...

—¿Tú te estás oyendo? ¡Creí que todo había quedado muy claro y porque te sonría no significa que quiera algo! ¡Si quiero algo lo digo!

Madre mía qué contundencia, a ver si algún día le decía algo a ella.

—Muy bien, me largo.

—¡Perfecto! Por cierto, dame la llave.

—¡La tiene el portero, idiota!

—¡Ya hablaré yo con él! ¡Y con el administrador! ¡Y con un abogado por si acaso!

Sonrió de oreja a oreja levantando la mano. —Yo te ayudo, guapo.

—¿No estarás pensando en demandarme? —preguntó indignada.

—¡Pues me lo estoy pensando! Que las tías siempre pensáis que podéis hacer lo que os da la gana. ¡Si yo hubiera hecho algo así ya estaría esposado!

—¡Imbécil! Encima que quería hacer algo romántico.

—¡Tú lo que querías es un polvo!

El portazo la sobresaltó y corrió con Violeta a la mirilla. Dejó caer la mandíbula del asombro porque la rubia, sin cortarse un pelo, había salido en ropa interior y era de las caras, eso se veía en la puntillita. Hizo una mueca porque ya era hora de tirar las braguitas de algodón. Comparándola con esa iba a quedar fatal. La tal Maryorie se puso el vestido rojo de malas maneras y escupió a la puerta de al lado. Hizo una mueca. Muy fina no era. Llevar ropa carísima no le había quitado la mala leche del barrio. Vio cómo iba hasta el ascensor sobre esos taconazos y pulsó el botón de llamada con mala leche. —Rechazarme a mí. Ya verás cuando hable yo con mi abogado...

Uy, eso sí que no, esta despechada quería hundir su reputación. Molesta abrió la puerta y esta la miró sorprendida. — ¿Sabes lo que son los testigos, maja?

Se sonrojó con fuerza y Jenika sonrió. —Te aconsejo que te mantengas calladita, que estarás más guapa.

Fuera de sí entró en el ascensor y siseó —Capullos.

Chasqueó la lengua antes de entrar en su piso de nuevo. — ¿Has visto, Violeta? Eso nunca se hace. Nunca te arrastres por ningún perrito. Tú firme, que al final caen igual y les queda muy clarito que tienes orgullo. —La besó en la frente antes de dejarla en el suelo. —Mmm, sí la pizza de pepperoni. A la mierda la dieta.

No sabía por qué, pero no le entraba el sueño. Ya había colocado la mitad de las cajas y estaba colgando su ropa en el vestidor. Varias de sus prendas estaban muy arrugadas, tendría que plancharlas. Eso si encontraba la plancha. Fue hasta el salón para buscarla entre las cajas que aún le quedaban sin abrir, cuando escuchó el click del ascensor. Corrió hacia la puerta y deslizó la mirilla impaciente por verle. Clancy salió del ascensor agarrado a

una morena con un vestido tan pegado al cuerpo que ni sabía cómo la dejaba respirar. Bufó porque era evidente que ese hombre no tenía filtro a la hora de elegir con quien compartía su cama. Entrecerró los ojos porque no sabía si eso era bueno o malo a la hora de tener avances con su vecino. Centrándose de nuevo en él, vio que le susurraba algo al oído y la morena rio de manera escandalosa. Jenika gruñó cuando desaparecieron. Dejó caer la tapita de la mirilla y se volvió con los brazos en jarras para mirar a Violeta que estaba tras ella lista para enterarse de lo que estaba pasando. —Es un pendón, eso está claro. No sé si insinuarme para tener una noche alocada o hacerme de rogar para ver si así se enamora de mí. Yo creo que es mejor la segunda opción porque este hombre hace palpar mi corazón. No le veo simplemente como el rollo de una noche. ¿Tú qué opinas?

Violeta se volvió como si ese tema le importara un comino y Jenika jadeó. —Muy bonito, ya te escucharé yo cuando tengas un problema.

Miró la hora en su reloj y levantó una ceja. Las doce de la noche. Hora de dormir que aún tenía dos días de mucho trabajo antes de que empezara el trabajo de verdad en el nuevo bufete. Sonrió al pensar en su trabajo. Igual hasta se iba de compras para

estar lo más chic posible en su nuevo empleo. Decidida fue hasta el pasillo que llevaba a su habitación. —Al final ni baño de espuma ni nada de nada, Jenika eres un desastre.

Al llegar a la cama se dio cuenta de que todavía no la había hecho. Mierda, ahora tendría que buscar las sábanas. Necesitaba una asistenta lo antes posible. Sí, esa era una idea estupenda. Mejor ponía la colcha por encima y a dormir, que de repente estaba agotada. Tiró la colcha de mala manera sobre el colchón y se dejó caer sobre ella mirando el techo. Violeta gimió desde abajo y suspiró. —Ni de broma. —Se estiró para mirarla pues tenía las patitas delanteras apoyadas en la cama. —Sé que estamos en una casa nueva, pero las normas siguen siendo las mismas, cielo. A dormir.

Gimió de nuevo. Uff, iba a ser una noche muy larga.

Al final ganó Violeta, por supuesto. Después de una hora con tal de dormir la tumbó a su lado y la perra encantada. Ella no tanto porque no había podido moverse como quería y se había levantado con dolor de cuello. Por el pasillo llegó al salón y torció a su derecha

para entrar en la cocina. Al ver aquel desastre gimió, pero al menos había podido colocar la cafetera y alguna taza había por allí. Enchufó la cafetera bostezando y regresó a la habitación para calzarse las zapatillas de deporte. Se puso encima la gabardina y miró a Violeta que seguía en la cama tan ricamente. —Ya maja, me has despertado a las siete, así que ahora no te hagas la remolona, mueve el culo.

Violeta se puso de pie gruñendo y saltó de la cama. Sonrió agachándose para acariciarla. —Buena chica. Venga, vamos a dar una vuelta a ver dónde podemos hacer tus cositas a gusto.

Le puso la correa y salió del piso con su peque. Estaba cerrando la puerta estirando el cuello hacia la puerta de al lado cuando esta se abrió sorprendiéndola. Clancy fresco como una lechuga y recién duchado, llevaba un traje gris que le quedaba para morir. Él la miró apenas y dijo —Buenos días.

—Buenos días —susurró aún en shock. No era justo y ella con aquellas pintas. Le vio ir hacia el ascensor y entonces se dio cuenta de que podía bajar con él. A toda prisa se le puso al lado con Violeta en medio que no dejaba de mirarle.

Él miró hacia abajo y levantó una ceja. —Creía que no se permitían animales en el edificio.



—Violeta es mi perro guía.

—¿No me digas? No tiene pinta.

—Pues lo es. —Las puertas se abrieron y Violeta entró con ella detrás. —Disculpa, pero está acostumbrada a hacerlo así.

—Lo entiendo si te está guiando —dijo con ironía.

Sonrió viendo como pulsaba el botón del bajo.

—Por cierto, soy Jenika Whitfield y ella es Violeta.

—Clancy Levant.

—¿Arquitecto?

—Ingeniero de estructuras.

—Abogada.

—Nunca está de más tener un amigo abogado. ¿Especialidad?

—Penal.

—Interesante.

—Sí, saco criminales a la calle por pasta. Me gusta el dinero, es un defectillo que tengo.

Clancy sonrió. —A todos nos gusta, los que dicen que no son unos hipócritas.

Sus preciosos ojos verdes brillaron. Uy, era perfecto. Inteligente, guapo y con firmes convicciones capitalistas, eran almas gemelas. —¿El piso es tuyo?

Él suspiró mirando las luces. —No, el mamón del dueño no me lo quiere vender.

Abrió los ojos como platos. —A mí tampoco.

—Comprar en Manhattan se está poniendo imposible, hay un montón de lobbies que han adquirido muchas viviendas y se niegan a vender. Así están de caros los alquileres, están forzando a que el precio suba.

—Pues yo no voy a rendirme, a ver si encuentro algo.

—Si descartas alguno que esté bien, avísame, ¿quieres?

Sonrió. —Por supuesto.

Las puertas se abrieron y él salió del ascensor. —Que tengas un buen día, Jenika.

—Gracias vecino. Que tengas un día increíble.

Él se alejó y en ese momento le sonó el móvil. Lo sacó a toda prisa del bolsillo del pantalón y se lo puso al oído. Qué masculino y qué... Una risita la hizo volverse para encontrarse tras ella al portero

que la sorprendió por su juventud porque no debía tener más de veinte años. —Otra que cae en sus redes.

Parpadeó porque no se esperaba tantas confianzas. No era snob ni nada por el estilo, pero aquello le parecía pasarse cuando acababa de llegar al edificio.

—No he caído en ningún sitio. —Levantó la barbilla. —¿Eres el portero?

—Uno de ellos. Peter a su servicio —dijo con burla.

Uy, ese era un descarado de primera. —Pues Peter, uno de vosotros tendrá que pasar por mi piso. Uno de los radiadores gotea y está estropeando el parquet.

—Haré que Bill le vaya a echar un vistazo.

—¿Bill?

—Es el que hace las chapuzas.

—Espero que no me haga una chapuza, la verdad.

Él miró a su perrita como si le importara un pito. —No están permitidos animales.

—¿No me digas? Eres la primera persona que me lo dice.

La rubia que no la había dejado pasar el día anterior salió del ascensor mirando su móvil y levantó la vista distraída para detenerse

en seco por Violeta. —Ay, qué monada...

Al parecer la había juzgado mal.

Con su traje de firma se arrodilló ante Violeta, que encantada se dejó acariciar. La chica le sonrió. —¿Eres nueva?

—Del catorce C. —Alargó la mano. —Jenika Whitfield.

—Muriel Middleton. Séptimo A. Un placer. —Se estrecharon la mano. —De mudanza todavía, ¿no?

—¿Se nota?

—Un poquito. —Besó a Violeta en la frente y se levantó suspirando. —Tengo que ir a trabajar. Pero si quieres a las seis podemos quedar a tomar algo en tu casa y te ayudo.

Sorprendida por su amabilidad dijo —Me niego a que vengas a mi casa para trabajar, pero estaré encantada de que compartamos una copa de vino.

—¿Puedo ir?

Ambas miraron a Peter. —No —dijeron las dos a la vez.

—¿Por qué nunca me invita nadie a nada?

Las chicas se miraron antes de girarse e ir hacia la puerta. — Que pases un buen día, Peter —dijo Muriel.

—Este tío es un poco rarito, ¿no? —susurró ella llegando a la calle.

—A mí también me dio mala espina desde que llegué, pero al parecer es inofensivo. Te veo luego, que llego tarde.

—Que tengas un buen día.

Muriel sonriendo le guiñó un ojo alejándose hasta la calzada y levantó un brazo llamando a un taxi. Violeta ladró a una paloma y Jenika miró hacia abajo. —Vamos a dar esa vuelta, te lo vas a pasar genial.

## Capítulo 2

A las cinco y media ya lo tenía todo preparado. El vino blanco estaba en la nevera y los canapés que había comprado listos para ser servidos. Como iban a quedarse en casa, se había puesto el chándal más decente que tenía, que era uno rosa. Terminando de recoger el salón escuchó el click del ascensor y corrió hasta allí para ver que era Muriel que llevaba algo en las manos. Sonriendo abrió la puerta y su nueva amiga la miró sorprendida. —¿Ibas a algún lado?

—Qué va, he oído el sonido del ascensor y he mirado.

Entró en la casa y le tendió el paquete. —Bienvenida a la sexta avenida.

—Gracias, eres muy amable. —Cerró la puerta y cogió el paquete. —Ven, que tengo un vino buenísimo que te va a encantar.

—Genial, porque lo estoy deseando.

Fueron hasta la cocina y lo puso sobre la encimera de mármol gris para abrirlo impaciente. Al ver unos leggins de marca y una camiseta de deporte la miró asombrada. —Cielo, aunque sea para pasear a Violeta hay que hacerlo con glamour. —Cogió a Violeta y la acarició. —Trabajo en una revista de moda.

—Oh... —Soltó una risita. —Así que tengo asesora.

—La mejor. —Se sentó en el taburete. —¿Y tú en qué trabajas?

Fue hasta la nevera y sacó la botella. —Soy la nueva abogada del increíble bufete Robertson Laws.

—Vaya... —dijo impresionada—. Dicen que es de los mejores de la ciudad.

—Sí, por eso me decidí a dar el salto. Vengo de Minnesota.

—Debes ser muy buena para que te hayan llamado con todos los abogados que hay aquí. Y no exagero, das una patada y salen cincuenta.

Rio poniendo el abrebotellas eléctrico en la boca de la botella. —Sé que no exageras. Al parecer se fijaron en mí porque gané un caso importante. Saqué de la cárcel a un condenado por la muerte de dieciséis personas. Las arrolló con el camión.

—Hala... —dijo impresionada.

—Le acusaron de ir borracho y logré probar que tenía un problema importante de diabetes. A veces los que tienen esa enfermedad pueden parecer que han bebido. A mi cliente ni le hicieron la prueba de alcohol en sangre. Simplemente lo dieron por hecho. Fue un accidente. Desafortunado, pero un accidente.

—¿Y las víctimas?

—Sus familias deben ser indemnizadas por el seguro.

—Qué pena, morir así cuando no te lo esperas.

—Este trabajo me ha enseñado que puede ser en cualquier momento, así que hay que disfrutar de la vida. —Le entregó su copa. —Salud.

—Salud.

Bebieron y Muriel gimió de gusto. —Qué maravilla.

—¿Un mal día?

—Un día pésimo. Me han hecho cambiar la portada y me fastidia bastante porque me encantaba. Pero así mi jefa me sigue diciendo que ella es la que manda, aunque yo dirija la publicación, ¿lo pillas?

—Sí, te entiendo perfectamente. Es una capulla.



—Con todas las letras. —Sonrió maliciosa. —¿Has visto a tu vecino?

Rio. —Ahora entiendo ese interés por venir a mi casa.

—No maja, yo paso, pero tiene a todas revolucionadas desde que se mudó hace dos años. Ya se ha pasado por la piedra a la mitad del edificio.

—¿Qué es lo que no te gusta de él?

—Si estuviera libre me gustaría todo, pero mi corazoncito ya está pillado.

Vio que no tenía anillos y levantó una ceja. —Malcom es nuestro fotógrafo estrella. De vez en cuando...

—Así que eres su folla-amiga.

—Más bien su folla-jefa.

Rio. —Y no quiere nada más.

—¿Pero qué les pasa a los hombres? Soy guapa, inteligente, tengo un puesto de responsabilidad con el que gano una pasta... Y no es por nada, pero en la cama me lo curro un montón. Hasta me salen agujetas intentando posiciones imposibles —dijo haciéndola reír—. ¿Qué más quieren?

Pensó en ello y bebió de su vino.

—Es que ya no podemos dar más de nosotras, leche —dijo Muriel indignada—. ¡Cocinamos como Martha Stuart, tenemos la casa como si fuera de una revista de decoración, nuestros trabajos son increíbles y follamos con toda la desinhibición que podemos! ¡Qué más quieren!

—¿Se lo has preguntado?

Muriel parpadeó. —¿Qué?

—¿Le has preguntado qué cree él que te falta para que no esté contigo?

—Pues no.

—Eso es lo que te falta. —Cogió el plato y se lo puso delante.

—¿Un canapé?

Lo cogió distraída y se lo metió en la boca. —Tienes razón.

—Igual te estás esforzando demasiado, Muriel. Nadie es perfecto y seguro que él menos que nadie.

—¡Es un pasota que me saca de quicio! —Gimió. —Pero le amo.

—No tienes que ser perfecta, tienes que ser tú. Con esas diferencias que nos hacen únicos. Y si él no lo ve, que le den, que

hay mil hombres por ahí, cielo. No te agobies por lo que quiere o no quiere. O te acepta como eres o que le den puerta.

—¿Entonces se lo pregunto o no? Me tienes confusa.

Se echó a reír. —Te apuesto lo que quieras a que si se lo preguntas, te va a decir una tontería que te va a dejar tiesa de la impresión. Como por ejemplo que no cierras el tubo de la pasta de dientes o algo así.

—¿Y eso es bueno o malo?

—¡Venga ya! ¡Eres una mujer que publica consejos de cómo conquistar a tu pareja cada mes!

Gimió. —Es que ya no sé qué hacer.

Se sentó en el taburete a su lado. —Vamos a ver, si fuera yo la que estuviera colgada de ese tío y después de... ¿Cuánto lleváis juntos?

—Un año.

Abrió los ojos como platos. —¡Un año!

—Ya lo sé. Pero es que me tiene loca, no puedo decir otra cosa.

—Vale, esto tiene que acabar y cuanto antes, para bien o para mal, Muriel. Porque si ese tío no quiere nada contigo, estás

sufriendo porque sueñas con algo que nunca va a llegar. Si no se ha enamorado de ti en un año, no sucederá.

—Tía, eres brutalmente sincera. —Se bebió su copa de golpe y Jenika se la llenó porque era evidente que la necesitaba.

—Tú sí que tienes que ser sincera con él y hablarle a las claras. Oye, ¿quieres tener algo serio conmigo o no? Porque yo quiero algo más y si tú no quieres, lo mejor es cortar de raíz

—¿Y si le pierdo? —preguntó asustada.

—Si él no siente lo mismo que tú, es que no le has tenido nunca, Muriel. No puedes perder lo que nunca ha sido tuyo.

Bufó dejando la copa sobre la encimera y miró a Violeta que estaba tan tranquila en su regazo. —Es un amor.

—Me la regaló mi madre dos días antes de morir.

La miró impresionada y Jenika sonrió con tristeza. —Decía que no podía quedarme sola en el mundo y que Violeta me iba colmar de alegría.

—¿De qué murió?

—Cáncer de mama.

—Lo siento mucho.

—Han pasado dos años y no hay día en que no la eche de menos —dijo emocionada—. Pero es cierto que centrarme en Violeta y en mi trabajo me ayudó mucho a seguir adelante. —Sonrió mirando a su perrita. —La quiero con locura. —Acarició su cabecita.

—¿No tienes más familia?

—Un hermano, pero vive en el condado de Blue Earth y no nos veíamos mucho. Me lleva diez años, era como de un planeta distinto al mío.

—¿Y tu padre?

—Se divorciaron cuando yo tenía siete años y no es que le viera mucho. Era viajante de productos farmacéuticos y casualmente cuando le tocaban las visitas siempre estaba ocupado. Creo que después del divorcio estuve dos o tres veces en su casa. Ni se preocupaba porque hubiera comida en la nevera, pero yo nunca protesté porque sabía que mi madre se pondría histérica. Aun así pasó de mí y de mi hermano que en aquella época ya pasaba de todo.

—Así que solo tenías a tu madre. Te dio un regalo enorme.

—Por mi Violeta lo que sea.

—Hasta has conseguido traerla al edificio, es increíble. Quise comprarme una perrita y cuando se lo comenté a una vecina apareció la Gestapo para amenazarme con echarme del edificio porque venía en mi contrato.

Entrecerró los ojos. —Serán capullos. Conmigo cometieron un error en el contrato y no lo pusieron, pero no te preocupes que si quieres un perro solo tendrás que esperar unos meses.

La miró asombrada. —¿De veras?

—Uy, sí. Porque yo siento un precedente. De hecho hay jurisprudencia en el estado de Nueva York que me apoya, así que en seis meses ya no podrán negártelo.

—Genial. —Besó a Violeta. —Vas a tener un amiguito. ¿Le has encontrado guardería?

Hizo una mueca. —Todavía no. He buscado, pero la única que he encontrado por la zona no me convence.

—Pues en eso puedo ayudarte, porque en mi empresa hay una guardería de mascotas.

La miró asombrada. —No te creo.

—Te lo juro. Se ha demostrado que llevar la mascota al trabajo te hace producir más y en mi empresa han puesto una

guardería en el bajo. Trabajo a tres manzanas de aquí y las chicas que los cuidan son encantadoras. Incluso los llevan al parque. Sin soltarlos, eso sí, porque se temen demandas.

—¿Y es muy cara?

—Si quieres mañana pregunto.

—Gracias, gracias. Espero que haya plazas.

—¿Quién crees que propuso la guardería?

Se echó a reír. —Supongo que fue antes de que te prohibieran tener perro aquí.

—Tú lo has dicho. Pero oye, que funciona, porque muchos de mis trabajadores bajan, echan un vistazo y vuelven contentos como unas castañuelas. Ha sido todo un acierto. Hasta mi jefa lo ha dicho en la última reunión.

—Usarás la guardería, te lo garantizo.

Muriel chocó su copa con la suya. —Por nuestros peques. —Bebieron y su nueva amiga sonrió. —No me has dicho qué te parece tu vecino, abogada.

—Un cañón.

Rio asintiendo. —Y no es que sea el más guapo, estoy harta de ver tíos guapos, es que tiene algo a su alrededor, como una

seguridad, un aura... Yo qué sé, pero hace que a su paso las tías pierdan la ropa interior.

—Sí, ya me he dado cuenta y eso que llegué ayer. Hoy he hablado con él en el ascensor. Me ha dicho que quería comprar el piso, pero que el administrador ha dicho que los dueños se niegan.

—Muchos estamos igual. Pero es imposible encontrar algo para comprar por aquí a no ser que te salga la pasta por las orejas, maja. Y menos aún siendo soltero porque en algunos edificios solo quieren matrimonios.

—Yo no me rindo y si encuentro algo decente me iré. Alquilar me parece tirar el dinero.

—Te va a costar.

Se encogió de hombros. —Algo habrá.

—¿Y qué más te dijo?

—Que si encontraba algo que yo descartara que le avisara.

—Muchas llorarán cuando se vaya.

Soltó una risita. —Se irá conmigo.

Impresionada dejó la copa. —¿Tan segura estás de que le vas a cazar?

—Sí. —Cogió un canapé y se lo metió en la boca.



—Es impresionante tu seguridad. —Interesada se acercó. —  
¿Y cómo lo vas a hacer?

—Él vendrá a mí. Yo no voy a tener que hacer nada.

—¿Perdón? ¡Si las tiene a puñados!

—Exacto. Cuando vea que no soy una amenaza para su soltería, tendrá más interés porque no le hago caso. Eso dañará su ego lo suficiente como para que quiera conocerme.

—Indiferencia.

—No lo soportan, sobre todo los egocéntricos que se creen que las mujeres caen a su paso.

—¿Crees que eso me funcionaría a mí?

Pensó en ello. —Bueno, llevas un año acostándote con él... Nunca lo he probado desde ese punto de vista. ¿Ignorarlo ahora? Puede que funcionara.

—¿Pero puedo seguir acostándome con él?

—Claro, esto va de que no sepa que estás segura. Además, si sales con otros mejor que mejor. Si te recrimina algo no tiene derecho, no sois nada. Pasas de él como él hace contigo y a ver qué ocurre. Que no vea que te tiene, ni que te preocupas por su vida, ¿entiendes?

—Tiene que darme todo igual de él.

—Exacto. ¿Que quiere salir a cenar? Uff, hoy no puedo. Tengo que quedar con amigas, o algo así. ¿Que quiere follar? Bueno, tendrá que ser uno rapidito en el despacho. ¿Que quiere hablar de su vida?

—Paso.

—No. Ahí le escuchas y le aconsejas como haría un amigo. Después en lugar de tirártelo, dices que tienes que irte. Él alucinará, por supuesto, porque después de una conversación así viene la cama, pero tienes que dejar claro que estás poniendo distancia, ¿entiendes?

—Eres maquiavélica. Estoy ahí, pero no estoy disponible como siempre ni cuando a él le venga en gana.

—Exacto. Y si un día él no puede quedar no te cabrees, te da lo mismo. Dices algo así como “Oh, pues me voy al cine con Jenika, pásalo bien.”

Muriel se echó a reír. —Le va a chocar muchísimo después de todo un año esperando sus llamadas y de decirle sí siempre que quería quedar.

Sonrió maliciosa. —Pues eso se acabó. Si quiere estar contigo, que se lo curre un poquito.

Salió de su casa con Violeta en brazos y vio que Clancy también salía. —¿Paseo de la mañana?

—Uff... —dijo agotada—. Hoy no he pegado ojo. Con tanto trueno Violeta estaba muy asustada y no me ha dejado dormir.

Él sonrió. —Sí, sé lo que es.

—¿Has tenido perro? —preguntó yendo hacia el ascensor.

—Un husky hasta que me fui a la universidad.

—Supongo que lo echas mucho de menos —dijo con pena.

Él asintió pulsando el botón del bajo. —¿Ya te has acomodado?

—Bueno, siempre quedan algunas cosillas, pero poco a poco. Mañana empiezo a trabajar y esta tarde aprovecharé para estudiar. Tengo el examen del estado para permitirme ejercer aquí con mi título.

—Seguro que te irá bien.

—Por supuesto. —Su seguridad le hizo sonreír. —¿En qué trabajas ahora?

—Vamos a hacer un nuevo puente en Brasil.

Silbó. —Impresionante.

—Sí.

Se le quedó mirando y notó cómo se tensaba. Este pensaba que iba a tirarle los tejos. —¿Sabes? Me acabo de dar cuenta de que tienes un trabajo que verán los hijos de tus hijos. Tú haces historia, qué interesante. —Las puertas se abrieron y salió con Violeta mientras que él pensando en ello se quedó mirándola. —Buenos días, Peter. Bill hizo un trabajo excelente.

—Espero que se note en el aguinaldo.

Rio porque ya le iba cogiendo el punto a su descaro. —Me lo pensaré. —Al salir a la calle sonrió de oreja a oreja porque aquello iba muy bien.

## Capítulo 3

Era de noche cuando escuchó el sonido del ascensor y con el ceño fruncido vio en el móvil que era la una de la madrugada. Se levantó de la mesa del salón donde estaba estudiando y fue hasta la puerta para mirar, cuando vio a su vecino saliendo del ascensor con una chica cargada al hombro. Le dio un vuelco al corazón y asombrada se apartó. No, no podía ser él. Volvió a mirar y le vio jurar por lo bajo intentando meter la mano en el bolsillo del pantalón para sacar las llaves. La cabeza de la mujer se movió de un lado a otro haciendo que su espesa melena pelirroja se balanceara. Jenika se mordió el labio inferior sin saber qué hacer. ¿Qué vas a hacer? Llamar a la policía. ¡Está metiendo una mujer inconsciente en su casa! Corrió hasta el móvil y muy nerviosa marcó.

—Nueve, uno, uno, ¿cuál es su emergencia?

—Mi vecino acaba de meter en su piso a una chica inconsciente. —Se pasó la mano por la frente. —No sé, me parece muy raro. Él vive solo y...

—¿Cree que puede hacerle algo?

—Pues chica, ¿qué quieres que te diga? Se ven cosas muy raras por el mundo. Normal no es.

—Enviaremos una patrulla. ¿Su dirección es...?

Ella se la dijo a toda prisa. Entonces escuchó un grito en la casa de al lado que la sobresaltó y con los ojos como platos miró hacia la pared. —¿Lo ha oído? Ha sido en la casa de mi vecino.

—No se preocupe, la patrulla está a tres minutos —dijo la chica a toda prisa—. ¿Oye algo más?

Se acercó lentamente a la pared.

—¡Joder, estate quieta!

—Le dice que se esté quieta... —susurró.

—Lo he oído. Que bien se oye su móvil, ¿qué modelo es?

Asombrada miró el teléfono. —Oiga, ¿me está tomando el pelo? ¡El macizo de mi vecino es un secuestrador y a saber qué más!

El sonido del telefonillo la sobresaltó. —Ya están aquí. —Colgó y corrió hacia el terminal apretando el botón. —¿Sí?

—Policía, abra.

Pulsó el botón. Impaciente abrió la puerta y le dijo a Violeta

—No salgas, cielo. —Sin quitar la vista ni a la puerta de al lado ni al ascensor esperó impaciente. —Vamos, vamos...

Las puertas del ascensor se abrieron y mostraron a dos agentes con las manos en la cartuchera. —¿Ha llamado usted? —preguntó uno de ellos.

—Sí, sí. Le he visto llegar y les he llamado de inmediato.

—Métase en casa y no salga.

Asintió antes de cerrar la puerta a toda prisa y les escuchó llamar en la puerta de al lado. Esperaba que la chica aún estuviera bien. Volvieron a picar y escuchó —¡Ya voy, joder!

Era evidente que estaba cabreadísimo porque le hubieran interrumpido. Se pegó a la puerta para escuchar.

—¿Qué ocurre?

—Hemos recibido una llamada de que alguien se encuentra en peligro, ¿podemos pasar?

—¿Pasar? ¿Pasar a mi casa?

Era evidente que no entendía nada y Jenika se mordió el labio inferior. Para que te fíes de los que tienen pinta de macizos.

—Sí, queremos entrar en su casa —dijo el otro policía—. Si quisiéramos entrar en otra estaríamos llamando allí. ¿Puede apartarse?

—¿Tengo otra opción?

—Le recomiendo que colabore.

Escuchó como caminaban y a toda prisa corrió hacia el tabique para pegar la oreja, pero solo se les oía murmurar. —Mierda. —Regresó a la puerta por si por allí se enteraba de algo, pero nada.

Impaciente esperó unos minutos, pero no se oían gritos ni nada importante. Entonces decidió abrir una rendija y llegaron hasta ella los pasos que se acercaban.

—Sentimos haberle molestado, señor Levant. Pero debe tener en cuenta que en una situación así debemos intervenir.

—Lo comprendo. Este mundo está lleno de locos.

—Así es. Si su hermana no se encuentra mejor por la mañana, debe llevarla al hospital.

—Es una borrachera universitaria que se le ha ido de las manos, pero no creo que tengamos que llegar a esos extremos.

Cerró la puerta de golpe y gimió por lo bajo. Su hermana, maldita sea. Había metido la pata hasta el fondo. Mierda, mierda. Se



llevó las manos a la cabeza y escuchó como los policías le daban las buenas noches y se iban. Cuando escuchó que se iba el ascensor retuvo el aliento mirando hacia la puerta, pero nada. Pasados unos segundos suspiró del alivio y miró a Violeta. —Pues al final no era un asesino en serie.

Los golpes en la puerta la sobresaltaron y miró hacia allí. — Estupendo, y tú pensando que te habías librado.

—¡Abre de una puta vez!

Arrastrando los pies fue hasta la puerta y la abrió para encontrárselo al otro lado con una cara de cabreo que no presagiaba nada bueno.

—¿Pero a ti qué coño te pasa?

Saca la abogada que llevas dentro. Ponte chula, que no te intimide. Levantó la barbilla. —Ante una situación de posible peligro, hay que llamar a la policía y es lo que he hecho. ¿O querías que te preguntara? Si fueras un asesino no me ibas a decir lo que ibas a hacer, ¿no? Además, me pondría en peligro. En estos casos lo mejor y lo más sensato es llamar a la policía.

—Es mi hermana —dijo entre dientes.

—Si te hubiera conocido mejor lo hubiera sabido, pero como no te conozco...

—Ni me vas a conocer. —Fue hasta su casa y cerró de un portazo.

Jenika estiró el cuello. —Bah, eso son cosas que se dicen con el calentón, pero no te lo tomaré en cuenta. Que descanses. —Se metió en casa y gimió mirando a Violeta. —¿Crees que se le pasará? —Su caniche inclinó la cabecita. —¿Eso es que no? —Se mordió el labio inferior caminando de un lado a otro. —Esto solo es un bache en el camino. Lo superaremos.

—¿Que hiciste qué?

El espanto en la cara de Muriel lo decía todo y ella gruñendo por dentro cogió el café del puesto callejero. —¿Crees que estará muy cabreado?

—Nooo, qué va.

Se volvió haciendo que Violeta la siguiera y ambas caminaron por el parque hacia el trabajo de su amiga. —Se le pasará.

—Menuda manera más rara que tienes tú de ligar —reprimió la risa.

—Muy graciosa, me hubiera gustado verte a ti en esa situación.

Después de beber de su café hizo una mueca. —Le ha tenido que sentar como una patada en los cataplínes. ¿Le has visto esta mañana?

—No, pero he oído los gritos que le ha pegado a su hermana porque era una irresponsable, porque sus padres estaban preocupadísimos por cómo manejaba su vida y porque por poco le mete en un problema de aúpa. Al parecer un amigo de ella le llamó cuando Clancy estaba en una cena de negocios y tuvo que ir a buscarla porque sus amigos no sabían qué hacer con ella. Luego vino lo del embarazo, los lloros y el drama, porque entonces sí que se puso como un basilisco.

—¿El embarazo?

—Al parecer la chica tuvo un noviete que la dejó tirada en cuanto se hizo la prueba.

—De ahí la borrachera.

—Bueno, antes no es que no le diera a la botella. Por lo visto esto no es la primera vez que ocurre, aunque no a este volumen. Los padres ya la habían pillado un par de veces subida de tono, no sé si me entiendes.

Muriel asintió. —Está en la universidad, ¿quién no se ha tomado unas copitas en la hermandad?

—Cierto. El problema es que vive con los padres y todo se ha salido de madre, hasta el embarazo. Que Clancy vaya de santo no me parece justo.

—Aunque lo del embarazo...

—Lo sé. Pobrecita, seguro que está hecha un lío. Clancy no dejaba de gritar que a ver cómo se lo contaba a sus padres. Escuché como lloraba.

—Tiene opciones. —Jenika hizo una mueca y Muriel la miró asombrada. —¿No estás de acuerdo con el aborto?

—Es un tema algo complejo. En algunos casos por supuesto que estoy de acuerdo, pero en otros...

—¿Como cuáles? —preguntó sin juzgarla.

—Una de mis colegas de trabajo se quedó embarazada y no quiso tenerlo. ¿Sabes sus razones? No porque no tuviera un trabajo

estupendo en el que por cierto le pagaban muy bien, no porque no tuviera una casa enorme y hermosa o porque su marido no lo quisiera, abortó porque tres meses después se iba de crucero y no le iba a fastidiar las vacaciones.

Muriel la miró impresionada. —¿Hablas en serio?

—Totalmente. Y tuvo el descaro de decirlo ante todos los miembros del despacho. Me pareció egoísta, no pude evitarlo.

Su amiga asintió pensando en ello. —Esa mujer no estaba preparada para ser madre.

—¿Acaso alguien lo está? Tu vida cambia por completo, pero la diferencia es tener arrestos para seguir adelante y luchar por tu familia. Las circunstancias de Jennifer, la hermana de Clancy, son distintas. Ella está iniciando esa vida y las decisiones que tome ahora, pueden afectar a todo su futuro.

—Seguro que su familia la ayuda si decide tenerlo, es evidente que su hermano se preocupa por ella.

—Sí.

—Uff, menos mal que nunca me he visto en ese problema.

Lo dijo apartando la mirada de una manera que la mosqueó y Jenika se detuvo en seco. —No.

Se puso como un tomate.

—¿Estás embarazada?

—Shusss habla más bajo, te puede oír alguien.

Dio un paso hacia ella. —¿Lo estás?

La miró angustiada y no tuvo que decir más.

—¿Se lo has dicho?

Negó con la cabeza. —Quiero que desee estar conmigo por mí, no obligarle con un embarazo.

Asintió porque era lo más sensato. —¿Qué vas a hacer?

—Intentar que me ame y como dijiste darle puerta si no lo consigo antes de que se note.

—Tú eres de las mías, una luchadora. —Sonrió. —¿Te ha llamado?

—Estos días ha estado en Los Ángeles con unas sesiones de fotos. No he podido poner en práctica mi plan. Creo que me llamará esta noche.

—¿Y qué vas a hacer?

—Decirle que tengo que lavarme el pelo. ¿Quedamos para después?

—Claro. Tengo que venir a buscar a Violeta.

—Perfecto, pues llámame cuando estés cerca que bajo. Vamos, no quiero llegar tarde, mi jefa está insoportable porque no llegamos para el último número y ha habido un problema con la revista en la web.

Caminaron hacia el final de la calle y supo perfectamente donde estaba su empresa porque entraban en ella mujeres perfectamente maquilladas y vestidas a la última. —¿Qué problema?

—Hicimos un reportaje sobre autores y no se corrigió antes de colgarlo en la web. Uno de los autores está que trina porque su reportaje estaba lleno de faltas de ortografía. Ha puesto un post en sus redes, que nos ha dejado a la altura del betún.

—Ofrecerle un reportaje y ya verás como se le quita el cabreo.

—Eso le he dicho yo a la jefa, pero es como una guerra de egos.

—Pues dile a tu jefa que se asesore, porque puede demandaros.

Su amiga se detuvo en seco. —¿Qué?

—Sí, por perjudicar su imagen. Y más aún si los otros autores tenían de manera correcta sus reportajes. —La advirtió con la mirada. —Si fuera mi cliente le aconsejaría que demandara. Vosotros os habéis beneficiado con los anuncios exponiendo su imagen y sois responsables de la mala publicidad que le estáis haciendo.

—Mierda. Pero si lo corregimos en cuanto nos avisó su agente.

—Da igual, el mal ya estaba hecho. El que hubiera leído su reportaje se hubiera llevado una mala imagen de él. Seguro que tiene mil mensajes en las redes que le dan sustento a la demanda.

—¿Crees que con el reportaje se calmará?

—Sí, seguro que sí. Lo único que tendréis que negociar es el número de páginas y si va en la portada.

—Nunca hemos tenido un hombre en la portada.

—¿Está bueno?

—Es Peter Kellerman, ¿tú qué opinas?

Silbó porque era un cañón de hombre. —Nadie mejor que él para que sea la nueva cara de la revista, chica. Rico, guapo y con talento.



Muriel sonrió. —Eres un diamante en bruto como amiga, ¿sabes?

—Hago lo que puedo.

Miró las imágenes de la cámara de la guardería para ver que Violeta estaba de lo más entretenida jugando con una pelota. Sonrió aliviada porque estuviera bien y volvió al trabajo. La puerta se abrió sobresaltándola y sonrió a su jefe, el señor Matisse.

—Veo que te has instalado.

—Sí, no quería perder el tiempo.

—¿Te gusta tu despacho?

—Aún sigo impresionada con las vistas, gracias.

Él asintió. —Si necesitas cualquier cosa será un placer ayudarte.

—Gracias.

—¿Cuándo te examinas?

—El viernes de la semana que viene.

—Pues a por ello, tengo muchos casos que estoy deseando pasarte.

Sonrió. —Haré lo imposible.

—Esa es mi chica —dijo antes de salir.

Frunció el ceño y miró sus apuntes. —¿Esa es mi chica? Eso no ha sido muy profesional, Jenika. Ojito con este —dijo por lo bajo.

La puerta se abrió de nuevo y parpadeó al verle allí otra vez. —¿Sí?

—¿Comemos en el restaurante de enfrente en una hora? Así hablamos de cómo funcionan las cosas por aquí.

—Claro que sí. —Sonrió más ampliamente y el hombre pareció de lo más satisfecho. —Estoy deseando saber cómo funcionan las cosas por aquí, señor.

—Perfecto. Y llámame Barry, por favor. Sino creo que hablas con mi padre.

Simuló estar avergonzada. —Lo siento, pero es que como tiene la edad del mío se me ha escapado. Mi padre decía que siempre hay que tratar de usted a las personas mayores, aunque lo fueran solo por unos años. Además, estamos en el trabajo y hay que mantener la jerarquía. Siento que te haya molestado, Barry.

El hombre se sonrojó y carraspeó incómodo. —No me ha molestado. —Carraspeó de nuevo mirando el reloj. —Mierda, se me había olvidado que hoy tengo una reunión a la hora de la comida. ¿Lo dejamos para mañana?

Sonrió de oreja a oreja. —Así aprovecharé para estudiar hoy.

—Perfecto.

Cuando salió sonrió maliciosa. Sería capullo. Ese creía que porque era la nueva iba a tragar con todo, pues no sabía con quién se había topado. —Ya se lo dejarás muy clarito, Jenika. Ahora ponte a estudiar que no llegas.

Sentada en el sofá cogió un pedazo de pizza sin dejar de leer los apuntes que tenía en la mano, mientras Muriel sentada en el otro lado leía un libro sobre el embarazo. —No llama.

—Dale tiempo...

—Ese se está tomando tiempo con otra. Que por otro lado no le faltan, ¿sabes? ¡Media plantilla está deseando tirárselo! —Tiró el libro a un lado. —Mierda, ¿por qué no llama?

—¿Porque te ibas a lavar el pelo? —preguntó como si nada con la boca llena.

La miró asombrada. —¿Por qué estás tan tranquila? ¡Mi vida pende de un hilo!

Suspiró levantando la vista de los papeles. —No te ablandes. Sabes por qué haces esto.

Gimió dejándose caer en el sofá de espaldas.

—Sé que tienes miedo a que no salga bien, pero mires por donde lo mires es la mejor decisión, Muriel. Estás sufriendo porque no lo tienes. Te llena de inseguridades y tú mereces más. Él está muy cómodo acostándose contigo cuando le conviene. Si no te quiere, es mejor que se aleje para que puedas conocer a otros y si te quiere pues perfecto, que dé ya el maldito paso, que ya le vale. Y más en estas circunstancias.

Muriel se la quedó mirando y después de que Jenika diera un mordisco se dio cuenta de que no decía nada. —¿Qué? —preguntó con la boca a rebosar.

—¿Siempre eres tan segura de ti misma?

Masticó pensando en ello. —Con quince años no era así.

La miró con interés poniéndose de rodillas. —Cuéntamelo.

—No te conté todo lo que ocurrió cuando mis padres se divorciaron. Metieron a mi padre en la cárcel por tráfico de drogas. Llevaba unos gramos encima y acabó en el trullo.

Se llevó la mano al pecho. —¿De veras?

—No era un traficante ni nada por el estilo, consumía y vendía algunas dosis para pagarse la cocaína cuando le echaron de la empresa farmacéutica.

—Lo siento mucho.

—Le cayeron veinte años.

Impresionada negó con la cabeza. —Pero eso no puede ser.

—Claro que fue. —Rio por lo bajo con tristeza dejando el pedazo de pizza en la caja. —Tuvo un pésimo abogado y el fiscal se hizo el listo. Lo pagó mi padre que fue acusado de tráfico de drogas. Murió en la cárcel tres días después de ingresar, se ahorcó.

—Dios mío, Jenika.

Hizo una mueca acariciando a Violeta. Su perra se puso sobre su regazo presintiendo que estaba triste. —El instituto se convirtió en un infierno. Las madres de mis amigas me alejaron de ellas porque al parecer era una mala influencia y varios del instituto decidieron que yo era un buen blanco para sus burlas. Un día llegué

llorando del instituto y mi madre habló conmigo. O luchas o te hunden, tú decides. Y yo decidí lo segundo. A la segunda pelea amenazaron con echarme del instituto.

—¿A ti? —preguntó sorprendida.

—Entonces fue cuando me di cuenta de que jugaba con el sistema o el sistema me comería viva. No me podía defender, no podía hacer que se callaran y me dejaran en paz, así que tuve que ingeniármelas para ser más lista que ellos.

—¿Qué hiciste?

—Dos fueron expulsados del instituto por tener droga en su taquilla y el tercero se largó cuando todo el mundo se enteró de que pegaba a su novia. —Sonrió levantando una ceja. —¿Crees que hice mal?

—Por supuesto que no, recibieron su merecido. ¿Por eso te hiciste abogada?

Se encogió de hombros. —La mayoría de los que defiendo son culpables, soy consciente de ello, pero de vez en cuando sí que llega algún cliente que realmente me necesita. Y yo sí que voy a ayudarlo, no tendrá que luchar solo como lo hizo mi padre. Y no voy a darme por vencida como él. Mi madre me enseñó que hay que

luchar por lo que se quiere y lo he conseguido. Mira a tu alrededor, mira donde vivo. Ni te imaginas donde me crie. Muchos dirían que era un vertedero. Mi madre trabajaba doce horas al día en dos trabajos para sacarnos adelante e hizo lo que pudo. —Acarició a Violeta. —Se gastó sus últimos ahorros en ella porque siempre quiso lo mejor para mí, aunque no podía permitírselo. Yo les daré lo mejor a mis hijos. Dicen que soy una sanguijuela, que no tengo escrúpulos al dejar en libertad a mis clientes, pero solo cumplo la ley. Leyes que hicieron ellos. Si me beneficio con ello que las cambien.

—Has sido muy valiente. Yo no hubiera sabido cómo reaccionar en una situación así.

—Te aseguro que se aprende a sobrevivir.

—¿No tuviste miedo a que te pillaran poniendo la droga en sus taquillas?

Levantó una ceja. —¿Quién te ha dicho que la ponía yo?

—No fastidies. ¿Era suya? ¿Y te juzgaban a ti por algo que había hecho tu padre?

—Para que te des cuenta de hasta dónde llega el cinismo humano. Por eso te digo que te espabiles, amiga. Este mundo está lleno de personas que no dudan en aprovecharse de las debilidades

de los demás para su propio beneficio. Como esa jefa tuya, por ejemplo. Estás ahí trabajando para sacar la revista adelante, desde que te conozco me has dicho cien veces que eres tú la que lleva todo el peso del trabajo, las broncas y por si fuera poco un sueldo inferior, ¿es justo?

Muriel entrecerró los ojos. —No, no es justo.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer. Tú mereces mucho más, mereces dirigir esa revista, ¿piensas hacer algo al respecto?

Miró a un lado y a otro durante unos segundos como si estuviera buscando las ideas que necesitaba. —¿Me das una pista?

Se echó a reír a carcajadas y Muriel rio también. —Venga, yo soy una novata en esto.

—Eso es evidente. Supongo que ella está bajo la dirección de un grupo de inversores.

—Sí, claro.

—Así que ellos mandan. —Muriel asintió. —Debes descubrir qué es lo que ellos no tolerarían jamás y demostrar que ella es la responsable de que eso ocurra en la empresa. ¿Lo pillas?

Separó los labios de la impresión. —Lo tengo.

—Pero no tenías el valor de usarlo, supongo.



—Si se enteran...

—¿Estás implicada?

—Claro que no. Lo descubrí trabajando con ella.

—Subdirectora... Ya es hora de que tomes el mando. —Se acercó y le dijo muy seria —Porque como a esa mujer algún día se le cruce el cable, la que acabarás en el paro serás tú. Esto es una lucha y hay que cubrirse las espaldas antes de que te apuñalen, amiga. Tú mereces ese puesto, así que toma posesión de él antes de que algo cambie y ya no tengas tanta ventaja. —Muriel se quedó pensando en ello. —Crees que soy una cabrona, ¿no?

—No, todo lo contrario. De lo que me acabo de dar cuenta, es de que soy yo la pardilla.

—Bienvenida al mundo real. Se aprende a palos.

—¿Cuál es el límite?

—El límite es tu conciencia. Ella te dirá donde tienes que parar y siempre, siempre hazle caso porque sino no podrás vivir con ello.

Llamaron a la puerta con fuerza y ambas se sobresaltaron. — ¿Quién es? —preguntó sin levantarse.

—Tu vecino. Clancy.

Se miraron con los ojos como platos y se levantó a toda prisa mostrando su chándal rosa. —¿Cómo estoy?

Su amiga hizo una mueca. —Mejor no te lo digo.

—Sinceridad ante todo —dijo antes de ir hacia la entrada mientras su amiga soltaba una risita.

Sonrió abriendo la puerta y allí estaba vestido de sport con una camisa blanca y unos vaqueros. Cuando llegó hasta ella su after-shave gimió de gusto. —¿Querías algo?

—El portero me ha dado esto para ti —dijo tendiéndole un sobre.

—Oh, gracias —dijo antes de cogerlo rozándole a posta.

Él gruñó antes de alejarse.

—Cuando quieras estaré dispuesta a oír tus disculpas.

Eso le detuvo en seco y la miró sobre su hombro. —¿Cómo has dicho?

—Tus disculpas —dijo con chulería poniendo los brazos en jarras—. Por ser tan borde.

—¡Llamaste a la policía!

—Pregúntate esto, ¿si no hubieras sido tú quien se hubiera llevado a tu hermana en esas condiciones y hubiera sido otro tío, te

hubiera gustado que alguien llamara a la policía? —Sin darle tiempo a responder entró en casa y cerró de un portazo. Miró a su amiga levantando una ceja y esta aplaudió en silencio.

Cuando llamaron a la puerta de nuevo levantó los brazos en señal de victoria antes de apartarse la melena de los hombros y abrir muy digna. —¿Sí?

—Lo siento —dijo entre dientes.

Levantó la barbilla. —Acepto tus disculpas. No vuelvas a hacerlo. —Le cerró la puerta en las narices y Muriel tuvo que coger un cojín para reprimir las carcajadas. —Shusss.

El timbre sonó y abrió rasgando la carta. —¿Sí? —preguntó como si nada. Sacó el folio del sobre y se puso a leerlo.

—Me preguntaba...

Abrió los ojos como platos y gritó —¡Será cabrón!

Muriel se levantó del sofá. —Amiga, ¿qué pasa?

—¡El padre de un antiguo cliente me ha demandado por mala praxis! ¡A mí que le salvé el culo con una condena de risa cuando era más culpable que Judas! —Le cerró la puerta en las narices de nuevo y se volvió furiosa mirando a su amiga con ganas de sangre.

—¡Este se va a cagar! —Se acercó a ella y dijo —Disimula y dame la razón que solo es una carta del banco por la apertura de la cuenta.

Muriel no salía de su asombro. —¡Espero que le des su merecido por egoísta!

—¡Eso pienso hacer! ¡A mí me va a tocar las narices!

—¿Estás dejando las cosas claras? —susurró.

—Así se dará cuenta de que conmigo no se juega. Mañana estará como una malva.

—Deberías dar un master sobre esto, eres un genio —dijo con admiración—. Le has dado la vuelta a la situación, debes ser la leche en tu trabajo.

Pensó en ello. —Lo intento. ¿Un master? Igual cuando no tenga tanto trabajo, que hay muchos pardillos a los que ayudar.

## Capítulo 4

Al día siguiente iba a entrar en el portal después de sacar a Violeta, cuando se topó con un tipo rubio. Él se detuvo y le hizo un gesto con la mano para que pasara. —Por favor, tú primero.

—Gracias. Vamos, cielo. —Entró en el edificio y él la siguió hasta el ascensor. —¿Vives aquí?

—Vengo a ver a una amiga. —Mientras ella pulsaba el botón del piso catorce la miró de arriba abajo, desde sus mallas de deporte hasta su sudadera de Minnesota y era evidente que apreciaba lo que veía. —Eres preciosa.

Vaya, era de los que les gustaba ir al grano. —Estoy comprometida.

Rio por lo bajo. —Más interesante todavía.

Volvió la cabeza hacia él lentamente y se le quedó mirando. Era evidente que llevaba la palabra triunfo grabada en la frente y como era guapo se creía irresistible. Además, tenía algo, no era solo eso de soy un triunfador, tenía un aura de seguridad que haría que cualquier mujer dijera sí quiero en décimas de segundo. Suspiró porque era una pena que ya se hubiera fijado en su difícil vecino. — No, gracias. Además, recuerda que vienes a ver a una vecina.

—No hay que desaprovechar las oportunidades.

Entonces se le pasó una idea por la cabeza que la dejó helada. —¿Tú no serás Malcom?

Parpadeó sorprendido. —¿Eres médium o algo así?

—¡Leche, eres Malcom! ¡Y vas ligando con las vecinas! Uy, espera que se lo diga a mi amiga. —Las puertas del ascensor se abrieron y gritó —¡Cabrito!

Confundido dijo —¿Pero qué he hecho?

—¡Espera y verás mamón, con Muriel no vas a jugar más!

Se tensó deteniendo las puertas. —¿Qué has dicho?

Le señaló con el dedo. —Yo haré que te vea el plumero.

—¡Métete en tus asuntos! ¡Ella y yo somos amigos, nada más!

¿Acaso le has visto el anillo?

—¡No, no se lo he visto! ¡Pero se lo voy a ver y será el anillo que le dé un tío que la merezca! ¡Ahora largo de mi vista!

—¿Qué pasa aquí?

Se volvió para ver a Clancy tras ella. —Este que está jugando con Muriel. ¡Ha intentado ligar conmigo en el ascensor y va a verla a ella!

Clancy se tensó mirando hacia él. —Tío...

—¡No tengo ningún compromiso con Muriel, joder!

—Mira este —dijo señalando a Clancy—. ¡Solo se acuesta una vez con ellas y finiquito! Tú no... ¡Tú le das esperanzas! ¡Un año llevas mareándola! ¡No tienes vergüenza!

—¿Y tú cómo sabes que solo me acuesto una vez con ellas?

Se sonrojó. —Me lo ha dicho una vecina, no me preguntes cuál. Compréndelo, no puedo delatarla, sino me quedaré sin una cotilla que me informe de lo que pasa en el edificio.

Gruñó mirando hacia Malcom. —No le hagas daño a Muriel, joder. Parece una buena tía.

—Meteros en vuestras cosas.

—Muriel es cosa nuestra. —Le dio un codazo a Clancy. —¿A que sí?

—¿Por qué me metes? —preguntó por lo bajo.

Le miró asombrada. —¡Te has metido tú! —Furiosa fue hasta la puerta. —¡Hombres! ¡Sois todos unos capullos! —Entró dando un portazo y Violeta ladró.

Clancy y Malcom se miraron. —Retén la puerta tío, que te acompaño a la salida.

—Y una mierda.

—¿Crees que no la está llamando ahora mismo?

—¿Pero quién es esa tía?

Gruñó pulsando el bajo. —Nuestro próximo quebradero de cabeza. Por cierto, aléjate de ella.

Pegada a la mirilla vio cómo se cerraban las puertas y gritó de la alegría. —¡Sí, sí! —Se agachó y cogió a Violeta en brazos para darle un beso. —Le ha dicho que se aleje de mí, este está en el bote.

Muriel se tomó lo del padre de su hijo de una manera muy estoica, la verdad. Preocupada por ella se sentó en el sofá a su lado. —¿Has entendido lo que quiero decir?



—Sí, que ha intentado acostarse contigo.

—Bueno, yo no diría tanto, pero...

—Déjalo —dijo decepcionada—. No tengo esperanzas de que esto cambie. A pesar de que le doy largas en nuestras llamadas desde hace días, no es que note mucho interés por su parte. Hoy no se ha pasado por mi despacho en todo el día y podría haberlo hecho. Realmente no le importo, si venía hasta aquí era para echar un polvo, nada más. —Negó con la cabeza. —Nos entendemos en la cama y estoy a mano, pero no le importo.

Sintió su pena y como intentaba retener las lágrimas, así que cogió su mano. —Aún no está todo perdido, si ha venido puede...

—Ha intentado ligar contigo en el ascensor.

—Sí, no tiene buena pinta.

Una lágrima cayó por la mejilla de Muriel y se le rompió el corazón por ella. Enamorada de un hombre que no la correspondía y embarazada además, así que mal le iba a olvidar en los próximos meses.

—¿Pues sabes qué? Yo no me doy por vencida. —Se levantó y empezó a dar paseos de un lado a otro mientras Muriel no disimulaba su sorpresa. —¡Vas a luchar!

—Si él no quiere, no quiere.

—Pues haremos que quiera.

—¿De veras? —preguntó sin esperanzas.

—Vamos, arriba ese ánimo. Ha venido hasta aquí, ¿no? Es un punto a nuestro favor. —Pensó en ello. —No voy a dejar que te rindas, así que seguiremos el plan, pero a lo bestia. —Entrecerró los ojos. —Necesitamos saber por dónde salen los tíos solteros que quieren pillar.

—¿Para qué?

—¡Para pasarle los tíos por los morros! ¡Necesita competencia! Ya verás como eso le pica, ya.

Muriel hizo una mueca. —Últimamente no salgo mucho, no sé muy bien lo que está de moda. En esta ciudad abren un local cada día.

Escuchó el click del ascensor y abrió la puerta sin pensar para ver a Clancy yendo hacia su puerta con el móvil en la mano. —Oye, ¿por aquí dónde se liga?

Él parpadeó. Evidentemente no se esperaba la pregunta. — ¿Perdón?

—¿A dónde iría un hombre a ligar? Soltero, heterosexual, de posición media alta...

—Al Bussu, ¿por qué?

Sonrió de oreja a oreja. —¿No es evidente? —Cerró la puerta y chilló de la alegría. —Venga, a ponerte mona que nos vamos de fiesta.

Después de sacarle a Muriel veinte mil fotos con un modelito de infarto, anunciaron en redes sociales que se iba de fiesta para celebrar un cumpleaños ficticio de una amiga. Hasta le sacó fotos con el portero para que quedara bien claro el nombre del local, pues lo llevaba impreso en el polo negro que era su uniforme. Por supuesto por cien pavos las dejaron entrar sin guardar la cola y Jenika al pasar le dijo al chico —Acuérdate de mi cara, puede que me veas de nuevo y sabré recompensarte.

—Por supuesto señorita, bienvenida al Bussu.

—Gracias guapo.

Pasaron por lo que parecía un tubo con iluminación led en el techo que les hacía fijarse en un espejo que reflejaba su imagen de

manera invertida. Muriel estaba emocionada. —Hace siglos que no salgo de fiesta.

Por ver su sonrisa merecía la pena la paliza que se iba a meter por madrugar al día siguiente. —Pues prepárate porque nunca has salido conmigo. —Llegaron al final del tubo y había una bifurcación. —¿Izquierda o derecha?

—Donde estén los tíos guapos.

Unos chicos pasaron tras ellas hacia la derecha y riendo les siguieron. Cuando vieron el tobogán chillaron como niñas pequeñas quitándose los tacones y un empleado que miraba un monitor dijo — ¿Seguro que quieren ir a la zona de juegos?

—¡Sí! —gritaron a la vez.

Metieron todas sus cosas en una bolsa de terciopelo negra y se la dio a Jenika que la cogió entusiasmada. La noche mejoraba por momentos. Muriel se puso en el tobogán y esperó que el chico le diera el visto bueno. Junto al hombre la vio bajar por el tobogán en el monitor riendo como una niña hasta que cayó en un montón de esponjas de distintos tamaños y colores. Varios la ayudaron a salir y cuando se puso de pie levantó los brazos haciéndola reír.

—Su turno, señorita.

Impaciente se puso en el tobogán y gritó mientras giraba hasta que se dio cuenta de que se le subía el vestido. —¡Mierda, mierda! —Cayó en las esponjas. Bueno, has enseñado el culo, pero no pasa nada. Antes de levantarse se bajó el vestido de tubo que llevaba y riendo fue hasta su amiga que alargó la mano para sacarla como tantos otros. No se podía creer que hubieran montado aquello en un local, pero es que no era todo. Al darle a Muriel la bolsa para que sacara sus cosas miró a su alrededor y vio que era como un jardín de infancia XXL. En el centro había una gran barra redonda rodeada de columpios, incluso había una mini noria y un ti vivo lleno de gente. Pero lo que te dejaba con la boca abierta era la pista de baile a tres alturas que conectaba con la parte de arriba de la discoteca donde la gente estaba en un plan más relajado mirando por las barandillas. Su amiga le tendió los tacones y se los puso a toda prisa.

—¿A dónde vamos? —preguntaron a la vez antes de reír.

Subidas por segunda vez en el ti vivo le estaba sacando fotos a Muriel cuando al elevarse su caballito la cámara enfocó hacia arriba. Se quedó de piedra al ver en la pantalla a Clancy que

observaba con una copa en la mano. Sin hacer que le había visto el caballito bajó de nuevo y sacó varias fotos antes de sonreír. — ¡Adivina! —le gritó a su amiga por encima de la música.

—¿Qué?

—¡Clancy está aquí!

Dejó caer la mandíbula del asombro. —Ha sido rápido.

—Te apuesto lo que quieras a que no ha sido el único en venir.

—¿Crees que habrá venido?

—¿Antes de que le quiten la presa? Ese ya está por aquí buscándote desesperado. Si algo tienen los hombres es orgullo y no le va a gustar que tú des por terminada la relación antes que él. Vendrá. Solo tenemos que ponernos en algún sitio donde se nos vea bien. —Ambas miraron hacia la pista superior de baile. —¿Cómo se te da?

—¿Bailar? Lo llevo en la sangre. Mi madre era profesora de baile latino.

La miró asombrada. —¡No fastidies! ¡Me encanta! Uno del barrio me enseñó.

—La noche mejora por momentos —dijo bajándose del caballito sin ningún pudor—. Vamos a dejarles con la boca abierta.

Por el rabillo del ojo no perdía a Clancy de vista porque no quería que alguna lagarta aprovechara el momento. Subieron a la pista superior que era donde estaba el dj y no se cortó en acercarse. Uno de seguridad la detuvo. —Disculpe, pero por aquí no puede pasar.

—Tengo que hablar con él. Esta música está muy bien, pero mi amiga y yo queremos hacer un numerito y nos vendría mejor otra. Solo una. —Sacó dos billetes de cien y él disimuladamente los cogió.

—Una noche más de Jennifer López —dijo su amiga.

La miró sorprendida y su amiga se acercó a su oído. —Algo más latino no lo aceptarán con la música que están poniendo. Tranquila, que lo adaptamos.

—Oye, que tú tienes más experiencia, pero yo no soy profesional.

Muriel se echó a reír. —Tú déjate llevar. —Puso su bolso en bandolera antes de agarrar su mano y tirar de ella hasta un extremo de la pista donde se las veía bastante bien. Soltó su mano y empezó

a moverse de un lado a otro al ritmo de la música. Jenika riendo la siguió y giró haciéndola gritar. Bailando vio como Clancy se movía y para su sorpresa se reunía con Malcom en la barandilla que tenían ante ellas. Agarró a Muriel de una mano para que diera una vuelta y le dijo —¿Les has visto?

Muriel de espaldas a ellos gritó —¡Están juntos!

—¡Al parecer ya se han hecho amiguitos!

En ese momento empezó la canción que habían pedido y se miraron a los ojos. —¿Lista? —preguntó Muriel.

—No me dejes muy mal.

Su amiga la agarró de la mano y la giró con un golpe seco antes de pegarla a ella. La miró sorprendida mientras cogía su otra mano. —La leche.

—Sígueme —dijo dando un paso a un lado al ritmo de la música. No le quedó más remedio y Muriel demostró que estaba muy por encima de ella guiándola de un lado a otro como si fuera una muñeca. Hubo un momento en el que ni sabía lo que hacía sin darse cuenta de que la gente se las quedaba mirando y les hacían hueco. Muriel soltó una de sus manos y la hizo girar ante ella para agarrar la otra. Volvió a tirar de ella y riendo giró para agarrar su



otra mano de nuevo, pero no llegó a hacerlo porque el pie de Jenika resbaló por el suelo mojado y sin saber cómo cayó por la barandilla del impulso. Gritó agarrándose a una de las barras y cuando fue consciente de lo que había pasado escuchó los gritos y miró hacia abajo para ver que la gente salía despavorida mostrándole el suelo de cristal que había a unos metros. Pálida miró hacia arriba donde Muriel desde la barandilla estiraba los brazos para intentar agarrarla, pero estaba demasiado lejos. Entonces su amiga se arrodilló en el suelo y metiendo las manos entre las barras de hierro agarró sus muñecas. —¡Te tengo! ¡Te tengo!

—¡Muriel no me sueltes! —gritó muerta de miedo.

Un hombre de seguridad apareció al lado de Muriel gritando a través de una radio, pero ella ni lo vio mirando a su amiga a los ojos. Sentía que sus manos ya no la sostenían y muerta de miedo no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas.

—¡No te voy a soltar! —gritó Muriel.

—¡No puedo aguantar!

Entonces alguien pasó al otro lado de los barrotes y al reconocer a Clancy sollozó. Este empezó a bajar sujetándose en las barandillas con los pies y las manos hasta que sus pies llegaron a la

altura de sus muñecas. Sujetándose con una sola mano la agarró del brazo gritando —¡Muriel no la sueltes!

—¡De acuerdo!

Otras manos también la agarraron por las muñecas y se sintió más segura.

Miró a los ojos a Clancy que gritó —Voy a tirar de ti, ¿de acuerdo? ¡Suéltate!

—¡No, no! —gritó teniendo miedo de que no pudieran agarrarla bien.

—Nena, suéltate. No te vas a caer. —Tiró de ella y soltó su mano a regañadientes. Otra mano agarró su otro brazo y era Malcom que había hecho lo mismo que Clancy. —¡Soltadla! —gritó a los de arriba.

La soltaron y la elevaron lo suficiente como para que pudiera posar los pies. Jenika se aferró a la barandilla que tenía ante ella y Clancy saltó al otro lado para agarrarla por las axilas. —Ya está, preciosa. Deja que te pase al otro lado.

Sollozando dejó que tirara de ella y cuando estuvo a salvo todo el mundo aplaudió mientras ella casi se desplomaba en el suelo porque sus piernas no la sostenían. Clancy la cogió en brazos para ir

hacia donde le decían los empleados de la discoteca hasta meterla en un cuarto con sofás rojos. La sentó en uno de ellos y apartó su cabello para mirar su rostro. —¿Estás bien? ¿Te duele algo?

Se llevó la mano al costado y gimió.

—Se ha golpeado con la barandilla superior al pasar su cuerpo al otro lado —dijo Malcom—. Deberíamos llevarla al hospital.

Clancy asintió antes de mirar furioso a los de la discoteca. — ¡Esa barandilla está demasiado baja!

—Todo sigue la normativa, no entiendo cómo ha podido pasar algo así.

—¿Sigue la normativa? ¡Eso ya lo veremos! ¡Pienso hacer que les inspeccionen!

Aún sin saber cómo había ocurrido aquello, se dio cuenta de que no tenía zapatos al ver sus pies desnudos. —No tengo zapatos —susurró.

Un hombre se los tendió, pero sus manos temblaron al intentar cogerlos. Muriel se los arrebató de las manos. —¡Traiga aquí, inútil! ¿No ve que está en shock? —Se agachó para ponérselos, pero Clancy la cogió en brazos. Malcom sujetó a su chica por la cintura para incorporarla y les siguieron a toda prisa.

Jenika ni se enteró de cómo salieron de la discoteca escoltados ni de cómo la subían a un coche. No se lo podía creer, había estado a punto de perder la vida. Así de buenas a primeras, sin aviso previo. Se puso a temblar con fuerza y Clancy al volante la miró. —Jenika, tranquilízate, ya estás a salvo. —Agarró su mano haciendo que le mirara a los ojos. —Estás a salvo, ¿me oyes?

—Casi me muero. —Con los ojos como platos susurró —Casi me muero.

Clancy frenó en seco a un lado de la carretera y la cogió por la barbilla. —Pero estás bien, ¿me oyes? ¡Jenika mírame! —Sollozó elevando la vista hasta sus ojos. —¡Estás bien, ya ha pasado y no debes darle más vueltas! ¡Ahora vamos al hospital para asegurarnos de que no tienes una costilla rota y a casa! ¿Me has entendido?

Asombrada porque parecía furioso asintió. Él se la quedó mirando. —Buena chica. Nada de lloros, nada de lamentaciones, eso ya pasó. Te queda mucha vida por delante.

—Es cierto.

Clancy sonrió contento con su respuesta y se alejó para meter el coche en la carretera. Se quedó mirando su perfil, fascinada por su sangre fría. —Gracias. A los tres.

—No ha sido nada —dijo Malcom en la parte de atrás del coche.

Miró hacia allí y vio como Muriel intentaba contener las lágrimas. —Lo siento. ¿Estás bien?

—Sí —respondió pálida. Malcom pasó el brazo por encima de los hombros de su amiga como si intentara protegerla y se dio cuenta de que a ese hombre le importaba mucho más de lo que quería aparentar. —Ha sido el susto, nada más. Siento haberte empujado tan fuerte.

—No fue culpa tuya —susurró Malcom—. Se resbaló.

—No ha sido culpa de nadie salvo de esos —dijo Clancy con rabia—. Pero se van a cagar, porque tengo un amigo en la inspección del ayuntamiento que les va a dejar temblando.

—¿La barandilla no está a la altura? —preguntó Malcom.

—Apuesto que no. Un hombre de uno noventa hubiera caído con mucha más facilidad.

Se dio cuenta de que tenía razón, un hombre más alto hubiera tenido más fácil caer abajo y allí se bebía alcohol, algunos no tendrían precisamente mucho equilibrio. —Es un peligro.

Clancy la miró de reojo. —Tranquila, que esto lo arreglo yo.

Asintió y vio como frenaba ante el hospital. —Iros a casa, mañana tenéis que trabajar. Ya me iré en taxi.

—Ni de coña —dijo Muriel bajando por su puerta.

Antes de darse cuenta se habían bajado todos y Clancy la cogió en brazos para llevarla ante la recepción de urgencias. Una chica les sonrió. —Buenas noches.

—Le duele el costado. Se ha llevado un golpe muy fuerte.

—Entiendo. ¿Puede dejarla en esa silla de ruedas? —Él lo hizo de inmediato. —Necesito los datos del seguro.

Entonces se dio cuenta de que le faltaba el bolso y asustada miró a su amiga que gimió. —Se te debió caer. Se debió romper la cadena.

—No me di cuenta —dijo aún impresionada—. Dios... —Se llevó la mano a la frente mostrando como temblaba todavía. —Tenía todo dentro de ese bolso, las llaves de casa, mi documentación, el móvil...

—Malcom vete a ver si alguien del local lo ha recogido —dijo tendiéndole las llaves del coche.

Asintió cogiéndolas antes de agarrar la mano de Muriel y alejarla unos pasos. Vio como hablaba con ella en voz baja y como

su amiga asentía. La besó en la frente antes de alejarse y los ojos de su amiga brillaron de la alegría. Mira, algo bueno había salido de todo aquello.

## Capítulo 5

La positividad le duró media hora. No era de tener paciencia normalmente, pero en el hospital perdió la poca que le quedaba porque media hora después aún no la habían atendido. Cuando se abrió la cortina y vio que era Muriel suspiró. —No lo han encontrado.

—Nos llamarán si dan con él.

—Mierda, ahora tengo que anular las tarjetas, todo. —Se pasó la mano por la frente y gimió. —Como accedan al móvil estoy perdida.

Su amiga sacó su móvil. —Pues manos a la obra.

Se pasó una hora llamando a todo el mundo dando sus datos a diestro y siniestro para que le anularan cada tarjeta. Perdió los nervios con los del móvil porque al parecer tenía que poner una denuncia en la policía y tuvo que gritarles que estaba en el hospital.



Solo fue al decir que era abogada y que les iba a meter una demanda como le quitaran un centavo de su cuenta, cuando se pusieron manos a la obra y desconectaron su móvil de la red. Al terminar estaba agotada, no sabía si por los nervios o porque los últimos días no había dormido mucho con la mudanza, Clancy y el trabajo nuevo, el hecho es que estaba tan hecha polvo que se quedó dormida en la camilla. Un golpe la sobresaltó y al abrir los ojos allí estaba Clancy sentado en una silla con los ojos cerrados. Se quedó de piedra, ¿dónde estaba Muriel? Él abrió los ojos y se sonrojó porque le había sorprendido observándole. —Le he dicho que se vayan a casa. Muriel estaba algo nerviosa con lo que ha pasado.

—Ah...

—He llamado al portero para que cambie la llave.

—Gracias, no me había acordado.

—Tranquila, ya me he acordado yo.

Suspiró mirando el techo. —¿Cuánto llevo aquí?

—Son las siete de la mañana.

Le miró sorprendida. —¿Las siete? ¡Llevamos aquí horas y aún no me han atendido!

—Ha habido un accidente en el túnel Holland, al parecer hay veinte vehículos implicados y muchos heridos.

—Dios mío... —Se incorporó llevándose la mano al costado. — Mierda.

Él se levantó y se acercó. —Déjame ver. —Cogió la bata por la abertura de su espalda y la apartó con cuidado para mostrar su costado que tenía un aspecto morado que metía miedo. Juró por lo bajo. —No tiene buena pinta.

—No pienso bailar más en mi vida —dijo mirándose—. ¿Por detrás está igual?

Él se inclinó hacia adelante para mirar su espalda. —Parecido.

—Estupendo. Lo que necesitaba para concentrarme en el examen.

—Dijiste que lo superarías, ¿recuerdas? —Sonrió colocando su bata para que cubriera su espalda. —¿Te duele algo más?

—Las manos. —Se las miró y los dos vieron los morados que le habían salido en las muñecas. —Agarraban con fuerza.

—Eso te salvó la vida.

—Y tú. —Elevó la vista hacia él que la observaba pensativo. — Gracias por quedarte.

—Es lo menos que podía hacer. Muriel me ha dicho que no te preocupes por Violeta, que se la llevaría a su casa para que no estuviera sola tantas horas.

Suspiró del alivio. —Es fantástica.

—Tú no te quedas corta.

Se quedó sin aliento mirando sus ojos azules. —¿Eso crees?

—Tienes reflejos y bailas muy bien.

—Te has fijado, ¿eh? ¿Y en qué más te has fijado?

Él se acercó. —En que eres preciosa y muy lista.

—¿No me digas? —dijo bajando la vista hasta sus labios—. ¿Qué más?

—Hueles maravillosamente y estoy seguro de que en la cama eres una fiera.

—Tú tampoco te debes quedar atrás —dijo con voz ronca antes de sentir sus labios sobre los suyos acariciándola suavemente. Fue increíble toda la energía que recorrió su cuerpo, tanta que nubló su mente—. ¿Has sentido eso?

—Y más que voy a sentir —susurró contra sus labios antes de acariciarlos de nuevo.

Cuando él mordió su labio inferior y pasó su lengua por él de una manera tan erótica que creyó que se derretiría de gusto, apartaron la cortina y ella parpadeó mirando a la doctora que tenía en frente. —¡Venga ya! ¿Han tardado horas y llegan precisamente ahora?

Miró a uno y luego al otro antes de chasquear la lengua. — ¿He sido inoportuna, maja?

—¡Sí!

Clancy carraspeó al ver que la doctora estaba a punto de soltar cuatro gritos. —Mejor salgo para que la revise.

—Sí, guapetón. Que tengo mucho que revisar. Apuesto que se ha golpeado la cabeza.

—Pues no —dijo ella con mala leche.

—Por si acaso voy a darte un repasito a fondo. —Sonrió maliciosa. —Te aseguro que son mi especialidad.

La madre que la parió, hasta una lavativa le había hecho la muy hija de su madre. Salió de urgencias separando las piernas, porque la parte de atrás hasta el momento en que la había tocado

esa sádica había sido totalmente virgen. Clancy al verla salir de esa manera la miró asombrado. —¿Qué te ha pasado? ¿Por qué andas así?

Se puso como un tomate. ¿Cómo iba a decirle eso? Ni de coña. —Me ha dado un tirón en el glúteo. El esfuerzo, ya sabes.

—¡Señorita Whitfield!

Se volvió y asustada vio como esa mujer se acercaba con un papel en la mano. —Vámonos, vámonos...

—Nena, quiere algo.

La doctora llegó hasta ella con una sonrisa maliciosa en el rostro. —Veo que tiene mejor color, el analgésico debe estar haciendo efecto.

—Sí.

—Ya he dado aviso a la farmacia más cercana a su domicilio para que le preparen estas pastillas —dijo mostrándole un papel—. Pero solo si no soporta el dolor, no hay que abusar de estas cosas que luego llegan las dependencias y todo eso.

Cogió el papel de su mano apartándose a toda prisa. La doctora miró hacia Clancy. —Que no haga esfuerzos, los músculos de esa zona le molestarán unos días, fue un buen golpe.

—¿Solo el golpe, no tiene nada más?

Sonrió de oreja a oreja. —Le aseguro que la he revisado bien, ¿no señorita Whitfield?

—La doctora Saint Claire me ha revisado de arriba abajo — dijo a toda prisa.

—Sé hacer mi trabajo, maja. Que tengan un buen día.

Cuando se alejó Jenika entrecerró los ojos.

—¿Pasa algo, nena?

—No.

—Tiene pinta de ser eficiente.

—Oh, sí, de eso no puedo quejarme, no le ha quedado una prueba por hacer.

—Perfecto, nos vamos a casa. —La agarró por el brazo. — Parece que te duele mucho el glúteo.

—Es incómodo nada más, seguro que se pasa pronto. —Al ver la hora en un reloj colgado en la pared jadeó. —Son las doce, no has ido al trabajo.

—Jenika soy el jefe, puedo ir cuando quiera.

—Ah...

—He avisado en tu trabajo para que no contaran contigo hoy.

—Asombrada le miró. —¿He hecho mal?

—No, claro que no. Solo que no me lo esperaba.

—Los vecinos tenemos que cuidarnos.

Uy este, que ya estaba reculando por lo del beso. —Claro que sí, si algún día necesitas algo soy tu chica.

Clancy gruñó por lo bajo y vio que él tampoco es que anduviera muy recto. Entonces se dio cuenta de que se había excitado. Si se excitaba con ella en esas circunstancias ya era suyo, porque le iba a dejar seco cuando estuviera en forma.

—Voy a pedir un taxi, Malcom se ha llevado mi coche.

—Vale.

Miró a su alrededor mientras se acercaba al borde de la acera y una chica se le quedó mirando el culo. Sí, chica, pero ese culo es mío. Su hombre necesitaba un anillo en el dedo cuanto antes, que había mucha competencia. Clancy se volvió y ella sonrió como si no pasara nada. —Vamos nena, ya está aquí. —La cogió por la cintura sana con delicadeza y la llevó hasta el coche. Cómo la trataba, se podría acostumbrar a eso. La subió al taxi y se sentó a su lado

dando la dirección de su casa. Cuando ella apoyó la espalda en el respaldo dijo —Enseguida llegamos, estarás deseando acostarte.

—Tengo que trabajar.

—¿Trabajar?

—Tengo el examen el viernes, ¿recuerdas?

—La doctora te ha dicho que tienes que descansar.

—El músculo del costado no el cerebro. Tengo que estudiar, solo me quedan cuatro días.

—Pues para quedarte cuatro días bien que ayer te fuiste de fiesta —dijo molesto.

—Mi amiga necesitaba relajarse.

—Se ha relajado un montón —dijo irónico.

Qué mono, quería que se cuidara. Anda, déjate mimar un poco que los hombres así se sienten más machos. —¿En serio crees que no debo trabajar?

Él sonrió y cogió su mano. —Al menos hoy date un respiro.

—Igual tienes razón. —Puso morritos. —Espero que mi jefe lo comprenda si suspendo. No le caigo muy bien, a ver si me echa.

—Sabes que no puede hacer eso, tienes un contrato. Deja de darle vueltas y a descansar. Y si no apruebas en esta ocasión será en



la próxima, tampoco es para tanto.

Sí, claro, había trabajado tanto para ahora tomarse las cosas a la ligera, pero siguiendo en su papel de damisela en apuros dijo — Tienes razón.

Clancy sonrió y miró al frente. —Ya hemos llegado.

—Estoy deseando darme una ducha.

Él gruñó pagando al taxista mientras Jenika salía del taxi reprimiendo una sonrisa. Esperaba que al menos tuviera dos pensamientos de ella desnuda bajo el agua. Caminó hacia el portero que ya tenía sus llaves preparadas en la mano. —Gracias, Barry.

—Siento lo que le ha ocurrido.

—Al menos estoy viva para contarlo. Voy a buscar a mi pequeña.

—No está aquí.

Se detuvo en seco. —¿Cómo que no está aquí?

—La señorita Middleton se la ha llevado al trabajo.

Suspiró del alivio. —Ah, claro. —Se volvió hacia Clancy que lo había oído todo. —No está.

—Te la traerá después. —La cogió por el brazo para ir hacia el ascensor. —Así podrás descansar tranquila.

—Pero son muchas horas separadas, no está acostumbrada.

—Estará bien.

—No tengo el móvil para verla —dijo empezando a agobiarse.

—¿Quieres que vaya a buscarla?

Le dio un vuelco al corazón. —¿Lo harías?

—Vete dándote esa ducha y antes de que te des cuenta ya estaremos aquí. —Dejó que subiera sola al ascensor.

—Gracias. —Pulsó el botón. —Muchas gracias —dijo sinceramente.

Él sonrió. —No es nada.

Emocionada asintió mientras las puertas se cerraban. El portero silbó. —Veo romance a la vista.

Le fulminó con la mirada. —¿Qué diablos dices? Solo le estoy haciendo un favor.

—Su mirada dice que está casi enamorada.

—¿Eso crees? —Entrecerró los ojos. —No, qué va.

—Se lo digo yo, hágame caso. Esa mujer va camino del altar y espera que usted la esté esperando.

—Pues ya puede esperar sentada —dijo molesto antes de salir del edificio.

El portero negó con la cabeza. —Este no se ha dado cuenta de que le queda poco para hablar con el sacerdote de los votos matrimoniales. Qué ingenuo, puede ir de liberal y todo eso, pero al final todos caemos —le dijo al chico que limpiaba los cristales.

—Ya te digo. Cuando te das cuenta ya tienes la sogá al cuello. —Sonrió. —Aunque yo encantado con mi princesa, Barry.

—Voy a llamar a mi Dulce, que esta noche la sorprendo llevándola al cine —dijo emocionado con la idea—. Y después comida china, vamos a tirar la casa por la ventana.

—Bien dicho. Un día es un día.

Jenika salió del baño envuelta en una toalla y en el espejo de cuerpo entero de la habitación la abrió para mirarse el costado. Leche, sí que tenía mala pinta. Suspiró y fue hasta la cómoda para buscar un pijama sexy. Por supuesto que esa noche estudiaría, pero Clancy le llevaría a Violeta y quería que la viera atractiva. Cogió un pijama corto de seda rosa. Solo se lo había puesto una vez porque

siempre dormía con camisetas viejas, pero un día era un día. A ver qué cara ponía.

Ya con el pijama dejó que su melena seicara al aire, de todas maneras se quedaría liso. Le entró hambre y se hizo un sándwich, no fue hasta que se lo terminó que se dio cuenta de que al menos ya había pasado una hora desde que Clancy se había ido. Tiempo de sobra para haber llegado ya. Eso empezó a ponerla nerviosa pensando en si habría pasado algo, en si Violeta estaría bien... — Mierda de móvil —dijo entre dientes. Tenía que conseguir uno cuanto antes. Empezó a dar vueltas de un lado a otro y los minutos se le hicieron eternos. Estupendo, aquello era estupendo. Estaba sin dinero ni documentación, sin móvil... Empezó a agobiarse y al ver uno de los juguetes de Violeta sus ojos se llenaron de lágrimas. Corrió hacia la habitación y agarró una gabardina para ir a por ellos. Se la puso a toda prisa con unas deportivas y cogió las llaves antes de salir dando un portazo. En el ascensor pulsó el botón impaciente de que llegara y cuando se abrieron las puertas allí estaba su pequeña y Clancy que parecía de lo más sorprendido. —¿A dónde vas?

—¿Dónde estabas? —Se agachó para agarrar a Violeta y darle un abrazo. Muy nerviosa se apartó para que pasara. —Has tardado

muchísimo.

—No querían dármele porque no me conocían. Tuve que esperar a que Muriel saliera de una reunión para que lo autorizara.

Suspiró del alivio y miró a Violeta que estaba de lo más contenta. —¿Me has echado de menos, cariño? —Se volvió y fue hasta la casa. —Mamá también te ha echado mucho de menos. —Le miró de reojo arrepentida por su tono. —Lo siento, me puse nerviosa.

Él suspiró. —No pasa nada, has estado sometida a mucho estrés.

Encima comprensivo, es que lo tenía todo. —¿Me abres la puerta? Tengo las llaves en el bolsillo.

Se acercó y metió las manos en los bolsillos de su gabardina de manera tan impecable que le mosqueó un poco. Al menos algún rocecillo despistado no hubiera estado mal, pero no, él sacó las llaves como si fuera un cirujano casi sin tocarla y abrió la puerta en tiempo récord como si tuviera prisa de que se metiera en casa. — Descansa, lo que te ha pasado ha sido muy fuerte y tienes las emociones a flor de pie.

—Sí —dijo mirándole con desconfianza mientras entraba en casa. Uy, que este quería poner tierra de por medio, eso era evidente—. ¿Vas a trabajar?

—Sí, voy hasta la oficina.

—Gracias por tu ayuda.

Él sonrió agarrando el pomo de la puerta. —No ha sido nada.

Sí, quería poner distancia entre ellos. Si estaba deseando largarse. Tenía unas ganas horribles de decirle que se quedara que le haría un sándwich o algo, pero sabía que ese no era el camino correcto. —Adiós.

Él asintió. —Que descanses.

Cerró la puerta y ella la miró con rabia. —Ya vendrás, ya... Si ya estás medio coladito, pero sigue resistiéndote que yo tengo resistencia para rato. —Miró a Violeta a los ojos. —¿Qué tal el paseo con papá? ¿Te ha cuidado bien? —Empezó a mover la cola. —Sabía que era el adecuado.

## Capítulo 6

Al final tuvo que dormir un par de horas porque no se concentraba al estudiar y cuando se estaba poniendo de nuevo, llegó Muriel cargada de bolsas. —Holi... —dijo entrando en su casa.

—¿Has ido de compras?

—Qué va, lo cojo de la revista. —Dejó las bolsas sobre el sofá y empezó a volcarlo todo. —Aquí tienes un móvil, un bolso nuevo, algo de maquillaje y... —Levantó una funda de móvil para colgárselo del cuello. —¿A que está chulo? Para cuando quieras sacar a Violeta. Incluso puedes meter las tarjetas y algo de dinero.

Rio acercándose. —No tenías que haberte molestado.

—Bah, no es molestia. Las marcas nos lo envían para las fotos y siempre rapiñamos algo. Cuando sea la directora, tendré que controlar ese tema, que ahora algunas de las chicas se llevan

demasiado mientras otras casi ni huelen los regalos. —Sus ojos brillaron mientras miraba el móvil sorprendida. —Sí, es el último modelo.

—Es increíble, gracias. —Se sentó en el sofá mirando las otras cosas que eran de primeras marcas. Rio. —Esto es como Navidad. ¿Qué tal con tu jefa? ¿Cómo va tu ascenso?

—Viento en popa. He enviado un mail anónimo con la información. La han convocado mañana para una reunión urgente con los accionistas. Está cagada. —Fue hasta la nevera y sacó un refresco. —Pero lo de Malcom va aún mejor. Hemos quedado para cenar.

Con un perfume que le encantaba en las manos la miró. — ¿De veras?

—Y me ha llamado hoy dos veces para ver cómo estaba —dijo pasmada—. Al principio me resistí alegando que estaba agotada.

—Por supuesto.

—Pero luego lloré al teléfono porque estaba muy agobiada con lo que había pasado e insistió en quedar.

Sonrió maquiavélica. —Vas aprendiendo, amiga.



—Gracias. —Bebió de la lata y se acercó para sentarse en el sillón. —Lo que no sé es si acostarme con él o no.

—Tendrás que verlo sobre la marcha, pero si te acuestas con él...

—Al día siguiente tratarle como si me fuera indiferente. Nada de hacerle el desayuno y darle cariñitos intentando que me diga que me quiere. Que se levante y que se largue, que tengo muchas cosas que hacer. Y no llamarle para nada en absoluto, como si me diera igual.

—Exacto. Haz todo lo contrario que hubieras hecho antes para que se dé cuenta del cambio.

—¿Y tú con Clancy? —Jenika se la quedó mirando. —¿Qué? ¿Fue mal?

—¿Quién le dijo que se quedara en el hospital?

—Bueno, en realidad fue Malcom. Dijo que yo estaba agotada y muy nerviosa. Salió solo. Él dijo que se quedaría.

—Entiendo. —Se quedó mirando la pared pensando en ello.

—¿Qué ocurre? ¿No ha sido amable contigo?

—Casi nos besamos.

Su amiga chilló de la alegría. —¿No me digas?

—Pero ahora quiere poner distancias.

Perdió algo la sonrisa. —Estos tíos son tontos.

Entrecerró los ojos. —Se está pillando, pero no quiere admitirlo. ¿Qué te apuestas que me sale con un viaje a algún sitio para poner un océano de por medio?

—Hala, no seas exagerada.

—Sí, tengo el presentimiento de que va a alejarse para intentar que su mente masculina se dé cuenta de que lo que siente por mí no es para tanto.

Oyeron el click del ascensor y su amiga corrió hacia la puerta para mirar. —Es él —susurró—. Se detiene, mira hacia aquí, da dos pasos hacia su casa, se vuelve a detener, mira hacia aquí de nuevo y... —Ambas escucharon que se metía en su casa. Muriel la miró asombrada. —Tenías razón.

—¿Ves? —Levantó la caja del móvil sonriendo maliciosa. —  
¿Me cuidas a Violeta?

Su amiga soltó una risita. —Por supuesto.

Se quitó las zapatillas de andar por casa y se miró las uñas de los pies en rojo fuego. —No tardaré mucho, te lo prometo. —Antes de que se le escapara salió a toda prisa dejando la puerta entornada

y Violeta ladró. —Vengo ahora, cielo. —Pulsó su timbre emocionada. Iba a ver su casa. Le escuchó acercarse y cuando abrió la puerta le vio con una cerveza en la mano. Él la miró de arriba abajo. Sabía que le gustaría el pijama. —Perdona, pero te he escuchado entrar y tengo una duda. —Levantó la caja del móvil.

—Hostia... —Se la arrebató de las manos. —Si aún no se venden.

—Me lo ha conseguido Muriel. No sé muy bien cómo va y...

Él se volvió y Jenika sonrió pasando a su casa mientras Clancy dejaba la cerveza sobre la mesa de centro para mirar la caja. —Nena, está sin abrir.

—Es que a mí eso de la tecnología no se me da muy bien y a Muriel tampoco.

La abrió a toda prisa para sacar el modelo. Qué mona, su amiga se lo había llevado en dorado. Es que era para comérsela.

—¿Sabes cuánto vale esto?

Se encogió de hombros como si le diera igual. Él empezó a decir cuántos megapíxeles tenía y un montón de cosas más. —Sí, vale, vale... Mi pregunta es si le puedo ir metiendo algo sin la tarjeta. Todavía no la he recogido.

La miró como si le estuviera dando la sorpresa de su vida antes de echarse a reír. —No.

—Así que aún no puedo descargar ninguna aplicación.

—Tendrás que esperar.

—Pues ya podrían modernizarse un poquito. ¿Para qué nos sirven tantas claves? —Miró a su alrededor y levantó una ceja porque en el piso apenas tenía muebles. Lo que sí tenía era una gran mesa de dibujo ante el ventanal y sin poder evitarlo se acercó para ver el plano del puente que iba a construir. —¿Es el proyecto en el que estás trabajando? —La fascinó ver todas las líneas y cálculos que tenía.

—Sí, es mi próximo proyecto. —Se acercó a ella por detrás. — ¿Te gusta?

—Me parece algo impresionante, la verdad. Por ahí pasará la gente. —Sonrió volviendo la cabeza para mirarle. —Estoy orgullosa de ti.

No pudo disimular la sorpresa. —Gracias.

Agarró la caja del móvil y le dijo —No te molesto más.

—No, si...

—Gracias por tu ayuda. —Se detuvo de nuevo y le miró. —Por cierto, no tirarás los planos después de hacer los puentes y eso, ¿no?

Él sonrió. —Los tengo todos guardados.

—¿Algún día me los enseñarás?

Asintió.

—Deberías enmarcarlos. —Salió de su casa y tomó aire porque tenía todas las células revolucionadas. Cuando entró en su piso, Muriel estaba sentada en el suelo con su vestido de mil pavos jugando con Violeta. —Uff, qué guapo está.

Su amiga rio. —¿Cómo ha ido?

—Me he hecho la tonta, pero...

Llamaron a la puerta y sonrió satisfecha antes de abrir. Allí le tenía. —Dime...

—No me ha dado tiempo a preguntar si estabas mejor.

—Bueno, me duele un poco el costado, pero me encuentro mejor, sí.

—Debes descansar. —Estiró el cuello para ver que Muriel se estaba levantando. —Hola.

—Hola —dijo cogiendo su bolso—. Y adiós, tengo una cita.

Él sonrió. —¿Con Malcom?

—¿Eres adivino?

—Era previsible.

Sonrió pasando a su lado. —¿Por su parte o por la mía?

—Por los dos.

Soltó una risita yendo hacia el ascensor.

—Pasadlo bien —dijo Jenika cogiendo a Violeta en brazos para que no se le escapara.

Él entró en su casa y cerró la puerta. —Quería decirte que si quieres ayuda a la hora de configurar el móvil lo haré encantado.

Los hombres y la tecnología. —Gracias. Pensarás que soy tonta con eso de la tarjeta, pero es que creía que se podía con una clave remota o algo así, lo leí una vez en internet.

—Bueno, lo que puedes hacer es contratar un servicio desde el ordenador de tu casa como cuando te vas al extranjero y después activarlo en el móvil, pero eso sería cuando ya el móvil tiene número de teléfono y eso va en la tarjeta.

—Entiendo, gracias. No te preocupes, el resto sé hacerlo yo. ¿Quieres cenar algo?

Se pasó la mano por la nuca como si estuviera agotado. —He quedado para tomar una hamburguesa y ver un partido con mis amigos.

—¿Quién juega? —preguntó como si nada.

—Los Yankees contra los Gigantes de San Francisco.

—Vaya, se ve interesante —dijo dejando a Violeta sobre el sofá.

Él carraspeó. —¿Quieres venir?

Le miró sorprendida. —¿Ir?

—A comer una hamburguesa y eso.

La había dejado de piedra y le hubiera dicho que sí al instante, pero no solo tenía que estudiar sino dejarle claro que ella no estaba tan disponible como parecía. —Me encantaría, pero no puedo, tengo el examen.

Él asintió y la mosqueó un poco que pareciera aliviado. —Bueno, pues ya te veré mañana.

—Hasta mañana, Clancy. Pásalo bien.

—Descansa un poco, todavía estás algo pálida.

—Lo haré.

Salió de su piso y entrecerró los ojos porque con él estaba mostrando más impaciencia que con sus otros novios y eso no podía ser. Esas cosas llevaban su tiempo, Jenika. No te precipites, que luego las cosas no salen como tú quieres. Paciencia y a simular que te importa un pito. Ya vendrá a ti, ya.

Sentada tras su escritorio una semana después estaba que trinaba porque como había pronosticado su sexy vecino se había largado al día siguiente de su última conversación y todavía no había dado señales de vida. Es que de verdad, aquello era un sinvivir.

Su secretaria entró en su despacho. —¿Sí, Melissa? —Al ver que dejaba cuatro expedientes más sobre la mesa no se lo podía creer. —No fastidies.

Soltó una risita. —Y los que vendrán. Bienvenida a Nueva York.

Cuando se largó miró toda la mesa cargada de trabajo. Ya eran cuarenta y dos casos los que le habían pasado. En Minnesota no llevaba ni la mitad y tenía tiempo a prepararlos bien, pero aquel volumen de trabajo era de locos. Como el sueldo, guapa. Ponte las



pilas o tendrás que quedarte todos los días hasta las siete de la tarde.

Su móvil sonó y lo cogió distraída. —Whitfield.

—¡Lo he conseguido!

Sonrió apoyando la espalda en el respaldo del sillón y girándolo hacia la ventana. —Enhorabuena, ¿cómo es de cómodo el sillón de directora de Ma mode?

—Todavía no lo sé, me lo acaban de comunicar y ella todavía está en su despacho teniendo una rabieta.

Se escuchó que se rompía un cristal y Jenika se sobresaltó. — ¿Qué ha sido eso?

—Ha roto la luna de su despacho con uno de los premios que le dieron el año pasado. Ha perdido totalmente el norte.

—Tú por si acaso no te acerques.

—Ni loca. ¿Quedamos para comer y lo celebramos?

Gimió mirando el trabajo que tenía pendiente, pero podía recuperar el tiempo después. —Hecho, ¿donde siempre?

—No, hoy paga la empresa. Voy a entrevistar a una abogada de éxito. Vamos al Rialto. ¿En una hora?

—Perfecto, así podré acabar unas cositas pendientes.

Rio. —¿Más trabajo?

—Voy a envejecer prematuramente.

—Te llevaré una cremita que hace milagros.

—Que buena amiga eres —dijo antes de colgar. Se puso con un expediente de un tipo al que se le había ido la mano con una aparcacoches por abollárselo y le sonó el teléfono de nuevo. Se lo puso al oído distraída—. Whitfield.

—¿Es Jenika Whitfield? ¿Nacida en Minnesota?

Frunció el ceño por la voz de esa mujer. —Sí, ¿quién es?

—Tengo su bolso. Se lo he enviado a la dirección que había en uno de los carnets, pero me lo han devuelto.

Qué raro todo. —¿Por qué no lo ha llevado a comisaría?

—Temía que me dijeran que lo había cogido yo, pero le juro que me lo encontré en la calle. El dinero no lo he cogido yo, se lo aseguro. Si me dice dónde dejarlo, lo haré con gusto.

La verdad es que le encantaría recuperar la cartera. Había sido el primer capricho que se había dado y era de Chanel, pero algo en esa llamada la mosqueaba cuando podía haberlo dejado en cualquier comisaría. —¿Cómo ha conseguido mi número?

—Mi novio sabe mucho de informática y lo ha conseguido de su móvil sacando la tarjeta. Al parecer se puede saber el número haciendo no sé qué cosas.

Demasiadas molestias.

—Oiga, ¿quiere su bolso o no? Porque sino lo tiraré a la basura y listo.

—¿Sabe qué va a hacer? Va a dejarlo en la primera comisaría que vea y les dirá que ha hablado conmigo y que yo le he pedido que lo haga.

En ese momento colgó y apretó los labios. —Lo sabía —dijo entre dientes—. Si creéis que no he cambiado la llave de mi casa estáis muy equivocados, cabrones. —Se levantó y cogió el móvil con su bolso para salir del despacho. —Melissa tengo que ir a comisaría.

—Ajá... —dijo distraída con algo en la pantalla del ordenador.

Estiró el cuello y al ver que se estaba preparando las vacaciones puso los ojos en blanco. —Volveré después de la comida.

—Ajá...

—Te aconsejo el gran cañón, es impresionante.

—Gracias, jefa.

Yendo hacia el ascensor siseó —Mierda, esto era lo que me faltaba.

Se dejó caer en la silla del restaurante y Muriel levantó una ceja. —¿Un día duro?

—He tenido que poner una denuncia, aunque no sé para qué me he molestado, no van a encontrarlos. —El camarero le sirvió el agua y cogió la copa a toda prisa porque estaba sedienta. Estaba dejando la copa en la mesa cuando vio por encima de la cabeza de Muriel que Clancy guapísimo con un traje gris entraba en el restaurante con una rubia con un impecable vestido verde. Al ver que él mismo le apartaba la silla se quedó de piedra por ese gesto tan caballeroso. Aquello no era una comida de negocios.

—¿Una denuncia por qué?

—Clancy está ahí. —Su amiga se volvió. —¡No mires! Está con una tía.

—Uy, uy... —Como si nada cogió su copa de agua. —¿Cuándo habrá llegado?

—Esta mañana aún no lo había hecho, así que ha llegado a su casa, se ha puesto guapísimo y ha quedado con esa. —Se inclinó a un lado para ver cómo esa le sonreía como si estuviera enamoradísima. Se quedó sin aliento al ver que el perfil de Clancy sonreía. —Mierda, es su novia.

—¿Qué?

—O su futura novia, esa no es una primera cita, tienen complicidad.

—Pero si es de los de solo una noche.

—Pues ha cambiado de opinión o yo qué sé. —Les miró de nuevo y al ver que ella alargaba la mano y él se la cogía por encima del mantel lo vio todo rojo. —Mierda, estamos en alerta ámbar.

—¿No estarás exagerando? A ver si va a ser otra de sus hermanas y la lías de nuevo.

Pálida miró los ojos de su amiga. —Ella lleva un pedrusco enorme y están haciendo manitas.

Su amiga hizo una mueca. —Vaya.

—¿Vaya? ¿Eso es lo mejor que puedes decir?

—Te podría decir que te buscaras a otro, pero te lo vas a tomar fatal.

—Muy graciosa. Tengo que hacer algo.

—Ni se te ocurra, indiferencia, ¿recuerdas? No puede ser nada serio si se tira a otras.

—Eso es lo que tengo que averiguar. —Se levantó y tomando aire intentó parecer lo más serena posible. Incluso fue capaz de plantar una sonrisa en su rostro y se acercó a su mesa. Ella la vio primero y Clancy miró hacia allí. Sonrió más ampliamente. —Qué sorpresa.

—Jenika, ¿qué haces aquí?

—He quedado con Muriel para comer. —Él miró hacia su amiga que le saludó con la mano. —Celebramos su ascenso a directora de la revista.

—Felicítala de mi parte —dijo incómodo. La rubia levantó una ceja—. Ella es Jenika Whitfield, mi vecina.

—Oh, encantada de conocerte. —Alargó la mano hacia ella y se la estrechó. —Soy Miranda Lewis aunque Lewis por poco tiempo. Soy la prometida de Clancy.

—¿No me digas? —dijo mirándole sorprendida—. Prometida, no sabía que te habías prometido.

—Ha sido esta misma mañana.

—Nos conocimos en Río por trabajo. Soy delineante.

—Vaya, un equipo increíble —dijo disimulando lo dolida que estaba—. Seguro que os irá muy bien. Felicidades.

—Gracias.

—Bueno, os dejo que estáis de celebración. —Se volvió y se encontró un camarero. —Ponga aquí una botella de champán, invito yo.

—Enseguida, señorita Whitfield.

—Gracias Jenika —dijo ella tan contenta.

—Un placer. —Se alejó hirviendo de furia. Se había comprometido después de una semana de conocerla. Inconcebible. Ridículo. Se sentó ante su amiga intentando no gritar de la impotencia.

—¿Y bien?

—Confirmado.

—Mierda, lo siento.

Bebió de su copa y forzó una sonrisa. —Algo he hecho mal. Tengo que averiguar qué es.

—Tú no has hecho nada mal, simplemente se ha enamorado.

Miró hacia allí y vio que la miraba. Se tensó con fuerza porque vio algo en sus ojos que la alertó, era como si la deseara. Él apartó la vista de inmediato. Allí estaba pasando algo y lo iba a averiguar.



## Capítulo 7

Le escuchó llegar a las once de la noche y a toda prisa corrió hacia la puerta para abrirla. Él se detuvo en seco con las llaves en la mano. —Estás despierta.

—¿Esperabas que no lo estuviera?

Sin responder fue hasta su casa y metió la llave en la cerradura.

—¿No piensas decir nada?

—No tengo que darte explicaciones.

—¿No? ¡Pues bien que ibas a besarme en el hospital!

—Eso fue en el hospital.

—Claro, ha pasado mucho tiempo. Te gusto, niégalo si te atreves.

—Ha llegado Miranda, no hay más que decir.

Cerró la puerta dejándola con la palabra en la boca. No se lo podía creer. Pues ella no se daba por vencida. Entró en su casa con una mala leche que no podía con ella y empezó a dar paseos de un lado a otro mientras Violeta no le quitaba la vista de encima. ¿Qué puedo hacer...? No dejaba de darle vueltas y entonces se detuvo en seco sonriendo maliciosa antes de mirar a Violeta. —Esto no se va a quedar así.

Al día siguiente por la tarde se reunió con Muriel y después de contarle sus planes su amiga la miró espantada. —Ni de broma.

—Venga, no puedo hacerlo yo. Los forenses se darán cuenta. Unos cuantos golpes, me atas y asunto solucionado. —Miró a su alrededor. —La casa ya la he revuelto yo y me ha fastidiado bastante, la verdad.

—¡Estás de atar! ¿Y qué te garantiza que él se apiadará de ti, dejará a la otra y viviréis felices para siempre?

—No pretendo eso.

—Claro que sí.

—Lo que pretendo es que nos acerquemos. Tú no cojas el teléfono si te llaman. Es simple. Duerme en casa de tu novio y él se verá obligado a quedarse conmigo. Serán unos golpes superficiales, me lo tiro y ya le tengo agarrado por las pelotas. No podrá casarse con ella.

—¿Pero te estás oyendo?

Gimió y desesperada se dejó caer en el sofá. —Por favor...

Su amiga se sentó en la mesa de centro. —Esto no es como aprovechar la ventaja que te han dado otros al meter la pata, esto es un delito.

—Un delito pequeño, pero por él haría cualquier cosa.

—Háztelo mirar guapa, que tú no estás bien. —Se levantó. — No pienso participar en esto. No siempre podemos salirnos con la nuestra.

—¡Eso lo dices ahora, pero te recuerdo que sin mis valiosos consejos tu novio aún estaría de picos pardos por ahí!

Muriel se sonrojó. —Esto es llegar demasiado lejos.

—Muy bien, vete.

Insegura se apretó las manos. —¿Seguimos siendo amigas?

Sonrió. —Claro que sí, pero no me delates.

—¿Vas a hacerlo?

Escucharon el click del ascensor y ambas miraron con los ojos como platos hacia la puerta. —No, no... llega pronto.

—Igual no es él.

Llamaron a su puerta y gimió. —Mierda.

—¿Jenika? ¿Estás ahí?

Violeta empezó a ladrar.

—Abre la puerta, quiero hablar contigo.

—Igual quiere arreglarlo —susurró su amiga.

A toda prisa dijo —Escóndete.

Muriel corrió hacia su habitación y tomó aire antes de abrir la puerta apenas una rendija. Llevaba traje, lo que indicaba que llegaba de trabajar. —¿Sí?

Él frunció el ceño. —¿Ocurre algo?

—No, qué va. —Violeta pasó entre sus piernas y al agacharse a cogerla la puerta se abrió mostrando el estado del salón.

—¿Pero qué coño? ¿Te han robado?

Se sonrojó. —No, no creo que se hayan llevado nada y...

—¿Has llamado a la policía?

—No, pero no pasa nada. Es recoger y listo.

—Y una mierda. —Sacó su móvil y Jenika volviéndose sonrió.  
—¡Oiga, han robado en casa de mi vecina! —dijo entrando en la casa—. ¿Que no toquemos nada?

Mierda, no podían encontrar a Muriel bajo la cama, se metería en un lío gordísimo. Mejor hacer que saliera. —Oh, Muriel está en la habitación recogiendo. ¡Muriel! ¡No toques nada!

Su amiga salió roja como un tomate. Sí, era evidente que su amiga no valía para delinquir.

—Bueno, pues si viene la policía, mejor me voy para no molestar. —Pasó a su lado y susurró —La que has liado.

—Esto no es nada, no te preocupes —dijo bien alto—. Vete, que Malcom te está esperando.

—Sí, el otro día perdió su bolso —dijo al teléfono mosqueadísimo—. ¡Claro que lo denunció! —La miró. —Lo denunciaste, ¿no?

—Sí, tengo la denuncia, la hice al día siguiente porque los del teléfono eran muy pesados con el tema.

Él entrecerró los ojos. —Tiene la denuncia. Sí, apostaría que tenían las llaves, la cerradura no parece forzada, pero el portero

cambió la de su piso. Yo mismo se lo ordené.

Miró a su amiga y levantó una ceja. —Qué eficiente —dijo por lo bajo.

—A ver cómo explicas lo de la cerradura.

—Tranquila, que tengo excusa para todo. —Dio un paso hacia él. —A ver si dejé la puerta abierta cuando saqué a Violeta, no sé si la cerré con llave. No lo recuerdo.

—No pasa nada, nena. Enseguida vienen —dijo colgando el teléfono.

Sí cielo, soy tu nena y lo seré siempre. Aparentando una preocupación que no sentía en absoluto susurró —¿Crees que han sido ellos? Cuando me llamó esa chica para devolverme el bolso sentí que había algo raro y por eso denuncié la llamada.

Pasmado preguntó —¿Qué llamada?

—La de ayer por la mañana. —Hizo que recordaba. —Claro, ¿no te lo dije? Me llamó la que tenía mi bolso.

—¡Cómo que te llamó!

Entrecerró los ojos. —Está claro que quería mi dirección, pero la debieron conseguir de otra manera como consiguieron mi número.

—Uy, esto se está complicando y yo he quedado. —La besó en la mejilla. —Menos mal que no te han dado de leches hasta dejarte en coma o algo así.

—Sí, menos mal —dijo como una niña indefensa—. ¿Te imaginas?

—Sí que me lo imagino, sí. Ciao chicos, hablamos mañana.

Se quedaron a solas y ella miró a su alrededor gimiendo por los papeles que había en el suelo. —Mierda, el caso Hobson.

—No toques nada.

Para su sorpresa le puso a Violeta en brazos. —¿Me la sacas? Un paseíto corto, ya la sacaré yo después, cuando se vaya la policía.

Él gruñó, pero acarició la cabecita de su pequeña. —De paso hablaré con el portero.

Sonrió radiante. —Gracias, eres el mejor.

Cogió la correa de Violeta de la que salía. —No toques nada, estarán al llegar.

—Vale.

Cuando se metió en el ascensor sonrió radiante. No había salido exactamente como esperaba, pero la cosa no iba nada mal.

Estaba hablando con los agentes cuando él salió del ascensor con Violeta en brazos. —¡Ese mamón no cambió la cerradura!

Un giro de los acontecimientos, eso sí que no se lo esperaba. —¿Qué has dicho?

—¡Solo hizo copias de la llave! Ha tenido que reconocerlo al saber que venía la policía. Es un puto vago, ya verás cuando hable con el administrador.

—Cálmese señor...

—Oh, es el señor Clancy Levant, mi vecino. —Señaló su puerta. —Vive ahí.

El policía apuntó. —Su vecino.

—Sí. —Cogió a Violeta de sus brazos.

—¿Su perro ha sufrido algún daño?

—Oh, ella va a la guardería mientras trabajo. Y si termino tarde la recoge mi amiga Muriel que también vive en el edificio, se la lleva con ella y luego la recojo. Pero hoy salí a tiempo, pretendía trabajar en casa.

—Entiendo. Así que llegó...

—Sobre las seis.



—Son las siete y media. Han tardado en llamar.

—Ya, pero es que fui a ver a Muriel que tiene mal de amores y después vinimos aquí porque le iba a dar un vestido para la cita que tenía esta noche. Fue cuando nos encontramos esto. De inmediato fui a ver si me habían robado algo, pero no. Las joyas de valor las guardo en una caja fuerte del banco y el ordenador lo llevaba conmigo. La tele no se la podían llevar porque es enorme y está atornillada a la pared. Menos mal que me la pusieron los de la mudanza porque sino no sé qué hubiera hecho con ella.

Los policías miraron la televisión y uno silbó. —Debe ser genial ver ahí los partidos.

—Yo la compré para las películas. Antiguas, ¿sabe? Es como ir al cine.

—Y que lo diga. —El policía apuntó. —Así que no le han robado nada.

—Ha dicho que aparentemente no le han robado nada, todavía no ha podido mirar bien —apostilló Clancy.

—Entiendo, daremos parte. Supongo que llamará al seguro.

Gimió por dentro.

—¿Nena?

—Me acabo de mudar no tengo seguro. ¡Ni se me había pasado por la cabeza!

—Vaya —dijo el policía apuntando de nuevo—. Bueno, nosotros hemos acabado. Cambien la cerradura, es lo único que podemos aconsejarle.

—¿Solo eso? —preguntó Clancy asombrado—. ¿No piensan tomar huellas o algo?

—Señor, ¿sabe cuántos robos tenemos al día en apartamentos de esta ciudad? ¿Cree que siempre va la científica a cada uno de ellos? No le han robado nada importante. Seguro que buscaban joyas o dinero y no lo encontraron.

—Es evidente que son profesionales porque la han seguido para averiguar donde vivía. ¡Tienen que hacer algo!

—No ha sufrido daño y nosotros tenemos mucha gente a la que atender en auténticos dramas, caballero. Daremos parte, es todo lo que podemos hacer.

—¡Pues muchas gracias por venir! —dijo furioso.

Los agentes le ignoraron y él cerró de un portazo. —Serán inútiles.

—Clancy, están desbordados —dijo dejando a Violeta en el suelo y empezando a recoger los papeles de su caso.

—Me han dicho que te cambiarán la cerradura mañana, pero no me fío. Voy a la ferretería. —Y antes de que pudiera evitarlo ya se había ido.

Sonrió dejando el expediente Hobson sobre la mesa de centro y miró a Violeta. —Cielo, ¿un paseíto en condiciones para que luego papi y yo tengamos intimidad?

Su perrita ladró.

—¿Y una chuche? Vale, que te has portado muy bien.

Llegó con Violeta y él que ya se había quitado la chaqueta del traje ya estaba quitando la cerradura vieja. —No preguntes cómo he entrado.

—Te daría la llave el portero, supongo.

Negó con la cabeza y eso sí que la preocupó. —Cerré con llave.

—Estaba abierta. La cerradura no cierra bien.

Impresionada palideció porque había estado días, pero sobre todo noches totalmente desprotegida. —Será broma.

—No, nena —dijo entre dientes—. Desgraciadamente no es broma, así que te puede haber robado cualquiera.

Se llevó la mano al pecho. Menos mal que había hecho todo aquel paripé porque ni le habían cambiado la cerradura ni la cerradura cerraba en condiciones. Un milagro. ¿Ves? Siempre debes seguir tu instinto. —Gracias por cambiarla.

—No es nada, nena.

—¿Pido algo de cenar?

La miró de reojo girando el destornillador para quitar un tornillo.

—¿O has quedado con tu novia?

—Está de viaje.

—Oh, vaya.

Él suspiró dejando caer los brazos. —No voy a negar que hay una atracción entre nosotros.

—Estaría bueno que lo negaras.

—Pero ella es perfecta para mí.

Que dijera eso le dolió y mucho, pero intentó que él no se diera cuenta. —¿Y por qué es perfecta si puede saberse?

—Trabaja en mi misma profesión, nos entendemos. ¡Podemos viajar juntos por todo el mundo!

Se le cortó el aliento. —Al parecer has tenido novias que se han quejado de tus viajes, ¿no?

—¡No lo entiendes, cuando tengo una obra me paso seis meses fuera de casa! ¡Eso por no hablar de los viajes durante el resto del año!

Furiosa siseó. —¿Cambias la cerradura o no? —Le empujó para entrar en casa y le quitó la correa a Violeta antes de empezar a recoger el salón.

Él la observó. —Nena... ¡Joder, ni siquiera nos hemos acostado!

Se volvió con unos libros en la mano. —¡Mira, no hace falta que me des más explicaciones!

—¡Me las pediste!

—¡Pues ahora no las quiero!

—¡No te cabrees, yo no te prometí nada!

—Mientes, tu mirada lo decía todo.

Él se tensó. —No sé de qué me hablas.

—¡Y te mientes a ti mismo! —Fue hasta la habitación y cerró de un portazo. Se llevó las manos a la cabeza porque todo aquello no había servido de nada. Nada serviría porque ya había tomado una decisión, eso era evidente. Sintió unas terribles ganas de llorar, pero eso tampoco serviría de nada. Como cuando se sentía sola en el instituto, ¿sirvieron de algo todas aquellas lágrimas? No, solo sirvieron para hundirla más en su autocompasión. Debía aceptarlo, por primera vez en tantos años debía aceptar lo que no le gustaba en lugar de cambiarlo y era decepcionante, la verdad, porque ya sentía que Clancy era parte de ella. Se sentó en la cama con los ojos llenos de lágrimas impresionada por la lucha interna que tenía en su interior. Esa era perfecta para él y todo por el maldito trabajo. Entendía lo que quería decir, pasar tanto tiempo lejos de casa era algo que destruía cualquier pareja y ella tampoco sabía si podría sobrellevarlo. Y renunciar a su carrera era algo inviable, se moriría sin trabajar. ¿Y cuando llegaran los niños, eh? ¿Seis meses al año sola criándolos? ¿Qué tipo de familia sería esa? Una que ella nunca había querido, eso estaba claro. Quería que su pareja estuviera a su lado, en lo bueno y en lo malo, así que al parecer la decisión que había tomado Clancy era la correcta, pero eso no evitaba que le

doliera. Las lágrimas corrieron por sus mejillas y se las limpió con rabia. La puerta se abrió, pero ella no levantó la cabeza.

—Ya la he cambiado.

—Gracias.

Le escuchó suspirar. —Supe que me darías problemas en cuanto te conocí.

—Por algo será.

—No es viable y si fueras sincera contigo misma lo admitirías.

Asintió. —Gracias por tu ayuda.

—¡Joder, deja de darme las gracias!

Se mantuvo en silencio.

—¡Nena, mírame!

Levantó la vista hacia él mostrando sus ojos cuajados en lágrimas. Clancy se acercó y se acuclilló ante ella. —Yo nunca quise esto —dijo entre dientes.

—Podemos...

—¡No! —La cogió por las mejillas. —¿No te das cuenta? Tienes tu carrera, tu futuro y no tiene nada que ver con el mío. Joder, nena, no llores. —Besó su mejilla como si quisiera borrar sus

lágrimas y Jenika sintió que le robaba el aliento. —No llores. Mañana me mudaré, ¿de acuerdo? No volverás a verme, pero no llores.

Sollozó sin poder evitarlo y Clancy la abrazó provocando que Jenika se aferrara a él desesperada porque al día siguiente le perdería para siempre. —Lo siento, nena. —Se apartó para mirar su rostro y se miraron a los ojos. —Lo siento, pero debo hacer lo mejor para todos.

—Bésame —susurró.

Clancy miró sus labios como si los deseara más que a nada, antes de rozarlos tomándose su tiempo, antes de acariciarlos de nuevo. Las sensaciones eran tan exquisitas que Jenika cerró los ojos disfrutando de él, de lo que le hacía sentir y cuando entró en su boca le saboreó tanto como él a ella. Supo en ese momento sin ningún género de dudas que era el amor de su vida y aunque solo fuera en ese instante era suyo. Se besaron con pasión y sus labios se mostraron exigentes, pero a cada segundo que pasaba también se mostraban más ansiosos. Jenika acarició su pecho por encima de la camisa y tiró de ella impaciente por sacársela del pantalón. Necesitaba sentir su piel y él apartó sus labios para llevarse las manos a la espalda y sacarse la camisa por la cabeza tirándola a un lado antes de besar su cuello. Suspiró de gusto mientras sus manos



acariciaban su pecho y sin darse cuenta se dejó caer en el colchón disfrutando de sus caricias. Clancy acarició su muslo subiendo la falda de su vestido y antes de llegar a su trasero se metió entre sus piernas para acariciarla por encima de sus braguitas. Gimió de placer mientras sus labios bajaban por su cuello hasta su escote que de repente se abrió mostrando su sujetador de encaje. Una de las copas se bajó y sus labios rozaron su pezón erecto mientras la otra mano de Clancy no dejaba de acariciarla entre las piernas. Jenika sintió que todo su cuerpo ardía y gimió de placer, pero él mordisqueó su pezón antes de que apartara sus braguitas para meter un dedo en su interior. Fue tan intenso lo que sintió, que gritó arqueándose y él sonrió mirando su rostro. —¿Te gusta, nena? Si acabo de empezar. —Metió el dedo de nuevo haciendo que se retorciera de placer y él sin dejar de mirar su rostro acercó su boca a su pezón y sopló antes de pasar la lengua. Provocó que cada músculo de su cuerpo se tensara y Clancy siguió moviendo su mano, siguió torturando su pecho hasta que gritó sintiendo que su vientre se quebraba. —Jamás nadie me ha respondido como tú, preciosa — dijo posesivo antes de cogerla por la nuca para acercarla a su rostro —. ¿Me olvidarás? —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Me olvidarás? —gritó en su rostro.

—No.

—Repítelo.

—Nunca.

Entró en ella de un solo empujón haciéndola gritar de placer y se agarró a sus hombros impresionada por lo que le sucedía a su cuerpo. —Yo tampoco podré olvidarte, preciosa —dijo con la respiración agitada. La llenó de nuevo—. Sería imposible olvidarte. —Movi6 las caderas y ella gritó de necesidad. —¿Vas a correrte? — Entró de nuevo en su ser y Jenika clavó las uñas en sus hombros. — ¿Estás a punto? —La llenó de manera más contundente. —Hazlo conmigo.

Su interior se contrajo con fuerza haciéndoles gritar de placer, mientras todo a su alrededor desaparecía dando paso a una felicidad indescriptible. Le abrazó con fuerza y fue perfecto. El momento más perfecto de su vida.

Con la respiración agitada acarició su espalda y sintió que él se apartaba para mirar su rostro. Sabiendo que era el fin, elevó sus párpados y él sonrió con tristeza. —Mejor no digamos nada.

Asintió y él besó suavemente su labio inferior antes de apartarse sin mirarla. Rota después de tanta felicidad no pudo

soportar ver cómo se iba y se giró haciéndose un ovillo intentando evitar las lágrimas.

—Me hubiera gustado que fuera de otra manera, pero no puede ser. Yo no renunciaré a mi vida como no podría pedirte que renunciaras a la tuya. Compréndeme.

—Adiós.

Él viendo como intentaba retener el dolor apretó las mandíbulas antes de decir —Adiós, nena. —Se alejó a toda prisa y Jenika se tapó la cara con las manos gimiendo de dolor. Sentía que se desgarraba su corazón y no podía hacer nada para evitarlo.

## Capítulo 8

Muriel la miró preocupada. —Cielo, han pasado dos meses.

Distraída con el móvil la miró. —¿Qué?

—¿Te has visto? Estás muy delgada, tienes ojeras y trabajas de sol a sol. ¿Hasta cuándo va a durar esto?

—¿Has encontrado ya el vestido de novia?

—No. ¡Y no me cambies de tema!

Suspiró apoyando la espalda en el respaldo de la silla de mimbre que había comprado para el salón y dijo como si nada —¿No hace un día estupendo? Ya está aquí el verano.

Muriel apretó los labios. —He hablado con Malcom.

—¿Sí? ¿Dónde será el banquete?

—No hemos hablado de la boda sino de ti.

—Vaya tema más interesante —dijo con ironía.

—Para mí lo es, y para él también, está preocupado por ti. El sábado en la cena con sus amigos parecías ida.

—Es que no me gustaba ninguno. —Recordó la sonrisa de Clancy y sus ojos se entristecieron. —Se me pasará.

—¡Pues ya vas tarde! Se ha largado, olvídate de él.

—Eso intento, no me agobies.

Muriel apretó los labios. —Se lo voy a decir hoy.

La miró sorprendida. —Dijiste que después de la boda.

—Ya, pero es que ahora quiere que sea en Navidades y como comprenderás estaré recién parida y no es plan. Además, ayer me preguntó si me había bajado la regla, ya tiene la mosca tras la oreja. Ya verás cuando le diga que estoy de tres meses.

Hizo una mueca. —Dile que con todo lo que ha pasado con el trabajo y con él no te diste cuenta.

Suspiró. —No quiero mentirle, no es buena base para un matrimonio.

—Tienes razón. Además, te ha dicho que te quiere antes de saberlo, así que no se cabreará durante mucho tiempo. —Miró su copa. —Cuando amas perdonas muchas cosas y tú le has perdonado a él.

—¿Le perdonarías?

La miró sin entender.

—A Clancy, ¿le perdonarías?

—Sí —dijo sin dudar—. Hizo lo que creía correcto, aunque no lo fuera.

—Cuando se fue creías que era lo correcto.

—Pero ahora no lo pienso, porque aunque juntos solo tuviéramos seis meses de felicidad al año, ese tiempo merecería la pena.

Su amiga asintió mirándola con tristeza. —Lo siento mucho.

—Sé que lo sientes. —Forzó una sonrisa. —Pero ahora es tu momento, olvidemos mi desastrosa vida amorosa para centrarnos en ti. Tienes que elegir el traje de novia y cuanto antes mejor. Venga, dame una de esas revistas que buscamos algo.

Después de que su amiga se fuera, jugó un poco con Violeta y se puso a trabajar. Vaya plan para el fin de semana. Estaba escribiendo unas notas cuando escuchó unas risas en el piso de al lado. Apretó los labios porque la pareja de novios que se había

mudado al piso de Clancy eran realmente felices. Todos eran felices menos ella. Violeta gimió y la miró para verla con la pelota en la boca. —Acabamos de jugar. Mami tiene cosas que hacer. —Dejó caer la pelota de su boca y no pudo evitarlo, se echó a reír. Se agachó y la cogió en brazos besándola en la cabecita. —Tú nunca me fallarás, ¿verdad? —La miró a los ojos. —¿Verdad? —Le lamió media cara y rio. —Venga, vamos a dar una vuelta que hace un día precioso.

Minutos después estaban en Central Park y Violeta corría de un lado a otro. Varios se pararon a acariciarla y se dejó hacer como la mimosa que era. Estaba encantada con tanta atención. —¿Jerika?

Se volvió sorprendida y creyó que se moría al ver a la prometida de Clancy. —Es Jenika.

—Oh, perdona. Te he visto con tu perrita y he querido acercarme a saludar.

—¿Cómo os va? ¿Qué tal está Clancy?

—Ya le conoces, mucho trabajo. Ahora está en Brasil. —Se apartó un mechón de la mejilla y Jenika se tensó porque no llevaba anillo. —Yo he tenido que venir para unas reuniones.

—Entiendo. ¿Has perdido el anillo? —Miranda se miró la mano y se sonrojó. —Sería una pena, era precioso.

—Lo he dejado en el baño. —Bufó. —Siempre me olvido de él, tengo una cabeza... No estoy acostumbrada a llevarlo y siempre me pasa. —Soltó una risita. —No se lo digas a Clancy.

—Dudo que lo vea.

—Vendrá dentro de diez días. Tiene que hablar con el equipo de otro proyecto en Alabama.

Su corazón dio un vuelco. —Que me llame si quiere tomar algo. No quiero molestarle si está ocupado.

—Se lo diré. Bueno, tengo que irme, he quedado con unos amigos.

—Pásalo bien. —Observó cómo se iba y sintió que algo no iba bien. Se la veía muy contenta con su prometido tan lejos. No había mostrado pena en ningún momento porque él se hubiera quedado en Brasil.

—¿No llevaba el anillo? —preguntó Muriel con la boca llena de pizza antes de mirar a su novio que entrecerró los ojos—. Yo no me lo quitaría ni muerta, con lo que me ha costado que me lo des.



Malcom se sonrojó y las dos se echaron a reír haciendo que varios del bar les miraran. —Muy graciosas.

—En el fondo habla en serio —dijo agarrando una patata frita—. Pero es raro. Si yo tuviera ese anillo en el dedo no me lo quitarían ni con aceite hirviendo.

—Pienso lo mismo —dijo su amiga.

—Vamos a ver, ¿qué piensas? ¿Que se lo quitó a propósito? Igual es cierto que se le olvidó —dijo él.

—Cariño, yo no me lo quito nunca.

—Muchas mujeres se los quitan para fregar y esas cosas.

—Esa no ha fregado en su vida —dijo Jenika con rencor—. Es una pija, no sabe ni lo que es un estropajo.

Muriel abrió los ojos como platos. —A ver si se la está pegando a Clancy y se lo quitó para que no se mosqueara su amante.

—Eso mismo he pensado yo.

Malcom suspiró. —Jenika, estás deseando que sea así para que vuelva a tus brazos.

—¿Y qué? ¿Es malo querer que vuelva?

—No, pero igual te estás ilusionando para nada y realmente se ha olvidado el anillo. Si te equivocas, te vas a hundir aún más en la mierda por tener esas fantasías.

Asombrada miró a Muriel. —Muy sensible.

—Pues no veas cómo trata a las modelos, algún día nos demandarán. Ya estoy ahorrando parte del presupuesto para la indemnización.

—Ja, ja. —Bebió de su cerveza. —Si no le es infiel estarás metiendo la pata. Además se largó, ¿qué quieres conseguir? Demostró que no quería estar contigo.

—Lo que decía, muy sensible.

—Hablo en serio.

—Y yo. Puede que no me quiera a su lado, pero al menos le quitaré a esa caradura de encima porque me pienso chivar.

—Y creerá que lo haces por celos.

—Pero es que pienso darle pruebas.

—¿Qué pruebas?

—Las que me consigas —dijo como si fuera lo más obvio del mundo—. Eres fotógrafo, a ti no te cuesta.

Asombrado miró a su novia que forzó una sonrisa. —¿Tú lo sabías?

—Cariño...

—Ah no, ni hablar. ¡No pienso seguir a esa mujer!

—Mi amor...

—No me chantajees, que calentito me tienes con tu secretito.

—Lo hice por nosotros, para saber si me querías a mí —dijo haciendo pucheros.

Él suspiró cogiendo su mano. —Preciosa no te disgustes.

—¿Entonces me ayudarás o no? —preguntó con la boca llena. De repente había recuperado el apetito.

La fulminó con la mirada. —Estamos hablando.

—¡Corta el rollo! ¡La quieres y ella a ti, vais a tener un bebé precioso y os vais a casar! ¿Nos centramos en mí, por favor?

Muriel reprimió la risa. —Lo siento. —Le dio un codazo a su novio. —Sí que lo hará. ¿Verdad, cielo?

—No he dicho eso.

—Lo harás por mí, porque me quieres y quieres que sea feliz. Y seré feliz si ella es feliz, así que lo harás.

Gruñó antes de darle un mordisco a su hamburguesa.

—Bien, el lunes irá a la empresa de Clancy, supongo que allí podrás pillarla.

—No te hagas ilusiones.

—No pienso hacerme ilusiones, solo quiero la verdad.

Corrió por la acera y abrió la puerta del coche sobresaltando a Malcom que tenía la cámara en la mano. —¿Ya ha salido?

—¿Qué haces aquí?

—Enseñarte como es.

—¡Ya sé cómo es por la página web de la empresa!

Dos segundos después se abría la puerta de atrás sobresaltándolos y Malcom se volvió para ver como entraba su prometida con Violeta en brazos. —¡Estupendo! Mujer, ¿no tienes nada que hacer?

—No pienso perdermelo.

Miraron por la ventanilla y en ese momento salió Miranda con una enorme carpeta de dibujo en la mano. —¡Ahí está! ¡Es esa!

Malcom sacó varias fotos y dejó la cámara sobre el salpicadero en un soporte antes de arrancar. Giró para ir en la otra dirección ignorando los pitidos y giraron a la izquierda como había hecho ella. —Va hacia el metro.

—Muy bien, para —dijo su novia—. Os llamo con la dirección.

Él frenó y Muriel se bajó del coche a toda prisa para seguirla. Malcom sonrió.

—Estás loquito por ella, ¿eh? Pringado, todo el tiempo que habéis perdido por tus tonterías.

—Tú tampoco tienes pelos en la lengua, ¿no?

—Pues no has oído nada. —Miró su móvil. —Línea A.

—¿En dirección Wall Street o hacia Canal Street?

Preguntó a toda prisa y esperó. —Canal Street.

Malcom se puso en movimiento. —Joder es hora punta, tardaremos en llegar.

Se mordió el labio inferior mirando el móvil. —Han llegado a Chambers, no se baja. —Se detuvieron en un semáforo y bufó.

Él la miró. —¿Qué quieres que haga, saltármelo?

—Pues no hubiera sido mala idea. —Se puso en verde. —Vamos, vamos... —Malcom salió pitando, pero tuvo que detenerse en

otro semáforo. Era evidente el embotellamiento. —Mierda.

—Dile que la siga, llegaremos en cuanto podamos.

Escribió a toda prisa. —Ha dicho que vale.

Pasaron los minutos y al fin llegaron a Washington Street que es donde se habían bajado. Al llegar a la esquina del parque vieron a Muriel que a toda prisa se metió en el coche. —¿Dónde está?

—En esa cafetería. Menos mal que habéis llegado, creo que me ha visto. Me ha mirado un par de veces de camino hacia aquí.

—Me alejaré un poco para que piense que te has ido. — Malcom fue hasta el final de la calle y cogió la cámara. —No os mováis de aquí. —Salió del coche a toda prisa y Jenika impaciente miró a su amiga.

—Tranquila, esa cámara tiene un objetivo de la leche. Puede estar a un kilómetro y sacar imagen.

—¿Has visto si está sola?

—No, no he querido acercarme al cristal por si se daba cuenta. Después de que me mirara la segunda vez he sido más prudente.

—Qué raro que se diera cuenta de que la seguías, ¿no? Parece que está nerviosa por si la descubren.

—Si le está poniendo los cuernos a su novio no me extraña — dijo distraída mirando por la ventanilla—. ¿A dónde habrá ido Malcom?

—Voy a sacar a Violeta, esto es un parque.

—¡No! ¡A ti te conoce! Si te ve sí que se pondrá nerviosa. Y más aún porque vives demasiado al este como para estar aquí.

Gruñó mirando al frente. Se sentía impotente.

—¿Tan segura estás de que le es infiel?

—Apostaría todo lo que tengo. Yo no me quitaría ese anillo ni muerta, si lo ha hecho es para demostrarle a alguien que él es más importante. —Miró hacia atrás intentando ver la cafetería, pero había una furgoneta delante. —Me muero de la curiosidad.

—Malcom no tardará en llegar, es el mejor en su trabajo. Fue reportero gráfico de un periódico, ¿sabes?

La miró sorprendida.

—Sí, pero lo dejó cuando murió ante él una niña que habían sacado de un edificio en llamas, no debía tener más de cinco años.

Se llevó la mano al pecho. —Qué horror.

—Y que lo digas. —Se acarició su pequeño vientre. —A veces se despierta sobresaltado, dice que no es nada, pero yo sé que lo

recuerda.

—Es lógico que lo recuerde, debe ser algo que te marca para siempre.

Muriel asintió antes de sonreír. —Pero ahora está muy ilusionado con la llegada del bebé. Está como loco por ir a la siguiente ecografía.

—¿Y qué es lo que quiere, niño o niña?

—Será sorpresa para los dos. Más adelante en la fiesta del bebé descubriremos el sexo.

—¿De veras? —preguntó ilusionada—. La organizaré yo.

—No es necesario.

—Claro que sí. De esa manera no tendréis tentaciones de saber el sexo. Qué ilusión. He visto un montón de videos de TikTok sobre cómo descubrir el sexo del bebé. Ya verás, haré algo que os sorprenda.

Rio por lo bajo. —Eso no lo dudo.

Malcom abrió la puerta sorprendiéndolas y dejó la cámara sobre el soporte. —Ya salen.

Miró hacia atrás y vio que salía hablando con un hombre trajeado que reía. —Se la ve muy relajada —dijo mosqueada.



—Creo que esto no solo son unos cuernos. —Malcom arrancó el coche. —Le ha dado un pen drive.

Separó los labios de la impresión. —¿Qué has dicho?

—Creo que ese tío se la ha ligado para que saque información de la empresa. Hasta le ha dado la carpeta que llevaba.

Miró hacia ellos y vio que era cierto, la enorme carpeta de dibujo la llevaba él.

—¿Será un colega de trabajo? —preguntó Muriel.

—¿Y se reúnen en una cafetería? —preguntó su novio saliendo al tráfico. Giraron la calle y volvieron a aparcar porque estaban entrando en un portal.

—Él debe vivir ahí. —Malcom sacó unas fotos. —Mira cómo le pasa la mano por la cintura hasta llegar a la cadera.

Lo vio perfectamente. Esa mano había tocado zona blanda. Rabiosa vio como el portero cerraba la puerta. —¿Has sacado una buena foto de la cara de él?

—Sí. —Revisó las fotos en la pantalla de la cámara y se la mostró. Ella cogió su móvil y le sacó una foto. —Veamos quién eres.

—¿Qué haces? —preguntó Muriel.

—Google tiene un reconocimiento con foto. Puedes encontrar un bolso que lleva alguien para intentar comprar el mismo, como puedes encontrar una persona conocida por su base de datos. Si ese tío ha salido en algún periódico en alguna ocasión, saldrá aquí. — Volvió el móvil. —Es el dueño de un estudio de arquitectura.

—Increíble, ¿se la está pegando con la competencia?

Miró el móvil a toda prisa. —He entrado en la página de la empresa. No lo entiendo, hacen edificios.

—Igual quieren dar el paso a estructuras más grandes como puentes o túneles. Esas obras llevan mucho dinero de las administraciones —dijo Malcom—. ¿Quieres que haga algunas llamadas?

—Sí, por favor.

Malcom salió del coche con el móvil y se fijó que la cámara miraba hacia el portal y estaba grabando. —Leche, este chisme es lo más.

Muriel soltó una risita. —Y cuesta una pasta. Como le pase algo, Malcom nos mata. Esa nunca la saca de su casa, es su ojito derecho.

—¿Cuántas tiene?

—¿Mil?

—¿Qué? —preguntó impresionada.

—Las compra por internet. Es un loco de las cámaras, pero no es el único, he conocido a otros fotógrafos que también lo son. Tendrías que ver su colección, las limpia y las repara. Auténticas maravillas. Ahora está como loco buscando una Yashica Mat Em con objetivo Copal MXV. Es del cincuenta y siete, creo.

—¿Cómo has conseguido aprenderte el nombre?

—De buscarla en internet. He intentado encontrarla en perfecto estado para regalársela en la boda, pero me está costando lo mío. Las que he encontrado están hechas polvo. Aunque es lógico que no la encuentre si mi novio no la ha encontrado todavía. Oye, ¿sabes de alguien que pueda ayudarme?

—Déjame pensar y te digo algo.

—Gracias.

Malcom entró en el coche y ambas sonrieron con inocencia.

—¿Qué pasa?

—Nada —contestaron a la vez—. ¿Tienes algo? —preguntó Jenika impaciente.

—No hace obras con el gobierno porque no ha conseguido que aprobaran ninguno de sus proyectos.

—Así que lo ha intentado.

Su amiga gruñó. —Y al parecer va a usar la información de Clancy para meterse en el negocio.

Miró el portal con rabia. —Muy bien, ¿quién llama a Clancy?

Los dos miraron hacia ella.

—Ah, no. Creerá que le miento para que vuelva. Malcom llámale.

—¿No crees que me he metido ya bastante en todo esto? ¡Te toca a ti!

Gruñó por dentro. —Pásame las fotos a mi mail.

## Capítulo 9

No le costó nada enterarse del mail de Clancy, porque se lo había dejado al administrador y en cuanto se lo pidió este se lo dio con gusto para que no protestara legalmente por lo de la cerradura. Le escribió unas breves palabras y se lo envió. Suspiró levantándose del sofá. A ver cómo se lo tomaba. Se preparó la cena, se la comió y se dio una ducha. Nada, no respondía. La diferencia horaria con Brasil era de dos horas menos, así que eso no podía ser. Igual estaba trabajando y no se fijaba en los mails. Como el administrador se lo hubiera dado mal, se lo cargaba.

Se sentó en el sofá y cogió el ordenador para trabajar un poco cuando el sonido del móvil la sobresaltó. Al ver un número desconocido lo cogió para descolgar a toda prisa. —¿Diga?

—Jenika, ¿eres tú?

—Sí. —Algo nerviosa se pasó la mano por la frente. —¿Has visto el mail?

—¿Qué coño es esto?

—Me la encontré en el parque, Clancy. ¡Y no llevaba tu anillo! Eso me mosqueó y la seguimos. Queda con ese tío y le da un pendrive. ¿Has visto las fotos? Y después sube a su piso.

—No es su piso.

Parpadeó. —Ah, ¿no?

—Siempre te confundes con los hermanos, nena.

Se quedó sin aliento. —No fastidies. ¿Es su hermano?

—Gemelo.

—¡Pues no se parecen en nada! —gritó al teléfono. Él rio por lo bajo—. ¡No tiene gracia! Y lo del anillo, ¿eh?

—Se lo deja en todos los sitios. Hasta ha pensado en llevarlo con una cadena al cuello.

—¿Ves cómo no te quiere? ¡No te respeta si se olvida del anillo!

—Jenika...

—Y esa mano, ¿eh? ¿Estás seguro de que es su hermano? ¡Esa mano estaba demasiado baja! ¡Tocó culo!

—¿Te estás oyendo? La tenía en la parte baja, nada más. ¡Y entraron en ese portal porque es donde van a hacerle el chaqué a Peter!

Mierda. Su labio inferior tembló. —¿Ya estáis con los preparativos de la boda?

—¿No es lógico? Miranda tenía algunas reuniones en Nueva York y está aprovechando para hacer los preparativos. Nos casamos el tres de septiembre.

Se quedó en silencio. No sabía qué decir.

—Nena, no te tortures así. No merezco la pena.

—¿Por qué dices eso? —preguntó intentando reprimir las lágrimas—. Para mí la mereces.

—La decisión está tomada, asúmelo y sigue con tu vida.

—No me obligues a hacer algo que no quiero, Clancy. ¡Vuelve a casa!

—¿Ves? Esto es lo que nunca funcionaría. ¡Este es mi trabajo! ¡Para lo que he nacido, joder! ¿Serías tu capaz de renunciar al tuyo por mí?

—No —dijo como si fuera lo más obvio del mundo—. ¡Pero no tenemos por qué elegir!

—No pienso seguir hablando de esto, es ridículo.

—¿Me estás llamando ridícula?

—¡Y arrastrada! —gritó antes de colgar.

Sin aliento miró su móvil y las lágrimas cayeron por sus mejillas. No podía creer que hubiera dicho eso. Cerró los ojos dándose por vencida y reprimiendo un sollozo dejó el móvil sobre la mesa de centro. Violeta saltó al sofá y gimió dándole con la patita sabiendo que sufría y ella la abrazó. —Sí, mi amor. Te tengo a ti.

Semanas después viendo el impresionante vestido de novia de Muriel no pudo menos que emocionarse. —Estás preciosa.

—¿Verdad que sí? —Soltó una risita acariciando la tela de seda bordada a mano, que caía desde debajo de su pecho. —Fabricio has sido muy amable, es un trabajo increíble.

—Grazie cara. Un placer. Espero que en tu revista me pongas por las nubes.

Rio. —Dalo por hecho.

El diseñador agarró la cola para extenderla y Jenika no pudo menos que admirarla. —Parece un vestido de la época de Napoleón.



Maravillosa.

—Da gusto con clientas como vosotras —dijo él encantado antes de fruncir el ceño—. Shine esa cola necesita otro corchete, pesa demasiado.

Una de las chicas lo apuntó en la lista. Él con ojo crítico se acercó y pasó las manos por los costados de sus pechos. —¿Muy apretado?

—Aún quedan casi dos meses y como es evidente hay bebé a bordo, supongo que crecerán. No sé, ¿qué opinas?

—Dos de las costuras aún no están rematadas, lo arreglaremos en la siguiente prueba cuatro días antes de la boda. Tranquila, que estará perfecto ese día.

—Grazie.

—Prego. —Se agachó para mirar sus zapatos. —No estarás cómoda con esos, son demasiadas horas.

—Es que no he encontrado otros que me gustaran.

Él le dijo algo en italiano a su asistente que salió de inmediato. —A ver qué podemos hacer. —Se volvió hacia el espejo. —Divina. Maquillaje sencillo y elegante con un recogido en hondas, estarás divina.

—Opino lo mismo —dijo Jenika llamando la atención de Fabricio que le hizo un gesto para que se acercara.

Ella lo hizo de inmediato y este cogió su barbilla elevándola para mirarla bien. —Ascendencia europea... ¿Búlgara?

—Mi abuela era de Rumanía.

—Ah, maravilloso. Un país muy hermoso.

—No lo conozco.

—Pues deberías. ¿Y tú cuándo te casas?

Se sonrojó. —No tengo novio.

—¡Inconcebible! —dijo escandalizado—. Eso hay que remediarlo.

—Fabricio no la fastidies, está pasando por un mal momento con ese tema.

—Entiendo, por el bebé. Tranquila, que mi madre me crió sola y mira lo bien que he salido.

Jenika se echó a reír. —No has debido entender bien, es ella la que está embarazada.

Miró a una y después a la otra de arriba abajo. —Niña, tú también. Solo hay que verte la cara.

—¿Por qué piensas eso, Fabricio? —preguntó su amiga empezando a enfadarse.

—¿No es evidente? Desde que está aquí se ha comido toda la bandeja de canapés, ha ido a vomitar al baño y está pálida como si tuviera un pie en la tumba. Mi prima es igualita en los primeros meses. Y si no estás embarazada debes ir al médico de inmediato, porque a ti te pasa algo.

Forzó la sonrisa. —¿Mal de amores?

Muriel impresionada bajó de la plataforma agarrándose el vestido. —¿Jenika? ¿Estás esperando un bebé?

—Qué va. —Miró a uno y después al otro. —Por una vez...

Muriel jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Una vez? ¿Una?  
¡No me lo dijiste!

—¡No quería que pensaras que era idiota! ¡Sabía de sobra que iba a irse!

—¡La madre que te parió! ¡Estás preñada! ¡Y vas a dejar que se case con otra!

—Uy, uy... —dijo Fabricio escandalizado—. Niña, eso no puede ser. Además, se nota que le quieres, ¿no vas a hacer nada?

—¡No me quiere a su lado! ¡Y yo ahora tampoco! —Se sentó y cogió otro canapé para metérselo en la boca.

—¿Me estás ocultando cosas? ¡A mí! —exclamó Muriel escandalizada.

—Te dije que ese era su hermano.

—¿Y qué más?

Agachó la mirada. —Dijo que era una arrastrada.

Muriel separó los labios de la impresión. —¿Que dijo qué?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Dijo que era una ridícula y una arrastrada.

Su amiga entrecerró los ojos. —Este se va a cagar.

—¡No! ¡Esto se ha acabado!

—No se ha acabado, acaba de empezar —dijo Fabricio—. Porque eso va a crecer.

Muriel se agachó ante ella. —¿Qué me dijiste cuando me estaba rindiendo con Malcom? ¡Me hiciste luchar!

—Dijiste que le olvidara.

—¡No sabía que estabas embarazada!

—No quiero que lo sepa. —La miró a los ojos mostrando su dolor. —Tú me entiendes, ¿verdad? Quiero que vuelva por mí, no por el bebé. Tú pensabas lo mismo.

Muriel mostró su pena. —Tienes que hacer algo.

—Ya he hecho lo que tenía que hacer. A veces hay que rendirse y luchar en otras batallas.

—Que bien habla esta chica —dijo Fabricio antes de sorber por la nariz.

Ignorándole Muriel susurró —¿Lo vas a tener?

—Sí. —Agarró su muñeca. —Júrame que no le dirás nada si te lo vuelves a encontrar. Júrame que Malcom no dirá nada.

—Te lo juro.

Ambas miraron a Fabricio que asintió vehemente. —No tengo ni idea de quien es el padre, pero yo no diré ni pío. Tengo una reputación que mantener, niñas. —La asistente apareció con una caja de zapatos. —Oh, ahí están. Regalo de la casa. Ya verás que tacón tan cómodo. Para nuestras novias lo mejor.

Estaba saliendo de la sala del juzgado cuando le sonó el móvil. Se despidió de un colega y se lo puso al oído. —Jenika Whitfield.

—¡Qué coño has hecho!

Parpadeó. —¿Quién es?

—¡Soy yo, joder!

Se le cortó el aliento. —¿Clancy?

—¿Estás preñada?

—¿Qué has dicho?

—¡Miranda me acaba de llamar histérica porque ha ido a probarse el vestido de novia y su modisto contándole cotilleos le dijo tu nombre y lo que te pasaba!

Mierda. ¡Sería mamón! Leche con el cotilla, unas horas le habían faltado para dar la lengua.

—¿Es cierto?

Niévalo, niégalo todo. —Mira, no sé de qué estás hablando y tengo trabajo, así que voy a colgar.

—¿Estás embarazada?

Era momento de cortar. —Sí, pero no es tuyo.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—Cuando me acosté contigo ya estaba embarazada pero no lo sabía. La noche de la despedida en Minnesota me acosté con un compañero de trabajo. —Él continuó con su silencio. —¿No tienes nada que decir?

—¿Y él también te llamó arrastrada?

Palideció maldiciendo a Fabricio, al parecer había dado muchos detalles.

—¡Di algo! —gritó sobresaltándola.

—Ese hombre no entendió bien mi conversación con Muriel. No es tuyo, es todo lo que voy a decir. Adiós.

Colgó el teléfono y sintiendo las piernas como gelatina bajó los escalones del juzgado. Al salir a la calle se detuvo en seco al ver a Miranda esperándola. Iba a matar a su secretaria. Sin hacerse la tonta fue directamente hacia ella. —¿Pero qué coño le has dicho a Clancy? —preguntó furiosa—. ¡Me acaba de llamar!

Confundida por su tono dijo —Pues... Fabricio...

—¡Ese tío oye campanas y no sabe dónde! ¡El niño no es de Clancy, punto!

—Es que cuando me dijo que el padre de tu hijo se había ido, creí...

—¡Deja de creer! ¡Mi vida privada no es asunto tuyo!

—Pero te acostaste con mi novio. ¡Clancy se quedó de piedra cuando se lo dije! ¡Os acostasteis!

—Mira maja, no me vengas de inocente por la vida, que sé de sobra cómo va esto —dijo rabiosa—. ¡Sí, me acosté con él como otras muchas de Nueva York! No sé cuándo se comprometió contigo, pero es evidente que no te era muy fiel. —Miranda entrecerró los ojos. —Si está contigo es porque tu profesión le conviene, eres mona y te irás con él los seis u ocho meses que esté fuera de casa por trabajo, punto. Según su manera de pensar eres perfecta para él, pero no puede estar más equivocado, ¿no es cierto? También le pones los cuernos.

Asustada dio un paso atrás. —Mientes.

—¿Miento? ¡Tu mirada me lo acaba de confirmar! ¡Si conozco algo bien es la naturaleza humana y tú no le quieres, solo quieres aprovecharte de él! Es guapo, con pasta y posición, con un trabajo con glamour que te hará conocer mundo y codearte con grandes personajes. ¡Eso es lo que quieres! Y a él le convienes por



comodidad. ¡Me dais asco y no quiero que os acerquéis a mí ninguno de los dos!

Le dio la espalda para ir hacia la acera y levantó la mano para llamar a un taxi. Al ver que uno se acercaba levantó más el brazo. —Vamos, vamos...

—Jenika lo siento.

Exasperada se volvió para mirarla. —No hace falta que te disculpes. Las cosas son como son. —Ni sintió el empujón que la tiró a la carretera. Ni le dio tiempo a intentar levantarse porque el taxi le pasó por encima y entonces solo escuchó un fuerte pitido en su oído. Intentó moverse, pero no podía. Su mejilla apoyada en el asfalto estaba húmeda. Consiguió elevar un poco la cabeza y vio su móvil. La pantalla estaba iluminada y alargó la mano para descolgar. Su vista se nubló, pero su mano ensangrentada deslizó el botón verde antes de perder el sentido.

Una voz pronunció su nombre y le dijo que no se preocupara, que Violeta estaba bien. Supo que era Muriel y en su interior dio gracias porque su pequeña estuviera bien cuidada. También sintió

que le cogía la mano. Era una amiga de verdad. En su semiconsciencia se dijo que iba a morir. Lo sintió muchísimo por su bebé porque no llegaría a nacer, no sabría lo que es un abrazo y que alguien le amara por encima de todo. No, Jenika, eso no puede ser. Tienes que salir adelante, tienes que salvarle y salvarte también porque él te necesita. Necesita tu fuerza. Siempre has conseguido aquello que te has propuesto en la vida y en algo tan importante como esto no vas a desfallecer. No lo permitirás. Sin ser consciente de ello apretó esa mano intentando aferrarse a la vida. Y lo iba a conseguir.

## Capítulo 10

La llamaban de nuevo, pero esta vez pudo abrir los ojos y quien le sonreía dijo —muy bien, lo haces muy bien. Eres una guerrera.

—Todos los parámetros son correctos, doctora Harrison —dijo alguien.

—Estupendo. Jenika, ¿me entiendes?

—Sí —dijo con la voz rasposa.

—Estás en el Hospital Monte Sinaí, has tenido un accidente, ¿entiendes lo que te digo?

—Ella... Ella me empujó. —Cerró los ojos intentando recordar y vio la cara de Miranda. —Me empujó y caí.

—Sí, ya lo sabemos. Están las imágenes de los juzgados que lo corroboran. Ya la han detenido, no debes preocuparte, pagará por

esto.

Abrió los ojos para mirarla. —Mi bebé.

La mujer sonrió. —Está muy bien, es tan luchadora como tú.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Es una niña?

—Una niña preciosa que nacerá muy sana. Afortunadamente las ruedas del taxi no la rozaron siquiera.

—¿Y yo?

La doctora apretó los labios. —Tus piernas han tenido que ser operadas y tu cabeza se golpeó contra la defensa. Hubo un hematoma subdural que hemos tenido que tratar aparte de una herida muy fea en el cuero cabelludo. Tranquila, el hematoma ha remitido totalmente con la medicación y no hemos tenido que operarte. Y el cabello que hemos tenido que cortarte, crecerá tapando la herida. Como comprenderás lo que más nos preocupan son las piernas. Aunque la cirugía ha ido bien, las dos han sido dañadas por lo que la recuperación será más lenta, ya que no puedes apoyarte en una pierna sana. Te llevará algo más de tiempo, pero no esperamos grandes problemas.

Ni supo qué decir de lo impresionada que se quedó.

—Ahora vamos a hacerte unas pruebas. Sé que estás agotada, pero es importante que las hagamos para saber si hay secuelas, ¿me entiendes? Es rutina, no pasa nada.

—Está bien.

Empezaron a hacerle un montón de preguntas y a tocarla por distintas partes del cuerpo. Jamás en su vida se esforzó tanto por sacar buena nota en un examen y cuando terminaron la doctora sonrió satisfecha. —Muy bien, Jenika. Al parecer todo va perfectamente. Te has portado tan bien que te mereces una sorpresa.

—¿De veras? —preguntó agotada sintiendo los labios agrietados.

En ese momento la doctora se apartó y Muriel se acercó a la cama con lágrimas en los ojos. —Eh... —Elevó una mano y su amiga la cogió. —Estás aquí.

—Tenía que verte, me han dicho que hoy te despertaban y me he escapado del trabajo. ¿Para qué sirve ser jefa?

Sonrió. —Así se habla. Violeta...

—Está preciosa, deseando verte. —Se agachó. —Si estos hacen la vista gorda un día la paso de contrabando.

—Yo no pienso quejarme —dijo la doctora cubriendo sus piernas—. Dos minutos de cháchara y a descansar. Enseguida te traerán algo de agua.

—Gracias.

Los sanitarios salieron de la habitación y las amigas se miraron a los ojos. —Siento el susto.

—Esa zorra... Pero lo va a pagar —dijo Muriel—. El fiscal no ha aceptado que alegara que le dio una locura transitoria de esas y va a pedir la pena máxima.

—Y la va a cumplir porque en cuanto testifique lo que dijimos en esa conversación, se habrá hundido en la mierda.

Su amiga se quedó callada.

—¿Qué?

—Clancy está en Nueva York.

Se quedó sin aliento. —¿Por qué?

—Pues no lo sé, será porque su amante está embarazada y su prometida ha intentado matarla.

No dijo nada.

—Me ha preguntado...

—Dime.

—Que si puede venir a verte.

—No —dijo tajante.

—Pero...

—He dicho que no.

Muriel asintió. —Muy bien, se lo diré.

—Perdona, pero...

—No tienes que disculparte. No sé lo que pasó ese día, pero si dices que no es que no.

—Gracias. —Cerró los ojos sintiéndose agotada. —Solo quiero volver a mi vida y prepararme para el nacimiento del bebé. Solo eso.

—En un mes te quitan las escayolas...

Abrió los ojos de golpe. —¿Un mes?

—Y eso que llevas una semana en coma inducido, maja. Si llego a decirte cinco semanas me comes.

—Pero en septiembre es tu boda. Solo tendré dos semanas para recuperarme. ¿No podré bailar?

Sonrió. —Mi amiga Jenika es capaz de cualquier cosa. Si quiere bailar, bailará.

Entrecerró los ojos. —Puedes apostar por ello.

Las dos semanas que estuvo en el hospital fueron duras, pero regresar a la soledad de su casa fue horrible, porque fue muy consciente de que no podía hacer nada sola. Muriel contrató a unas enfermeras y aunque eran majas la ponían de los nervios sobre todo cuando la lavaban por parroquias. Además, por el día se aburría muchísimo porque Violeta estaba en la guardería y aparte de leer no tenía nada que hacer.

Jessica se acercó con las pastillas y un vaso de agua. —Es la hora.

Tiró el libro a un lado y las cogió para metérselas en la boca antes de beber con ganas. —Así me gusta.

—Mientras no te replique a ti te gusta todo.

Su enfermera rio por lo bajo y dejó el vaso sobre la mesa del comedor para agarrar su silla de ruedas y girarla. —Veamos esa venda, parece que se te está soltando.

—Quítamela, estoy sola en mi casa, no me ve nadie. Me pica.

—Mañana te quitan las grapas y quiero asegurarme de que no se te infecta. —Le quitó la venda de la cabeza y levantó la gasa



para mirar la herida. —Parece que todo va bien.

—Sí, va genial, tan genial que me falta una buena mata de pelo.

Jessica rio por lo bajo. —Vamos, solo te han rapado una zona.

—Una zona enorme, ¿cómo la voy a cubrir?

—Yo te enseñaré. Con todo el pelo que tienes ni se notará.

—Eso espero o cuando vuelva al trabajo van a flipar. Coja, calva y con un bombo. Seguro que me suben el sueldo.

Jessica rio cubriéndole la cabeza de nuevo cuando llamaron a la puerta. —Debe ser Lisa. —Corrió hacia la puerta para abrir a la enfermera de noche y Jenika se quedó de piedra al ver a Clayton. —¿Sí? —preguntó Jessica.

—Quiero hablar con ella.

—Jessica, cierra la puerta por favor.

—Creo que deberíamos hablar.

—Lo que creas que quieres hablar, háblalo con tu prometida.

Jessica cierra la puerta.

Su enfermera lo hizo de inmediato y la miró con los ojos como platos.

—Si vuelve, ya sabes lo que tienes que hacer.

—De acuerdo. —Se acercó a su silla y terminó el vendaje. —  
¿No vas a contármelo?

—No hay nada que contar. Fue un polvo con un final horrible.

—Entonces mejor olvidarlo.

—Eso mismo estaba pensando yo. ¿Vemos una peli?

Malcom y Muriel llegaron para cenar llevando a Violeta, que muy contenta se subió a sus muslos queriendo cariñitos.

—Adivina, Malcom al fin ha aprobado al fotógrafo de la boda.

—Felicidades, ¿después de veinte candidatos alguien ha cumplido tus expectativas?

—Más o menos —dijo molesto haciéndolas reír—. ¿Pido pizza?

—Sí, por favor, me muero de hambre y...

En ese momento salió Jessica y se cruzó de brazos.

—¡No seas dictadora! ¿Y si digo que tengo un antojo?

—Eso son cosas de viejas y de caprichosas que quieren ser consentidas.

—Uy, lo que nos ha dicho... —dijo Muriel—. Oye maja, ¿a que te despido?

—Como que ibas a encontrar alguien con tanta paciencia como yo. —Agarró a Violeta y le dio muchos mimos. —Como está mi perrita preciosa, ¿me has echado de menos? —Fue hacia la cocina. —Te he preparado una comida muy rica.

Muriel levantó una ceja.

—Sí, a ella sí que la consiente. Entre todos la tengo de lo más malcriada.

—Cuando vuelva todo a la normalidad se le pasará.

—Eso espero. Yo no puedo estar haciéndole comiditas todos los días.

Su amiga le puso una bolsita sobre los muslos y la miró sorprendida. —Venga ya, esta amistad está totalmente desequilibrada.

—Tú me has dado mucho más.

—¿De veras?

—Sí, la confianza para conseguir al amor de mi vida.

Malcom sonrió cogiéndola por la cintura. —Ábrelo. Es tu regalo por ser dama de honor principal.

Se llevó la mano al pecho. —¿Soy la dama de honor principal? Pensaba que tu prima...

—Nunca dudamos que serías tú. Ábrelo.

Emocionada abrió la bolsa y sacó una cajita de terciopelo. Cuando la abrió se quedó sin aliento, eran unos pendientes de diamantes, unos solitarios del tamaño perfecto. —Pero esto es demasiado.

Muriel la besó en la mejilla. —Gracias por todo.

Con los ojos llenos de lágrimas la miró. —No, gracias a ti. Sin ti no sé qué hubiera hecho.

—Eres lista, hubieras salido adelante. —Le guiñó un ojo y susurró —Pediré la pizza antes de que vuelva esa bruja. Después no podrá hacer nada.

Empujó su silla hasta el espejo que había en la entrada y sin saber cómo darles las gracias se puso los pendientes. Eran preciosos. —Los llevaré siempre.

Su amiga sonrió mientras giraba la silla para mostrárselos. — No es necesario.

—En cuanto me quiten estas cosas me pondré al día con todo ese rollo de ayudar a la novia. —La miró maliciosa. —Y te voy a

hacer la despedida de soltera más impresionante que haya visto esta ciudad. Y sin beber, va a ser la leche.

Rieron. —Seguro que sí —dijo Malcom—. Aún tendrás que recuperarte.

—Bah, esto está chupado.

Llamaron a la puerta y abrió ya que estaba al lado. Al mirar sobre su hombro vio a Clancy y cerró de nuevo. —Bueno, ¿y cómo va todo lo demás?

—¿Era Clancy? —preguntó Muriel sorprendida.

Hizo un gesto sin darle importancia. —Seguro que ya se ha ido.

—Pues no, sigo aquí.

Mierda. —¡Pues lárgate!

—Venía a disculparme.

Gruñó empujando su silla y su amiga dijo —Ya le echo yo.

Pero antes de que Muriel llegara a la puerta ya había abierto Malcom. —Tío no es el momento.

—Solo quiero hablar con ella cinco minutos.

—No quiere, y no está en condiciones de llevarse disgustos. Haz el favor de irte.

—Cinco minutos, por favor.

—¡Qué te largues! —gritó Muriel perdiendo los nervios—. ¿No le has hecho ya bastante daño? ¿Qué vienes, a rematarla?

—Jamás fue mi intención que sufriera ningún daño. —Miró hacia ella que seguía de espaldas. —Nena, mírame.

—Lárgate de mi casa. Malcom cierra.

—¡He alquilado de nuevo la casa de al lado! ¡No podrás evitarme mucho tiempo!

Asombrada se volvió. —Eso es mentira, hay una pareja que...

—Les he subarrendado mi piso actual. En realidad hemos hecho un intercambio que les beneficia y mucho. —Sonrió. —Así que me mudo mañana.

Se quedó en silencio porque no entendía el porqué de todo aquello y Clancy suspiró. —Cometí un error.

—Cometiste muchos, pero el que jamás te perdonaré fue que me llamas arrastrada —dijo fríamente—. Si te mudas al lado problema tuyo, a mí no me afecta en absoluto, ya no.

Dio un paso hacia ella. —Nena...

—¡Largo de mi casa! —gritó dejándolos a todos de piedra por el dolor que emanaban sus palabras.

—Tío, vete de una vez, ¿no ves cómo está?

Impotente Clancy apretó los labios. —Si te dije eso fue para que te alejaras.

—¿Y cuál es la palabra mágica que te aleja a ti?

—No voy a rendirme.

—Mira, no sé lo que quieres y como comprenderás ahora mismo me importa una mierda. ¿Sabes lo que me importa? Mis amigos y yo misma. Ellos son mi familia y tú no eres nada, nunca lo serás —dijo con desprecio—. Tomaste una decisión, asúmela y vete a la mierda.

Malcom cerró la puerta dejándole con la palabra en la boca y sus amigos la miraron muy tensos. —Tranquilos, tiene remordimientos, pero no voy a ser yo quien le libere de esa carga. Tendrá que lidiar con ellos.

Muriel se acercó y se sentó en el sofá que tenía al lado antes de susurrar —Malcom y yo habíamos pensado en mudarnos.

Palideció. —¿Qué?

Malcom asintió. —Entre nuestros dos alquileres y nuestros ahorros podemos comprarnos una casa. Hay una en el lado oeste del parque que es perfecta para los tres.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No tenéis que hacer eso.

—Puedes alquilarnos el piso de arriba, es como un apartamento independiente. Nuestros niños estarán juntos y las dos familias ahorraremos en niñeras. Ambos tendremos privacidad y nos apoyaremos —dijo Muriel emocionada—. Ya verás, es preciosa. Tu casa tiene mucha luz.

Se sintió un lastre porque durante toda su vida había resuelto sus problemas sola y cargar a los demás con tanto la estaba saturando. Se sentía una inútil que había perdido el control de su vida y se echó a llorar tapándose el rostro con las manos.

—Te dije que sería demasiado —dijo Malcom.

—Lo siento, lo siento —dijo con la voz congestionada.

Muriel la miró con pena. —No lo sientas, es culpa mía, te he agobiado.

—Sois fantásticos, pero...

—Estás acostumbrada a salir adelante sola, lo entiendo. —Su amiga acarició su espalda. —No creas que lo hacemos por pena ni nada por el estilo, nos encanta estar contigo.

Sollozó más fuerte y Muriel miró a su prometido con impotencia. —¡Di algo!



—Me hubiera gustado oír lo que Clancy tenía que decir —dijo pensativo.

Ambas le miraron pasmadas. —¿Qué?

—Parecía arrepentido.

—¡Claro que está arrepentido, se comprometió con otra, se acostó con mi amiga dejándola preñada y se largó para que luego esa loca casi la matara! ¡Es como para estar arrepentido!

—Ella sabía con quién se acostaba, eso no es culpa suya. Y ambos estaban allí, así que el embarazo tampoco es culpa de una sola persona, los dos participaron. ¡Cómo tampoco es culpa suya que esa loca como la llamas haya intentado matarla para que no se descubriera que le ponía los cuernos a Clancy y para que no tuviera un hijo de su prometido! ¡Desde el principio fue muy claro al respecto de lo que quería en una relación, él no mintió! ¡Le estáis castigando porque no la eligió!

—Anda este, pues claro.

—¡Eso no es justo!

—¿Pero tú de qué lado estás?

—Estás equivocado —dijo Jenika haciendo que la miraran—.

No rechazo hablar con él por la decisión que tomó.

—Ah, ¿no?

—Rechazo hablar con él porque con esa palabra que salió de su boca, me denigró, me hizo daño y lo hizo conscientemente. No quiero alguien así a mi lado y mucho menos al lado de mi hijo.

—A veces decimos cosas de las que nos arrepentimos.

—Es cierto, pero él lo hizo con la intención de alejarme lo máximo posible, que no se arrepienta ahora de lo que antes deseaba tanto. —Su labio inferior tembló intentando no llorar. —Yo siempre quise estar a su lado, hubiera hecho lo imposible porque nuestra relación funcionara incluso en la distancia, pero él no nos dio ni una sola oportunidad. Sé que no quería a esa mujer, simplemente la eligió porque entraba en sus cánones de futura esposa y a mí me desdeñó a pesar de lo que sentía. Se traicionó a sí mismo y me traicionó a mí. ¡Fue a mí a quien le fue infiel, no a ella! ¡Y no contento con eso me insulta para hacerme daño y que me aleje porque yo seguía luchando por lo nuestro! ¡No me merece y no le quiero en mi vida!

Malcom asintió. —No has podido ser más clara.

Forzó una sonrisa. —Perfecto, ¿pedimos la cena?

Unas semanas después estaba leyendo un caso que le habían enviado desde la oficina y distraída cogió el vaso de zumo para beber sedienta. Qué calor hacía. —Jessica, ¿puedes abrir la ventana?

La ventana se deslizó dejando pasar el aire. —Gracias. — Apuntó algo en una hoja para decírselo al abogado junior que llevaría el caso ante la sala del tribunal. —Su vaso se llenó de nuevo y susurró —Gracias.

—De nada, nena

Gritó del susto volviéndose para verle tras ella con la garrafa de zumo en la mano. —¿Qué haces aquí? —Miró hacia la puerta. — ¿Y cómo coño has entrado?

Él miró sus piernas al descubierto por sus pantalones cortos. —Te han quitado las escayolas.

Apretó las mandíbulas. —Sal de mi casa ahora mismo. ¡Jessica!

—No está. Ha ido a hacer la compra y he aprovechado a entrar.

—¿Con qué llave?

—Con la que se le ha caído al salir, es algo descuidada, ¿seguro que es la más adecuada para atenderte?

—Bueno, esto es el colmo. —Agarró su móvil, pero él se lo quitó de la mano antes de que pudiera evitarlo. —Dámelo.

—Ven a buscarlo.

Le miró con rabia y se levantó. —¡Dámelo!

—Nena, no hace falta que grites, estoy aquí. —La miró fijamente. —Estoy aquí.

—¡No me importa! —Dio un paso hacia él sintiéndose algo insegura porque sus piernas no tenían la fuerza de siempre. —Dame mi móvil.

Él miró sus piernas y las cicatrices que tenía de sus operaciones. —Volverás a ser tú.

—De eso puedes estar seguro. —Dio otro paso y le arreó un tortazo que le volvió la cara antes de quitarle el móvil, pero la agarró por la cintura pegándola a él. Luchó para soltarse, pero no tenía suficiente fuerza y menos aun cuando agarró sus brazos tras su espalda. —Suéltame.

—Entiendo que estés enfadada, yo estaría cabreadísimo después de estar tanto tiempo en esa silla de mierda, estaría furioso

si te hubieras ido con otro y te aseguro que no querría saber nada más de ti.

—Entonces no sé qué haces aquí, no conseguirás nada.

—Lo sé —dijo dejándola de piedra. Sonrió con ironía—. Lo sé muy bien, ¿ahora puedes calmarte y escucharme? —La soltó y ella dio un paso atrás. —Esto se ha salido de mi control desde que te conocí, lo admito, ha sido culpa mía y como te acabo de decir sé que no hay marcha atrás. Pero estás embarazada y me gustaría estar a su lado. Que sepa que puede contar conmigo.

Ella iba a decir algo, pero la volvió a interrumpir. —Sí, sé que no me quieres a su lado, pero soy su padre por mucho que me hayas dicho que no y no estoy hablando de mis derechos, estoy hablando de los derechos de nuestro hijo. Tiene derecho a tener un padre, sobre todo uno que no va a eludir sus responsabilidades.

—Tú ni estarías aquí si te necesitara —dijo con desprecio.

—Bien, llegamos siempre al mismo punto. Es cierto, como sabes no estaré en la ciudad en muchos momentos, pero los que esté aquí quiero que sepa que puede contar conmigo y con mi familia.

—¿Hablas de esa hermana que se emborracha hasta quedarse ko? ¿La que se quedó embarazada estando aun en la universidad y que abortó para seguir con su vida sin cargas?

—No pienso responder a esa provocación. —Él se alejó y miró por la ventana metiendo las manos en los bolsillos del pantalón. Parecía que se estaba pensando qué decirle. —Piénsalo bien, estás sola. No tienes familia a la que pedir ayuda porque ni te hablas con tu hermano.

—¿Quién te ha dicho eso?

—El día en que llegué al hospital, pregunté a Muriel por qué tu familia no estaba allí. Ella me lo dijo. —Dio un paso hacia ella, pero Jenika se alejó. —Piénsalo. No tienes a nadie para dejar a tu hijo. Si a ti te pasa algo como en esta ocasión, yo soy su padre y tengo derechos, lo sabes muy bien. Podemos llevar esto bien o llevarlo muy mal, tú decides, pero quiero que sepas que no pienso rendirme, pienso formar parte de su vida. —La rabia la recorrió de arriba abajo y él suspiró. —¿Crees que no sé lo que piensas? ¿Para él sí estoy disponible, pero para ti no? ¿Con él puedo mantener una relación, pero contigo no cuando los dos viviréis en la misma ciudad? A ti no te di la oportunidad. Comprendo tu furia, pero sobre eso ya no puedo hacer nada.

—Vete contratando abogado.

—Ya lo tengo. —Le señaló unos papeles que había sobre la mesa de centro. —Ese es el acuerdo. Cuando esté en la ciudad me corresponderán fines de semana alternos y las fiestas. Las vacaciones serán a partes iguales durante el verano. A cambio te pasaré una generosa manutención que si no quieres utilizar irá a un fondo para la universidad. También haré un seguro de vida de diez millones de dólares en caso de que me ocurra algo y os compraré una casa. Tengo entendido que Muriel se muda a la zona oeste, he encontrado una casa en la misma calle que se reformará a tu gusto en cuanto des el visto bueno —dijo cortándole el aliento—. Además, el servicio lo pagaré yo.

—Ahora resulta que eres millonario. ¡El que decía que el alquiler se estaba poniendo por las nubes! ¡Me mentiste desde el principio!

—No voy a negar que mi empresa da mucho dinero. ¡Y sí, mantuve una conversación intrascendental sobre el alquiler con una desconocida! ¿Acaso querías que el primer día que hablara contigo te enseñara mis cuentas bancarias? ¡Te seguí la corriente! ¿Sí o no?

No podía negar que el acuerdo era muy ventajoso para cualquier mujer, pero lo que menos quería de él era su dinero. —No.

Clancy apretó los labios antes de sonreír con ironía. —Muy bien. —Fue hasta la puerta y sin volverse dijo —No pienso rendirme.

—Pues buena suerte —dijo con desprecio.

Él tiró la llave sobre la mesa que estaba al lado de la puerta y salió de su casa. Lo más aprisa que pudo fue hasta el acuerdo y lo abrió impaciente por leerlo. Se había quedado muy corto porque su abogado la blindaba sobre las decisiones que hubiera que tomar sobre la herencia o cualquier cosa que perteneciera a su hijo en caso de su fallecimiento. Además, dejaba claro los términos en caso de que fuera ella la que falleciera, pues el niño se iría a vivir con él, pero bajo ningún concepto sufriría desarraigo de su entorno. En ese caso su padre se mudaría con él a su casa y cuando tuviera que viajar, alguien de su familia más próxima se iría a vivir con el niño. Pasó la hoja quedándose de piedra. En caso de que ella se casara y falleciera años después, se comprometía a que si su futuro marido quería tener contacto con el niño, tendría fines de semana alternos y parte de las vacaciones, en caso de que el niño y su hipotético viudo estuvieran de acuerdo. Las cláusulas eran tan concienzudas que no dejaban margen a la imaginación. Tenía que contratar a ese abogado para su bufete. Movi6 las hojas para ver quien lo había



hecho y fue hasta la mesa. Menudo fichaje, sus jefes se iban a poner contentísimos.

## Capítulo 11

Una semana después hacía un calor de mil demonios. La ola de calor más fuerte desde que se tenían registros. El asfalto ardía. No era la mejor noche para una despedida de soltera y más estando preñadas, pero era lo que había porque la boda sería en semana y media, era la única fecha en las que las amigas de Muriel estarían en la ciudad. Así que no quedaba otra. Miró su bastón que llevaba solo por seguridad e hizo un gruñido mirándose al espejo. Menudas pintas. Iban vestidas todas de presas con minivestidos a rayas blancas y negras y un sombrerito a juego. Hizo una mueca porque ella llevaba medias hasta por encima de las rodillas para no mostrar las cicatrices que aún estaban sonrosadas, pero mirándolo bien, estaba sexy y el bastón parecía uno de esos que llevaban las que mandaban, así que no estaba tan mal. Arregló sobre los hombros los rizos que se había hecho y fue hasta el tocador para pintarse los

labios de rojo fuego. Lista. Ahora a buscar a la novia para vestirla. Se iba a quedar de piedra porque ella tenía hasta una bola de preso que se ataría a su tobillo y un cartel en la espalda que decía cumpliendo condena de por vida. Riendo por lo bajo se puso su bolso en bandolera y cogió la bolsa antes de salir de casa. Se detuvo en seco porque era la primera vez que se encontraba con Clancy que salía del ascensor en ese momento. Mierda, con lo cuidadosa que había sido los días anteriores, tenía que fastidiarla precisamente ese día. Cuando la vio, la miró de arriba abajo y le espetó —¿Pero qué coño llevas puesto?

Sin contestarle se volvió para cerrar la puerta con llave y caminó hacia el ascensor entrando en él. —¡Joder, casi se te ve el culo!

Chasqueó la lengua y pulsó el botón del piso de Muriel. —Eh, eh... Eres la madre de mi hijo y... —Cuando se cerraron las puertas gritó —¡Jenika!

Se miró al espejo y de repente se sintió genial. Iba a ser una noche estupenda. Le sonó el móvil y lo sacó del bolso a toda prisa por si era la novia, pero al ver que era él descolgó de mala leche. — ¿Qué?

—Creo que oigo a Violeta llorar.

—Pues tienes un oído muy fino porque está con Jessica en su casa en Queens.

Juró por lo bajo. —Todavía estás muy débil y estás embarazada...

Colgó el teléfono y lo guardó en su bolso antes de salir para ir hasta la casa de su amiga. Pulsó el timbre y esperó. —Será idiota...

Muriel abrió con el teléfono al oído. —Será una despedida muy relajada.

—Dile a Malcom que nos vamos a desmelenar.

—No, no ha dicho desmelenar, ha dicho desestresar, vamos a un spa.

—Ja, ja, spa. Espera a ver la que te tengo preparada.

—Ya, los spas no abren de noche, pero este es especial. —Rio por lo bajo. —Y hacen unos masajes increíbles —dijo antes de colgar.

Pasmada le dijo —¿En serio le has dicho eso a Malcom?

—Era Clancy —dijo mirándola de arriba abajo—. Muy guapa. ¿De qué voy yo? ¿De carcelera?

—Leche, hubiera sido una idea estupenda, pero no. —Sacó la bola inflable y con voz grave dijo —Prepárate para cadena perpetua,

chica.

Rio divertida cogiendo la bolsa. —Me encanta. Tenemos que sacarnos mil fotos. —Se quitó la bata que ya mostraba una barriguita preciosa. —¿Qué pasa con Clancy? Pensaba que después de vuestra última conversación ni os cruzabais siquiera.

—No sé, le habrá dado un aire. —Le llegó un mensaje al móvil y vio una foto de la madre de Muriel que había llegado de Florida vestida de presa y era para morirse porque estaba de lo más sexy. —Leche, menudos genes tiene tu familia.

Su amiga gimió. —Intenta controlarla, ¿quieres? Desde que empezó la menopausia está de lo más rara y hace cosas de adolescente.

—Tranqui que yo controlo, total no puedo beber. Además, he contratado a dos tíos con grandes músculos para que lleven al orden a las que se porten mal —dijo maliciosa.

Su amiga dejó caer la mandíbula del asombro antes de reír. —No me lo puedo creer, serás mala.

—Malos son ellos, querida.

Llamaron a la puerta y ambas gruñeron. —Te juro que como sea él le capó. —Su amiga se puso el sombrerito mirándose al

espejo mientras ella abría. Y por supuesto era él. —¿Pero a ti qué te pasa?

—Disculpa, pero quiero hablar con Muriel.

—Pues no puedes, es su noche y nadie va a fastidiársela.

—Eso, que para un par que me quedan antes de que el bebé venga al mundo pienso aprovecharlas.

—¡Quiero recordaros a las dos que estáis embarazadas, que no podéis beber y pegar botes! No sé cómo Malcom permite... —La puerta casi le da en la cara y ambas se echaron a reír a carcajadas.

—¡No tiene gracia! Nena, que tu cuerpo ya ha pasado por mucho.

—¡Lárgate de una vez, pesado! —Miró a su amiga. —Vamos a inflar la bola.

El local estaba decorado como una cárcel con barrotes y todo. A las chicas les encantó. Había cócteles sin alcohol para ellas y bebidas más fuertes para las que no tenían que controlarse. La madre de Muriel era superdivertida y demostró que era el peligro número uno cuando llegó el carcelero que la llamó al orden. Muriel

se moría de la vergüenza viéndola bailar con él de lo más desinhibida. —Por Dios...

Riendo a carcajadas le dio un codazo. —Déjala desahogarse.

—¡Si le acaba de tocar el paquete! Como se entere mi padre.

—No se va a enterar.

—¡Si todo el mundo está sacando fotos!

Mierda, era verdad. Tenía que haber prohibido los móviles. — Yo lo arreglo, tú relájate. —Se levantó y empezó a quitar móviles gritando —¡Dejad de grabar, leche! ¡Vivid el momento! —Cuando los tuvo todos los dejó sobre la mesa de Muriel, pero alguien la cogió en brazos provocando que gritara.

—¡No, no! —gritó Muriel.

Asombrada miró a otro de los carceleros que la llevaba hasta el escenario y siguiéndole el rollo gritó elevando los brazos para que las demás se animaran. —Mira, estas son las reglas —dijo muy bajito—. Nada de sobar, cuidado con la barriga y las piernas, que como me hagas daño la demanda que te voy a meter a ti y a tu local te va a dejar temblando para los restos.

Él rio. —Entendido jefa.

—¡Vamos a divertirnos! —gritó desgañitada haciendo que las demás se pusieran como locas.

La dejó en el suelo ante él y empezó a bailar. Leche, que torso más impresionante. Él cogió sus manos para pasárselas por los pectorales. Madre mía, que duro estaba. Sus manos bajaron por sus abdominales y él metió sus dedos por la cinturilla del pantalón. — Arráncamelos.

Tiró con fuerza y chilló como las demás al ver su miembro metido en un tanga con barrotes dibujados, de los que salía el garrote en una fundita que cubría su dureza convenientemente. Se echó a reír a carcajadas como hacía tiempo que no reía y él sonrió. —¿Quieres ayudarme a detener a los malos?

—¡Yo te ayudo! —gritó la prima de Muriel que ya ni debía recordar su nombre con todo lo que había bebido. Se subió de rodillas al escenario y caminó a gatas hasta él para acariciar sus piernas pasando las mejillas por sus duros muslos.

Leche, esta no se recuperaba ni para la boda. —¡Dale duro! —gritó para animarla. Cuanto más desparrame mejor se lo pasarían. —Ecurrió el bulto bajando del escenario y fue hasta la barra para decirle al camarero. —¿La tarta está lista?



—Todo preparado. Cuando quiera la sacamos.

—En cuanto descansen los chicos.

El camarero asintió y al volverse vio allí a Malcom entre las cortinas de terciopelo que daban al local. No se lo podía creer. Fue hasta allí y apartó la cortina. Este se sonrojó. —¿Qué haces espiando a tu prometida?

—No ha sido culpa mía.

Su amigo miró de reojo a su derecha y asombrada caminó hacia allí para apartar la otra cortina. Jadeó al ver a Clancy. —¡Seréis cotillas!

—El novio estaba preocupado y por casualidad oí a través del tabique donde habías reservado el local, así que se lo dije. He venido con él para que no montara el espectáculo si se le iba la cabeza.

Malcom sonrió. —Pero mi chica se porta muy bien. Hostia con su prima.

—Largo. —Les empujó hacia la puerta. —Largo de aquí. — Señaló con el dedo a Malcom. —Y a ti ya te diré lo que pienso de eso que te unas al enemigo para espiar a tu novia.

—En la guerra y el amor todo vale.

—¡Largo!

—¿No podemos mirar sin que nos vean?

—Parecéis críos.

En ese momento apagaron casi todas las luces y ella dijo —  
Mierda, vas a reventar la sorpresa. Largo.

—¿Qué sorpresa?

No podía esperar más y se dio la vuelta. La suela resbaló en el suelo húmedo y Clancy la agarró de inmediato. Sin aliento le miró a los ojos antes de decir —Gracias.

—Nena, por favor ten cuidado.

Asintió antes de pasar entre las cortinas caminando lo más aprisa que podía hasta llegar a su amiga y en cuanto se sentó salió una enorme tarta llena de velas de distintos colores. Todas aplaudieron encantadas y aplaudiendo como las demás miró hacia las cortinas. Allí seguían, serían mamones. Muriel lloraba y todo de la emoción. —Qué bonito, gracias. —La abrazó. —Eres la mejor.

—No, pero si esto no es nada.

En ese momento en el escenario se abrió una puerta en el suelo y se elevó una plataforma para mostrar los regalos que habían comprado entre todas. Muriel gritó al ver las bicicletas con el carrito para el niño, el juego de maletas de Louis Vuitton y la cámara que

llevaba tanto tiempo buscando. Como loca se levantó para abrazarla.

—Me encanta.

—¿Creías que te regalaríamos cualquier cosa? Tú ya te has saltado la luna de miel, bonita.

Su amiga rio loca de contenta y su madre emocionada retuvo las lágrimas antes de abrazarla. Jenika miró hacia las cortinas y juró por lo bajo porque le había fastidiado la sorpresa al novio. Tenía un cabreo con Clancy monumental pero ya le pillaría, ya.

Llegó a su edificio agotada. Eran las seis de la mañana y tenía que ir a trabajar porque ya había perdido muchos días con su accidente, así que una ducha y a ponerse las pilas. Cosas más difíciles había hecho. Estaba abriendo la puerta de su apartamento cuando se abrió la de al lado y Clancy únicamente vestido con un pantalón de seda negro apoyó el hombro en el marco de la puerta.

—Ahora no, no tengo ganas de tonterías. —Abrió la puerta y vio que sobre la mesa de centro había un enorme desayuno. Atónita le miró. —¿Crees que con eso se me quitará el cabreo?

—¿Ahora me hablas?

Entró en casa y cerró de un portazo. Clancy hizo una mueca.  
—Perdona, no sabía lo de la cámara de fotos.

Abrió la puerta furiosa. —Eres... Eres... ¿Sabes lo que me costó encontrarla para que ella se la regalara en la noche de bodas como llevaba tiempo planeando?

—Se hará el sorprendido, no es tonto.

—¡No será lo mismo! ¡Mira, tengo que ir a trabajar, así que no me molestes más!

—¿Cómo que a trabajar? Tienes que descansar. Has estado toda la noche sin dormir.

—¡He sobrevivido a que tu novia me pasara un taxi por encima, así que puedo sobrevivir a no dormir unas horas! —Cerró de un portazo y él hizo una mueca. —¡Lárgate de mi vista!

—Joder....

Le escuchó entrar en su casa y Jenika miró el desayuno. La verdad es que tenía una pinta estupenda. Al ver los croissants en la cesta se le ocurrió una idea para la fiesta del bebé. —Esa sí que va a ser la leche.

Salía del despacho y le sonó el teléfono. Sonrió al ver que era Muriel. —¿Cómo está la novia? Resaca no puedes tener, así que...

—¡Alerta roja!

Se detuvo en seco. —¿Qué pasa?

—¡Nos ha fallado un primo de Malcom que tiene la varicela!

No pudo disimular el horror de su cara. —Ninguna de las de ayer está emparentada con él, ¿verdad?

—No, además vive en Canadá con su mujer y sus hijos.

Suspiró del alivio. —Menos mal.

—Pero el problema no es ese, es que nos falta un testigo del novio. Agárrate, Malcom quiere que sea Clancy.

—¿Qué?

—Dice que ya que va a ser de la familia, debemos incluirle.

—¿Pero tu novio que se ha tomado?

—¡No veas el cabreo que tengo porque ya se lo ha dicho!

—¡No! —gritó del horror haciendo que los que pasaban la miraran. Apartó el teléfono—. ¿Qué pasa? ¿Es que no veis que soy una preñada con una crisis de cinco meses? —Se puso el teléfono al oído. —Tranquila, que le desinvitaré yo y encontraré a alguien.

—¿A quién?

—Hay un abogado junior que es muy mono para acompañar a tu prima. Nadie se dará cuenta.

—Malcom no va a querer.

Entrecerró los ojos. —Se ha pasado al lado oscuro.

—Sí, amiga. Y tengo la sensación de que lo hace desde que Clancy se mudó de nuevo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque el otro día me dijo que se iba a tomar algo con unos amigos y se dejó el móvil en casa. Y precisamente le llamó uno de esos amigos. Creí que era por algo de la boda, alguna sorpresa que quería darme, pero volvió oliendo a cerveza y me dijo que había visto no sé qué partido.

—Culpable, culpable de todos los cargos.

—Sí. Pero tengo las manos atadas.

—¡No fastidies!

—Él decide cuáles son sus testigos. Como no consigas que Clancy renuncie no hay nada que hacer.

—Mierda. —Colgó el teléfono y entrecerró los ojos. —Esto es la guerra.

Con la pistola echó toda la silicona que pudo a la cerradura antes de correr hacia su casa tan rápido como podía. Cerró la puerta y soltó una risita mirando a Violeta. —Se va a hartar de cambiar cerraduras. ¿Un helado? Me muero por uno. —Escuchó el click del ascensor y vio que un repartidor salía con un gran paquete mirando a su alrededor. Al ver que se dirigía a casa de Clancy abrió la puerta. —No está, déjame a mí.

La miró con desconfianza. —No tengo permiso para dejárselo a usted.

—Es mi marido.

—Oh, siendo así... ¿Y viven separados?

—Es un pendón, ¿qué puedo decir? —Cogió el paquete y firmó el recibo con un nombre falso.

—Que tenga un buen día.

—Gracias majo. —Tiró el paquete contra la pared sobresaltándole y con el bastón empezó a dar golpes a la caja una y otra vez como una desquiciada dejando al chico de reparto con los

ojos como platos. —Así se pensará muy mucho ponerme los cuernos otra vez.

—Uy, que prisa tengo...

—Pues hala, corre. —Fue hasta su casa con el bastón en la mano y lo tiró a un lado. —Ya no necesito esa cosa. —Dio dos palmadas como limpiándose las manos y miró a Violeta. —Oh, sí, el helado.

Veinte minutos después sentada en el sofá chupó la cuchara, se moría por otro cuenco de helado, pero mejor controlarse un poquito. Escuchó el click del ascensor y se enderezó mirando hacia la puerta. —¿Pero qué coño? ¡Me cago en la puta, joder! ¡Nena, era el regalo de Malcom y Muriel!

Hizo una mueca.

—¡La madre que me parió, lo has destrozado! ¡Me lo han enviado de Venecia!

Escuchó el tintineo de las llaves. —¿Pero qué mierda? ¿Has echado silicona? Pero bueno, ¿a ti qué te pasa?

—¡Lárgate de mi vida!

—¡Abre la puta puerta!

—¿A que llamo a la policía?



—¡Debería llamarla yo! ¡Abre de una vez!

Rio por lo bajo. —Espera sentado. ¡Vete de mi edificio, aléjate de mis amigos!

Él bufó. —Veo que ya te has enterado, no tengo nada que ver con la invitación. Nos caemos bien y...

—¡Rechaza ir a la boda o atente a las consecuencias!

—No.

Entrecerró los ojos. —¿Cómo que no?

—¡No pienso dejar que me amenaces! ¡Abre la puerta!

—Tú lo has querido.

—Nena...

Cogió el teléfono y maliciosa marcó el número antes de ponérselo al oído. —¿Barnies pizza? Quiero veinte pizzas gigantes de cuatro estaciones. —Dio rápidamente la dirección de Clancy. —Y dense prisa, por favor. Sí, les pagaré cuando lleguen. —Sonrió maliciosa. —Ya tiene el dinero preparado.

## Capítulo 12

Se estaba comiendo un plato enorme de espaguetis encantada de la vida mientras escuchaba como Clancy discutía con el repartidor de pizzas. —¡Le he dicho que yo no he pedido nada!

—¡Y yo le digo que me las paga o llamo a la policía! ¡Son doscientos treinta pavos! ¡Suelte la mosca de una vez!

—¡Llama a quien te dé la gana, yo no las he pedido y no pienso pagarlas!

—Mire, el restaurante de mi padre no tiene por qué pagar que a usted se la estén jugando. ¡Ya veo lo que le han hecho en la cerradura y esa caja de ahí, pero no es mi problema!

—¡Y yo no tengo la culpa que no cobréis el pedido antes de enviarlo!

—¡Esas aplicaciones son un robo para los restaurantes! ¡Y tenemos una fama! Pruebe un poquito y se dará cuenta de lo que es bueno. Luego no las rechazará.

—¿Me has manchado la camisa? —preguntó con voz heladora haciendo que Jenika riera a carcajadas. Los golpes en la puerta la sobresaltaron—. ¡Nena, ya está bien!

—¡Lo que ya está bien es tanto griterío! —vociferó una vecina desde el final del pasillo.

—Dele una pizza y ya verá cómo se relaja.

Retuvo el aliento y le oyó decir —Solo tengo doscientos pavos.

—Estupendo. Otro día me da la propina.

Jenika rio de nuevo y Violeta ladró.

—En algún momento tendrás que sacar a la perra —dijo él a mala leche—. Aquí te espero.

Perdió la sonrisa de golpe y miró a su princesa. —¿Le demostramos que no le tenemos miedo? —Decidida fue hasta la habitación y se puso unas deportivas. Cogió a Violeta en brazos y la correa antes de abrir. El portero estaba agachado ante la cerradura y

dijo como si nada —Buenas noches, Peter. Cuanto vandalismo hay por la zona, ¿no?

La miró sobre su hombro y levantó una ceja.

—Es que ya no se puede estar tranquila en ningún sitio. —  
Sonrió con descaro a Clancy que parecía a punto de estrangularla y dijo —Buenas noches, vecino.

—Nena...

—¿Sí?

—Te has olvidado el bastón ese destroza regalos.

—Oh, no lo necesito. Me encuentro mucho mejor. ¿A que es genial?

Él miró sus piernas donde mostraba las cicatrices sin ningún pudor. Tenía que vivir con ellas, así que no pensaba esconderlas más. —Menos mal que tu novia no consiguió dejarme coja. Una, que tiene una resistencia que no es normal. —Pulsó el botón para llamar al ascensor.

—Me alegro mucho, nena.

Chasqueó la lengua entrando en el ascensor y cuando se fue Clancy suspiró volviéndose hacia Peter que le observaba. —¿Tiene arreglo?

—No tiene buena pinta. Ella...

—¡Hablo de la cerradura!

Peter suspiró incorporándose. —Habrá que reventarla.

—Joder.

—¿Qué quiere que le diga? Ha metido la silicona a conciencia.

Pero por cien dólares puedo ofrecerle otra cosa que le vendrá de perlas.

Vio como abría una caja de pizza y cogía un pedazo para darle un buen mordisco. —¿De qué se trata?

Sonrió malicioso. —Esto le va a encantar.

Cuando llegó a su planta se sorprendió de no ver allí a nadie arreglando la cerradura, pero lo que más le sorprendió fue que se había limpiado el rellano y que Clancy no estaba. Desconfiada llegó a final del pasillo y estiró el cuello para mirar el otro que también estaba vacío. —Qué raro. —Cogió su llave y fue hasta su puerta. Al mirar la cerradura parpadeó porque tenía una cosa metálica delante para que no pudiera meter la llave. —Venga ya.

Escuchó una risa en el interior de su piso. —Donde las dan las toman, cielo. ¿Sabes? Ese tipo tenía razón, la pizza está buenísima.

No se lo podía creer. —¡Abre la puerta!

—Lo siento, no te oigo.

—¡Voy a matar a Peter!

—Solo quería ayudar, sabía que me recibirías con gusto.

Quería hacerla de rabiar y la verdad es que lo estaba consiguiendo porque tenía que ir al baño. Y ya. Iba a tener que sacar la artillería pesada. Se tapó los ojos con una mano y sollozó.

—¿Nena?

—Déjame pasar, me duelen las piernas.

La puerta se abrió de inmediato y Violeta entró corriendo. Asombrado vio que Jenika entraba en casa como si nada. —Pringado.

—¡No tiene gracia! ¡Eso es jugar sucio!

—Ya verás cuando venga la policía, ya. —Le empujó haciendo que trastrabillara hacia el pasillo y le cerró la puerta en las narices. —¡Y dile a Peter que como no me quite eso de la puerta llamo al administrador! ¡Le doy diez minutos! ¡Y a ti te doy otros diez para que llames a Malcom! ¡No vas a ir a esa boda!

—¡Eso ya lo veremos! ¡Seré yo quien llame al administrador y pondré cámaras!

Hizo una pedorreta y le escuchó jurar por lo bajo.

—¿Qué pasa? —preguntó Muriel.

—¡Tu amiga que está loca! ¡Mira lo que me ha hecho en la puerta!

Muriel soltó una risita.

—Sí, ríete, ¡pero te has quedado sin regalo de boda porque lo ha destrozado! ¡Un busto de vosotros dos en cristal de Murano traído especialmente de Venecia!

Abrió la puerta de inmediato mientras su amiga jadeaba. — ¡No sabía que era tu regalo! —Entonces entrecerró los ojos. — ¿Cuándo lo encargaste?

Clancy se tensó. —¿Qué?

—Algo así tiene que llevar su tiempo en hacerse, ¿cuándo lo encargaste? ¿Y de dónde sacaron los modelos para hacer esa escultura?

Muriel entrecerró los ojos. —Sí, porque mi novio me ha dicho hoy por la mañana que venías a la boda. ¿Cuándo supiste tú que serías uno de los testigos?

—Mummm...

Jenika abrió los ojos como platos. —¡Están compinchados de antes, amiga!

—Eso ya lo veo. La cuestión es desde cuándo. —Ambas dieron un paso hacia él. —¿Desde cuándo estás invitado?

—Malcom es un buen tío.

—Ya están defendiéndose —dijo Jenika a mala leche—. Al parecer son muy amiguitos.

—Uy, este me ha ocultado cosas.

—No lo consientas amiga, empiezan con tonterías y luego no te enteras de su vida. Increíble, Malcom un espía doble. —Jadeó llevándose la mano al pecho. —¡Se lo ha contado todo!

La novia entrecerró los ojos. —Le voy a matar.

—Nena, no malmetas.

Asombrada le miró. —¿Que no malmeta yo? ¡Tendrás cara! ¿Desde cuándo estás invitado a la boda?

—Desde el día en que os seguimos a la discoteca —dijo algo incómodo.

Se le cortó el aliento porque reconociera algo así. —¿Qué rollos nos estás contando? —preguntó Jenika.



—¡El día que le conocí aquí nos caímos bien y fuimos a tomar algo! Tenemos mil cosas en común y nos hicimos amigos, así que cuando me enteré de que saldríais le llamé y quedamos allí. Estabais bailando y Malcom dijo que Muriel era la única mujer que le hacía arder solo con una mirada y yo le dije que entonces tendría que casarse con ella, que no la dejara escapar. Me contestó que si algún día se animaba yo estaría en primera fila para verlo.

Muriel soltó una risita. —Le hago arder.

—¿Solo te has quedado con eso? ¡Nos ha mentido todo el tiempo!

—Ya. —Su amiga intentó ponerse seria, pero no podía. —Me quiere.

—Felicidades —dijo ella con ironía.

—No está bien que malmetas en su relación con Malcom.

Jadeó antes de fulminar con la mirada a Clancy. —¡Nunca he hecho eso! ¡Es más, he intentado que acabaran juntos!

—Eso es cierto. Uy, amiga, este quiere separarnos. ¡Pues no lo vas a conseguir!

—Claro que no. —Parecía que quería desmembrarle. —No podrá con nosotras.

—¿Que quiero qué? ¡Sois vosotras las que no admitís que Malcom y yo seamos amigos! ¿Por qué creéis que se calló? ¡Porque no quería conflictos con ninguna de vosotras!

—¿Entonces por qué no te llamó cuando tuvimos sospechas de que Miranda te era infiel? ¿Por qué nos siguió el juego? —Clancy se tensó y entonces lo comprendió todo. —Porque tú también las tenías, ¿no?

—Nena, no fue así del todo.

Intentó cogerla del brazo y se apartó furiosa. —¡Tú también las tenías y le dijiste que la siguiera! ¡Me hiciste parecer una loca y tú pensabas lo mismo!

—El día antes de irse vi como respondía una llamada y cuando me acerqué apagó el móvil a toda prisa. ¡Sentía que pasaba algo y cuando le dijiste a Malcom lo del anillo me mosqueé aún más!

—Dios... —Muriel estaba escandalizada. —Y viste las fotos incluso antes de que Jenika te llamara. Por eso Malcom salió del coche para decir que llamaría a unos contactos.

Nervioso por la expresión de Jenika la miró a los ojos. — Nena, no sabía que realmente me era infiel.

—Te enteraste de mi embarazo incluso antes de que Fabricio se lo dijera a Miranda. Todo fue mentira desde el principio. ¡Solo llamaste indignado cuando ella se enteró, antes este bebé no te importaba nada! ¡Por eso estabas tan seguro de que era tuyo! ¡Porque mi amiga se lo dijo a su novio y este te llamó!

Muriel pálida susurró —Me juró que no se lo diría a nadie.

—Me hizo prometer que no diría que me había enterado por él —dijo entre dientes.

—Dios mío, ¿con quién me voy a casar? ¡Qué clase de hombre es el padre de mi hijo! —gritó antes de echarse a llorar—. Lo siento Jenika, yo...

—Tú no tienes la culpa. —Abrazó a su amiga. —Tú no tienes la culpa de nada solo querías ayudarme. Y seguro que Malcom también.

—Me ha mentado.

Sí, eso era algo con lo que tendrían que lidiar. —Pues háblalo con él, seguro que todo tiene una explicación. Malcom te quiere más que a nada y en estos meses te lo ha demostrado. Como ha demostrado que es mi amigo, seguro que solo quería ayudarme.

—¿Eso crees?

Bueno, al parecer era más amigo de Clancy, pero no pensaba dejar que sus tejemanejes enturbiaran su relación con Muriel. No pensaba dejar que su prometido la hiciera tomar partido entre uno u otro. Ahí se dio cuenta de que no era justo para sus amigos estar en medio de su guerra, mejor dejarles aparte. —Estoy convencida que Malcom solo quería lo mejor para todos.

Muriel sorbió por la nariz. —Voy a hablar con él.

—Vale.

Se apartó limpiándose las lágrimas y miró a Clancy para gritar —¡Deja a mi amiga en paz!

—Eso será difícil porque es la madre de mi hija.

Ambas le miraron sorprendidas. —Hasta eso le ha dicho, este me va a oír —dijo Muriel furiosa antes de ir hacia el ascensor.

Con ganas de sangre miró hacia Clancy que se cruzó de brazos. —¿Y bien? ¿Vas a seguir con esta estupidez de la boda? ¿No te das cuenta de que tu actitud ha hecho daño a tu amiga?

—Eres un cerdo.

Sorprendido dejó caer los brazos. —¿Qué has dicho?

—No te importa a quien destroces por el camino, ¿verdad? Sabías lo que pasaría si nos enterábamos de vuestras mentiras, pero

te ha dado igual que Malcom arriesgue su relación.

—Jamás he pretendido que arriesgara nada.

—No solo eres un aprovechado sino también un cobarde.

—Nena, te estás pasando.

—¿Sí? No he mentido ni un ápice. Utilizaste a Miranda para huir de lo que sentías por mí, utilizaste a Malcom para aproximarte cuando de nuevo algo te interesaba, imi hija! ¡Y no te importaron los que han caído en el camino, pero entérate bien a mi hija no la vas a dañar!

—Jamás haría algo así.

—Por supuesto que no, porque no te dejaré. Nunca la conseguirás, soy abogada y tengo los recursos, jamás conseguirás ni una prueba de paternidad siquiera. —Él palideció. —Suerte con tu vida y con los incautos con los que te cruces. A mí no vuelvas a dirigirme la palabra, capullo prepotente o te juro por lo más sagrado que acabaré contigo, con tu empresa y con esa profesión que amas tanto. —Entró en su casa y cerró de un portazo. Si antes estaba decepcionada con él, ahora estaba totalmente segura de que solo se había mentido a sí misma porque era aún peor de lo que se imaginaba. No tenía ningún escrúpulo en decir que era una

arrastrada para que se alejara de él cuándo tenía sospechas de que lo que decía era cierto. No solo le había mentido desde el principio, sino que había utilizado a Malcom para conseguir sus propósitos. Sus ojos se posaron sobre el acuerdo que estaba aún encima de la mesa de centro. Ahora entendía cómo sabía que Muriel se mudaría a la zona este, se lo había dicho Malcom. Y ella pensando que su amiga se lo habría dicho en algún momento en los que se habían encontrado por el edificio. Falso, todo falso. Cogió el acuerdo y lo rompió en dos antes de tirarlo a la papelera. Era hora de mudarse.

Al día siguiente llamaron a su puerta y fue a abrir. Al ver a Clancy al otro lado levantó una ceja. —Quería decirte que me tengo que ir unos días al proyecto de Brasil. Me fui repentinamente y no pude rematar algunos trabajos. Debo ir.

Parpadeó como si esa información no la entendiera. —Te lo digo por si necesitas algo y no estoy. Para que entiendas... —Se pasó la mano por la nuca. —Joder nena, ¿no podemos arreglar esto?

Ella se alejó y cogió una hoja para llevársela hasta la puerta. Él la cogió sin entender. —¿Qué es esto? —Lo leyó a toda prisa y

apretó las mandíbulas. —Una amenaza de tu abogado.

—En realidad la he redactado yo, él solo la ha firmado. —  
Sonrió maliciosa. —Me dio por ahí. Como sigas molestándome, como sigas llamando a mi puerta, pienso denunciarte ante la fiscalía por cómplice de intento de asesinato.

—Joder, nena... Esto es pasar de castaño oscuro.

—Sí, lo vas a ver muy negro como siga adelante. Según la ley quien incita a un delito es tan culpable como el que aprieta el gatillo. Puedo demostrar que tú la acicateaste contra mí.

—Eso no lo demostrarás nunca.

Rio. —Qué ingenuo eres. Da la casualidad que ya he hablado con ella y ha firmado una declaración ante notario donde dice cómo le hablabas mal de mí, como cuando te llamó con el cotilleo de Fabricio le admitiste que el niño era tuyo. Claro, ahora sabemos que ya lo sabías porque te lo había dicho Malcom. Tu novia ha dado muchos detalles de cómo intentaste excusarte. ¿Quieres que te diga unas cuantas de esas excusas? Porque fueron varias. Esa loca me acosó, me agobiaba con su insistencia, buscó ese embarazo para cazarme ya que es una zorra sin escrúpulos... ¿Qué crees que dirían

los del jurado sobre esas frases? Estás animando a alguien a cometer asesinato para quitarme del medio.

—Yo jamás dije eso.

—¿No? Pues es lo que ella ha dicho. Aunque puede que lo haya dicho para intentar rebajar su pena. Intenta demostrar que es una débil mental que se dejó llevar por los nervios, ¿sabes? Igual hasta le sale bien.

—¡Yo jamás dije eso!

—Tendrías que demostrarlo. ¿Y mientras tanto qué ocurrirá con tu empresa? Esos viajes a Brasil se cancelarían. —Le miró con odio. —Te lo advertí, no te acerques más a mí porque te juro por lo más sagrado que después de estar en esa maldita silla un puto mes, después de poner en peligro a mi hija y mi trabajo, no me va a temblar la mano al llamar a ciertos amigos que ya me he hecho en la ciudad. Recuerda que trabajo con delincuentes y muchos me deben favores. La cárcel no te gustaría, te lo aseguro. —Entró en casa y cerró la puerta tranquilamente.

Él miró el papel que tenía en la mano y lo arrugó con rabia. — Muy bien, nena. Has ganado.



—¡Yo siempre gano! —gritó desde el otro lado—. ¡Hasta cuando creí que te había perdido salí ganando! ¡Adiós Clancy!

—Nunca te olvidaré, nena. Sería imposible olvidarte. Pero quiero que sepas que si algún día me necesitas solo tienes que llamarme.

Se le puso un nudo en la garganta mientras se alejaba y cerró los ojos dejando que las lágrimas brotaran. Acarició su pequeño vientre. Al fin se había acabado, pero como había dicho no le olvidaría nunca.

## Capítulo 13

Levantó la vista hacia la ventanilla y se dio cuenta de que habían llegado. Tiró sobre el asiento el periódico donde había una foto del presidente y pagó al conductor con veinte dólares. — Quédese la vuelta.

—Gracias.

Se bajó del taxi cargada de cosas y subió los tres escalones que llevaban a la nueva casa de Muriel y Malcom. Había quedado preciosa. Al fin era la fiesta del bebé y estaba emocionadísima porque hoy era el momento de saber si tendrían otra niña como su amiga deseaba. Tocó el timbre mirando los globos en azul y rosa que estaban colgados del farolillo. Pronto se descubriría el misterio. Qué ganas de verles la cara. Se abrió la puerta y sonrió a Malcom. —¿Ha llegado la tarta?

Él rio. —Sí, en el salón la tienes.

A toda prisa fue hasta allí y se detuvo en seco al ver a Clancy, que estaba de pie al lado de la chimenea. Era la primera vez que se veían desde aquella noche en la que habían roto totalmente su relación, porque él al día siguiente se había ido a Brasil y no había asistido a la boda de sus amigos.

—Nena, qué sorpresa... —dijo Clancy incómodo—. Les pregunté y no te esperaban tan pronto.

—Mejor me voy a la cocina, que tengo cosas que dejar allí.

—Por favor déjame a mí, tú ya lo has organizado todo —dijo Malcom cogiendo sus bolsas. Ella no las soltó y su amigo dijo entre dientes —Dámelas. —Tiró de nuevo, pero nada. —Jenika, dame las bolsas.

—Puedo hacerlo yo.

—Mejor quítate el abrigo y toma algo de beber, pareces acalorada. —Tiró de las bolsas de nuevo y ella gruñó cuando le vio ir por el pasillo hacia la cocina.

—Enseguida me voy, no te preocupes. Estoy esperando que baje Muriel para darle su regalo.

Asintió y sin mirarle se quitó el abrigo para colgarlo en el perchero. Entró en el salón y se puso a organizar los platos del buffet frío.

—Te veo bien. Ya no cojeas y tienes mucha barriga.

Ella no dijo nada.

—Estás preciosa, nena.

Apretó los labios cogiendo las enormes piruletas para empezar a pincharlas sobre los brownies.

—¿Quieres algo de beber?

—Voy a ver si Malcom necesita ayuda —dijo yendo hacia la puerta.

—Lo escuché todo.

Se detuvo en seco y le miró sin entender.

—El día del accidente. Te volví a llamar y respondiste. Oí los gritos y como la gente decía que estabas muerta. —Él apretó los labios antes de continuar —No me lo podía creer. Gritaba tu nombre, pero no me respondías y me di cuenta en ese momento que lo había hecho todo mal. Que te había apartado de mi vida y ya no tenía remedio porque te habías ido. Durante unas horas creí que estabas muerta hasta que Malcom me llamó desde el hospital para contarme

lo que había ocurrido y me dijo que te acababan de operar. Me subí al primer avión deseando verte, pero al llegar me di cuenta de que no tenía ningún derecho, por eso le pedí a Muriel que te preguntara si podía verte. Utilicé a Malcom, sí, pero es que estaba desesperado, nena. Ya no sabía qué hacer para acercarme a ti.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Rogándole con la mirada dio un paso hacia ella. —Ya no sabía qué hacer para que me perdonaras. Intenté que el bebé nos uniera, pero no dabas el brazo a torcer, solo querías que saliera de tu vida. Sé que hice mal, que no debí apartarme de ti, no debí desechar lo que teníamos, ¿pero cuándo vas a darte cuenta de que tú estás haciendo lo mismo?

Se le cortó el aliento mirando sus ojos. —¿Ahora soy yo la injusta? ¡Tú lo quisiste así, no puedes pretender que olvide todo lo ocurrido!

—No pretendo que lo olvides, solo que lo perdones porque si tú me hubieras querido, hubieras hecho lo imposible por estar a mi lado como he hecho yo.

Pasó a su lado y salió de la casa dejándola en shock. Muriel apareció en ese momento y la miró asombrada. —¿No he luchado

por él?

—Bueno...

Tuvo que sentarse de la impresión. —No lo he hecho, ¿verdad?

—Os conocíais de muy poco tiempo y tuvo que irse a Brasil. Todo pasó muy rápido y cuando se comprometió pasaron semanas hasta que reaccionaste al creer que Miranda le era infiel, pero sucedió el accidente y lo cambió todo. No fue culpa tuya.

—Le responsabilicé a él. —Las lágrimas cayeron por sus mejillas. —Le eché la culpa de lo que hizo esa loca.

—Nadie puede culparte por eso. Hasta él se responsabiliza de ello porque se equivocó en elegir la persona que debía compartir su vida. —Su amiga se sentó a su lado y sonrió con tristeza. —¿Por qué crees que se comprometió de la noche a la mañana? Se asustó de lo que sentía por ti, sabía que no eras la persona que mejor encajaba en su vida e intentó solucionarlo antes de que fuera a más.

Malcom dio un paso hacia ellas. —En cuanto llegó a Brasil supo que se había equivocado. Esperaba arreglarlo cuando volviera, pero todo se fue a la mierda.

—Me llamó arrastrada —dijo sin comprender.

—Eso fue culpa mía —dijo Malcom sorprendiéndola.

—¿Qué?

—Ya le había puesto sobre aviso de tus sospechas sobre el amante de Miranda y no quería que la siguieras durante más tiempo, así que fue duro contigo para que no investigaras más. Pensaba que si creías que la había dejado porque era infiel, nunca volverías con él por orgullo.

Separó los labios de la impresión. —Como si fuera un segundo plato.

—Exacto. No quería que pensaras que te tenía de repuesto. —Malcom apretó los labios. —Yo le dije lo de tu embarazo. Le llamé en cuanto Muriel se durmió la misma noche en que me lo dijo y él no pensaba llamarte, quería hablar contigo cara a cara cuando llegara a Nueva York. Pero Miranda le llamó después de que el cotilla del diseñador se fuera de la lengua y temió que todo se fuera a la mierda, porque esa chiflada te amenazó cuando habló con él por teléfono. Le llegó a decir que te mataría.

Jenika asintió. —Así que me llamó para que estuviera sobre aviso de que esa loca me visitaría, porque tú no podías decirme nada, se suponía que no teníais contacto.

—Precisamente.

—Y cuando hablé con él negué que mi niña fuera suya. Le colgué el teléfono. —Cerró los ojos.

—Demostrando que estabas tan cabreada que no querías saber nada más de Clancy. Pero él necesitaba hablar contigo desesperadamente, advertirte y te volvió a llamar.

—Pero fue demasiado tarde, ya estabas bajo el taxi —susurró su amiga.

—Dios...

Muriel la abrazó por los hombros. —Yo solo le vi una vez en el hospital. El día en que te despertaron y me rogó que le dejaras pasar. Al salir le dije fríamente que no y no volvió a preguntarme ni aparecer por allí nunca más.

—Pero sí que se interesaba por tu estado todos los días.

Sorprendida miró a Malcom.

—Cada día y a pesar de que yo le decía cuanto ibas mejorando, él hablaba por teléfono con una amiga de una de sus empleadas. Es enfermera en la planta donde estabas ingresada. — Su amigo suspiró. —Incluso dos de los ramos que te llevé eran suyos.



—¿Qué?

—Estuvo pendiente de ti todo lo que le permitiste y mientras tanto negoció con tus vecinos que se fueran para recuperar el apartamento —dijo Muriel mirándola apenada.

—Entendió que estuvieras furiosa, y más después de lo que estabas sufriendo. Intentó darte tiempo, pero tu frialdad iba a más y creyó que con el acuerdo te relajarías, que no estarías tan a la defensiva porque sabrías que no estaría ahí por ti sino por la niña, pero en cuanto te vio la cara supo lo que estabas pensando, que tú no eras importante pero la niña sí. Ya no sabía qué hacer, tu rechazo le hacía ir de error en error y cuando le amenazaste con la cárcel se dio por vencido. Supo que habías llegado a tu límite y decidió darte el espacio que pedías a gritos, incluso si con eso tenía que renunciar a su hija.

Se echó a llorar tapándose la cara con las manos y Muriel preocupada miró a su marido. —Cielo, tráele un vaso de agua. —Se quedó en silencio acariciándole la espalda. —¿Recuerdas cuando nos conocimos, amiga?

—Sí.

—Ese fue el día que cambió mi vida. Me diste la fuerza y el valor para reclamar lo que era mío, lo que me pertenecía. Mi trabajo, mi esposo, todo lo tengo gracias a que tú me impulsaste a conseguirlo con tu decisión. ¿Por qué no seguiste tus propios consejos?

—No podía ignorarle, si me ignoraba él primero desde Brasil y comprometido con otra.

—Venga ya, te rendiste. La Jenika que conocí hubiera hecho cualquier cosa para conseguirle, pero algo te asustó, algo te hizo retroceder y creo que fue cuando se comprometió.

Apretó las manos angustiada y Muriel susurró —Cuéntamelo.

—Mi madre...

—¿Sí?

—No te dije toda la verdad de lo que pasó en el instituto.

Muriel la miró sin comprender.

—Después de que encarcelaran a mi padre, mi madre conoció a un hombre en una reunión de padres. No sabía que estaba casado y estaba tan sola que se lio con él.

—¿Estaba casado?

—Sí. Mis compañeros se enteraron y me llamaban de todo.

—Y por eso reaccionaste cuando creíste que Miranda le era infiel. Viste una salida, tú ya no eras la responsable de que su relación se rompiera.

Asintió. —Y tienes razón. En ese momento hubiera hecho cualquier cosa por recuperarle.

—Pero te llamó arrastrada y eso removió tu experiencia en el instituto. Lo que provocó que levantaras un muro entre vosotros, que os ha llevado a la situación en la que estáis ahora.

Sollozó y Muriel preocupada por ella miró a su marido que suspirando dejó el vaso sobre la mesa. —Me parece que tienes mucho trabajo por delante.

Confundida le miró. —¿Qué?

—Ya va siendo hora de que recuperes a tu hombre. —Malcom sonrió. —¿No crees? ¿O prefieres ser infeliz el resto de tu vida?

Entrecerró los ojos antes de mirar a Muriel que sonrió. —Al menos te lo estás pensando. Es un avance. ¿Me dices ahora el sexo del bebé?

—¡Ni de coña! —Se levantó haciéndola sonreír. —Tendrás que esperar. Con todo lo que he trabajado no vas a fastidiarme la sorpresa.

—¿Llamo a Clancy para que vuelva? —preguntó Malcom divertido.

Sus ojos brillaron. —Mejor le llamo yo.

Diez minutos después se había recompuesto y salía del baño con el maquillaje impecable. Respiró hondo. —Vamos allá. —Cogió su móvil y salió al jardín. Carraspeó poniéndose el teléfono al oído.

—¿Jenika? ¿Eres tú?

Parecía ansioso. —Sí.

—Joder nena, cómo me alegro de que hayas llamado.

—Quiero firmar el acuerdo.

Él se quedó en silencio. —Ah, ¿sí?

—Lo he pensado mucho y creo que es lo mejor. La niña tiene derecho a conocerte.

—Me alegro de que pienses así.

—Perfecto.

—¿Quieres que lo hablemos? —preguntó a toda prisa.

—¿Hablemos?

—Del acuerdo. Podemos hablar de si quieres cambiar algún punto o...

—No es necesario.

—Si me dices donde vives ahora, te lo puedo llevar yo mismo.

—¿No te lo ha dicho Malcom?

—Sabía que Muriel le capararía como me lo dijera —dijo molesto.

—Entiendo. Puedes venir a recogerme a la fiesta del bebé y...

—En media hora estoy ahí —dijo antes de colgar.

Asombrada miró el móvil y Muriel soltó una risita mientras se sonrojaba de gusto. —¿Vas a torturarlo mucho tiempo?

—No, claro que no. Debemos hablar y hablar en serio de todo esto.

Muriel sonrió. —Así me gusta. Ven, entra en la fiesta. Ya han llegado algunas de las invitadas. Por cierto, ¿cuándo me vas a decir qué voy a parir?

Rio y entró con ella en la casa. —Ten paciencia.

Llegaron al salón y todas la saludaron dándole dos besos mientras los maridos hablaban con Malcom. Se sentaron en el sofá para empezar a repartir los regalos y disfrutó de la alegría de su

amiga en el momento de desenvolverlos impaciente. Mostró unos bodies a su marido y este hizo un gesto de apreciación haciéndola reír. Era un gusto verla tan feliz. Cuando terminó con todos los paquetes que habían dejado la habitación hecha un desastre, la miró fijamente y Jenika se echó a reír sin darse cuenta de que Clancy había llegado y las observaba al lado de Malcom. —¿Estás esperando mi regalo?

Se sonrojó. —Bueno, te has encargado tú de todo, pero estoy segura de que no has venido sin regalo, así que sí lo espero.

—Bueno, bueno... ¿Por qué no vas a la entrada y abres la puerta?

Miró a sus amigas que rieron y se levantó a toda prisa para correr hasta allí tan rápido como podía. Abrió la puerta y todos se agolparon para ver que había una caja de cartón en el suelo y un hombre con una tablilla. —¿Muriel Glenfield?

—Sí, soy yo —dijo impaciente.

—¿Me firma aquí, por favor?

Lo hizo a toda prisa y se agachó para coger la caja. —Con cuidado, es delicado —dijo el repartidor antes de irse.

—Gracias. —Entró en la casa cogiendo el paquete como si fuera una bomba de relojería y de repente se detuvo para mirar a Malcom con los ojos como platos. —Se ha movido.

—¿Cómo se va a mover, mujer?

A toda prisa Muriel dejó la caja en el suelo. —Te digo que se ha... —Un gemidito la detuvo en seco y levantó la vista hacia Jenika. Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No.

—Espero que te dé tanta felicidad como a mí —dijo emocionada.

Abrió la solapa lentamente para mostrar la cabecita de su cachorro. Un caniche negro precioso. —Dios mío, Dios mío... — Llorando lo cogió en brazos pegándolo a su pecho. —Es precioso.

Malcom se agachó a su lado y acarició su cabecita. —Gracias.

—Ha sido un placer. ¡Y ahora...!

Ambos la miraron con los ojos como platos.

—¡Ha llegado el momento!

De repente algo explotó sobresaltándoles y todo el salón se llenó de polvo rosa. Atónitos volvieron la vista hacia el salón donde Clancy todo lleno de polvo rosa tenía un pedazo de tarta rosa en la mano. —Creo que he accionado algún mecanismo al cortarla.

Todas se pusieron a chillar de la alegría y sus amigos se besaron. —Una niña.

—Qué día más redondo —dijo Muriel encantada.

Abrazó con cuidado a su amiga. —Felicidades.

—Ha sido genial, gracias. La mejor fiesta de mi vida.

—Podía haber ido mejor. —Se volvió fulminando a Clancy con la mirada y este hizo una mueca cogiendo una servilleta para intentar limpiarse, aunque eso sería imposible. —¿Te das cuenta de que lo has fastidiado todo?

—Preciosa, ya deberías estar acostumbrada. ¿Ibas a explotar esto aquí? Lo ha puesto todo perdido.

—Íbamos a comer la tarta en el jardín con los fuegos artificiales que he encargado, pero esto estaba aquí para que no se llenara de insectos. Se suponía que el polvo de azúcar saldría disparado cuando yo pulsara este botón —dijo levantando el mando y poniéndoselo ante la cara.

—Ah... Bueno, es polvo de azúcar, menos mal, creía que podría ser algo tóxico. Imagínate que problema.

—Te quedarás a limpiar.

—Claro que sí —dijo a toda prisa.



Malcom riendo le dio una palmada en el hombro. —Una niña.

—Felicidades.

Jenika bufó volviéndose y gritó a todos —¡Vamos al jardín!

—¿Aún no ha acabado? —preguntó Muriel ilusionadísima sin soltar al perrito antes de correr hacia el jardín.

Malcom dijo por lo bajo —Sigue cagándola, que vas bien.

—Muy gracioso.

Cuando llegaron al jardín bajaron el pequeño porche y Jenika se colocó ante los invitados con los futuros padres. —Esto es para vosotros.

Se elevó una pantalla enorme y empezó un video de ellos dos en la boda riendo, bailando y besándose con una música preciosa. Y en ese momento saltaron los fuegos artificiales en rosa dejándoles a todos con la boca abierta.

—Nena, tú sí que sabes organizar una fiesta.

Reprimió una sonrisa. —Gracias.

Él carraspeó. —Lo de la tarta no fue a propósito. Aún se puede comer.

—Eso vamos a hacer ahora.

—Ah, ¿que no nos vamos?

Frunció el ceño. —¿Tienes prisa?

—No, claro que no.

—Además tienes que limpiar. ¿No pretenderás que lo haga yo con esta barriga?

—Estoy dispuesto a todo.

—Bien. —Los fuegos acabaron y en la pantalla decía Si el primer año ha sido así, lo mejor viene ahora.

Muriel sonrió. —Gracias. Es increíble. ¡El mejor baby shower de mi vida!

—¿Cómo lo llamarás? —preguntó Clancy mirando al perrito.

—Blue. Malcom quería niño y se quedó sin el azul en la fiesta, así que blue porque será el niño de la casa de momento.

—Buen nombre.

—Espero que haga migas con Violeta —dijo Muriel.

—Claro que sí, mi peque lo adorará.

—¿Dónde la has dejado? —preguntó Clancy.

—Con su adorada niñera. Un día Jessica no me la devuelve.

Muriel se echó a reír. —Ya verás cuando vea a Blue. Se va a poner como loca. Cariño, hay que ir a comprarle sus cositas. Y tráele

agua, no sé cuándo bebió por última vez.

Entraron en la casa con los invitados y Jenika fue hasta la pantalla para hablar con los operarios. —Gracias, ha ido perfecto.

—Creía que saldrían con la tarta.

—Ha habido un giro de los acontecimientos, pero todo ha ido bien. Envíeme la factura cuando quiera. Oh, y agradezca a ese amigo suyo del ayuntamiento el permiso para los fuegos.

—Lo haré.

Se volvió y allí seguía Clancy. Se sonrojó.

—¿Permiso del ayuntamiento?

—Claro, no podíamos hacerlo sin él. ¿Te imaginas que viniera la policía?

Malcom abrió la puerta del porche. —La policía está llamando a la puerta principal.

—¿Qué? No es posible. —Miró al hombre. —¿No pidió el permiso?

—Claro... —dijo recogiendo a toda prisa—. Corre, corre —dijo a su ayudante.

Gimió.

—Venga nena, demuestra lo buena abogada que eres.

Levantó la barbilla. —Claro que sí.

Cuando llegó a la entrada los agentes discutían con Muriel sobre su fiesta. —¿Qué ocurre?

—Uy, aquí está mi abogada. Ella ha organizado la fiesta.

—¿Sí? —preguntó el policía—. Pues gírese que se viene con nosotros a comisaría.

—¿Perdón?

—Cuando empezaron los fuegos artificiales nos hemos puesto en camino hacia aquí para pedir los permisos pertinentes, pero nos acabamos de enterar por radio de que no solo se han saltado todas las leyes al respecto, sino que también han estado a punto de darle a un avión que despegaba del JFK. ¡Estas cosas no se hacen así como así!

—¡El hombre que me lo organizó, pidió permiso al ayuntamiento! —Asombrada estiró el cuello mirando hacia la calle para ver que metían las cosas en su furgoneta a toda prisa. —¡Esos, esos son!

Los policías se volvieron y uno corrió tras ellos. —¡Eh!

El otro policía levantó una ceja.

—¡Será una broma! ¡Yo contraté un servicio! ¡No es mi responsabilidad sino la suya!

—Mientras esto se aclara vendrá a comisaría. De todas maneras, tiene que declarar y más le vale que salga de esta porque pueden acusarla de atentado al invadir un espacio aéreo.

Palideció y Clancy dijo —Nena, ¿habla en serio? ¿Eso puede pasar?

—Sí.

—No fastidies. —Dio un paso hacia la policía. —Oiga, mi mujer no es responsable, yo elegí a los tipos esos, aunque ella hablara con ellos. Yo iba a pagar esa factura, así que si hay alguien que deba ir a comisaría soy yo.

Jenika le agarró del brazo. —¿Pero qué haces?

Él se acercó a su oído y susurró —Comprobar si te importo, nena. ¿Me defenderías?

Sin aliento sintió que la besaba en la mejilla antes de acercarse al policía y darle la espalda para que lo esposara.

—Clancy...

—Es lo mejor, nena. Para nosotros, para la niña... Es lo mejor.

El policía empezó a leerle sus derechos y tiró de sus manos para que bajara los escalones. —Dios mío...

—¡Jenika haz algo! —exclamó Muriel.

Apretó los labios antes de gritar —¡Te sacaré hoy mismo!

Clancy sonrió metiéndose en el coche.

—Mierda —dijo Malcom.

—Cariño saca el coche y lleva a Jenika a la comisaría.

—No.

La miraron asombrados. —Antes ve a por tu cámara. Saca fotos de esa camioneta y del logo de la empresa. Mientras tanto iré a casa a por el recibo del anticipo.

—Eso, mejor ir con pruebas —dijo Muriel—. ¿Y yo qué hago?

—Rezar porque no intervengan los federales.

## Capítulo 14

Llegó a la comisaría vestida con su traje gris. Se acercó a recepción para hablar con la agente. —Jenika, qué sorpresa.

—Hola, Rose.

—¿Tienes a alguno de los tuyos aquí?

—Sí, a mi prometido.

La mujer dejó caer la mandíbula del asombro. —No fastidies.

—¿Has oído lo de los fuegos artificiales?

Rose silbó. —Los de control aéreo están que trinan, quieren que rueden cabezas.

—Sí, me lo imagino. Ya he visto la prensa fuera. ¿Dónde tienen a Clancy?

—Está en interrogatorios.

Fue hasta las escaleras y subió los escalones tan aprisa como podía con esa barriga. Su hija dio una patada. —Sí, cielo. A ver si sacamos a tu padre del lío en que le he metido. —Pasó entre las mesas y llegó a interrogatorios. Menos mal que esa comisaría se la sabía de memoria, pero era lógico, sus clientes eran de la parte alta de la ciudad y no era raro que después de detenerles en sus residencias acabaran allí. Llegó al pasillo donde estaban las salas de interrogatorios y vio a través del primer cristal que le tenían ante una mesa y dos hombres con trajes oscuros le estaban interrogando. Mierda. Abrió la puerta sin llamar. —¿Señores?

—No puede entrar aquí.

—Oh sí, claro que puedo. Es mi cliente.

—Hola, nena. —Clancy sonrió. —Estás preciosa.

Se sentó a su lado y dijo por lo bajo —Déjame hablar a mí.

—Estoy deseando verte en acción.

Los hombres se miraron. —¿Le va a defender usted?

—Mi nombre es Jenika Whitfield y soy la representante legal del señor Levant. ¿De qué se le acusa?

—Atentado fallido a una aeronave donde viajaban doscientos pasajeros, ¿le parece poco?



Sonrió con cinismo. —Hablemos en serio, caballeros. No sé quien pulsó el botón del pánico en este caso, pero es evidente que se precipitó y ahora no pueden dar marcha atrás. Pero la darán, de eso me encargaré yo, porque acusar a mi cliente, que regaló unos inocentes fuegos artificiales a una pareja de amigos, no es delito.

—Si no se pide el permiso sí.

—Ah, llegamos al meollo del asunto. —Abrió su maletín. —Aquí tienen la factura del encargo a la empresa pirotecnias Levington y el mail que yo misma les envié con los requisitos para la fiesta. Y su respuesta, por supuesto, diciendo que me llamarían para confirmar los detalles. —Les puso delante las fotografías de la furgoneta. —¿Ve? Es aquí donde pone pirotecnias, mi cliente no ha tocado ni siquiera un petardo en su vida. Él encargó una fiesta y esos señores no hicieron su trabajo. —Señaló el mail. —¿Ve? Aquí dice específicamente que sí se encargan de los permisos. —Señaló la otra hoja. —¿Ve aquí? Pone que hablaría conmigo. Y yo declararé, ante un jurado si hace falta, que me dijeron que sí los conseguirían. Mi cliente no tuvo nada que ver excepto en decir “sí cielo, que lo hagan” y en pagar esta facturita como regalo a nuestros amigos. Clancy levántate que nos vamos.

—Un momento —dijo uno de ellos muy serio—. Su cliente no se va a ningún sitio.

—¿Y eso por qué? ¡Cómo vaya con esto a la prensa van a quedar en ridículo!

—Es que hay otras cosas que dilucidar en todo esto.

—¿Sí? ¿Cuáles? —Miró a Clancy. —¿De qué hablan?

—Nena, no te alteres no es bueno para la niña.

Ay madre, ¿y ahora qué? Uno de los agentes le puso delante una carpeta. La abrió a toda prisa para mostrar un puente. —Eso que está viendo es un puente que se destruyó hace once meses en Brasilia. Un atentado. —Se le empezó a helar la sangre. —Qué casualidad que después a su "cliente" se le diera la construcción del nuevo.

Aquello era ridículo y miró a Clancy levantando una ceja. — Nena, te dije que no te pusieras nerviosa, solo dicen tonterías.

—¡Bueno, ya está bien! —Se levantó mirándoles con la furia reflejada en sus ojos. —¿Me están tomando el pelo? ¿Ahora los terroristas usan fuegos artificiales? —Ambos se sonrojaron. —¡No sé lo que quieren conseguir con esto, pero si alguien la ha cagado en su departamento que lo asuma en lugar de acusar a personas

inocentes! —Les señaló con el dedo. —¡Como no suelten a mi cliente de inmediato y cuando digo de inmediato digo ya, voy a salir ahí fuera y decir a los cuatro vientos lo ridículos que son en su departamento! ¡Y después pienso ponerles una demanda por daños y perjuicios! ¡A mi cliente no lo van a usar de diana para evitar reconocer una cagada en su departamento! ¿Me he explicado con claridad?

Los dos apretaron los labios y la puerta se abrió dando paso a una mujer con traje oscuro. —Señor Levant puede irse.

—¡Al fin algo de cordura! Vamos cielo, que con tal disgusto me ha entrado ardor de estómago. —Agarró las fotos y las metió en el maletín antes de fulminar a todos con la mirada.

—Agentes detengan a la señorita Whitfield.

Atónita miró a la mujer. —¿Cómo ha dicho?

—Como ha reconocido usted lo organizó todo. Usted es la responsable.

—¿Nena?

—¿Acaso tengo pinta de terrorista?

—Ha transgredido la ley al detonar esos artefactos sobre el cielo de Manhattan.

—¡Qué son fuegos artificiales! ¿Pero es que todos han perdido la cabeza?

—El señor Levington acaba de declarar que usted sería la encargada de la pirotecnia. Que su trabajo solo consistía en programarlos con el video. Todo lo encargó usted.

—Claro que sí, porque ahora me encargo de hacer fuegos artificiales en mi casa. —Miró a todos ellos y en una de sus solapas vio un pin que le llamó poderosamente la atención. —Ya entiendo por dónde va esto.

—Nena, creo que es un tema de seguridad nacional. Hoy el presidente ha estado en la ciudad.

—Me acabo de dar cuenta, cielo. Son del servicio secreto. Era el avión del presidente el que volaba a millas de aquí, ¿no es cierto? No pueden mentirme, sería muy fácil de comprobar si quisiera. —Rio. —Dieron la alarma antes de saber lo que se había lanzado y ahora no quieren quedar en ridículo. Por eso han mentido con lo del avión de pasajeros. Las elecciones están a la vuelta de la esquina, ¿no? —Puso las manos sobre la mesa. —Pues ni el presidente ni su santa madre van a intimidarme. En este país aún se tienen derechos y si no quieren que organice tal circo mediático que les deje a todos

a la altura del betún, les advierto que no será suficiente con que me detengan.

Clancy se levantó. —Nena, tranquilízate.

La mujer apretó los labios. —Lárguense de mi vista.

—Buena elección. —Agarró su maletín. —Vamos cielo, los demás están preocupados.

Salieron de la sala y ella le miró de reojo. —Abajo hay prensa, pero teniendo en cuenta quien está metido en esto, lo mejor es largarse cuanto antes diciendo que ha sido un malentendido que afortunadamente no ido a más. Que por supuesto eres inocente y bla, bla, bla. Se ha filtrado tu nombre a la prensa, hay que disipar cualquier duda para limpiar tu imagen y la de tu empresa.

—Está bien —dijo muy serio.

—Déjame hablar a mí y si alguien te pregunta di que afortunadamente todo este malentendido se ha aclarado.

Bajaron los escalones y él abrió la puerta para que pasara. —  
Adiós Rose.

—Adiós guapa.

Salieron a la calle y varios periodistas se acercaron con sus cámaras, aunque casi todas las preguntas iban dirigidas a Clancy

que respondió con aplomo y se sintió orgullosa porque la verdad ella se había puesto bastante nerviosa con la situación, sobre todo al darse cuenta de que eran del servicio secreto.

—Ahora si nos disculpan mi mujer está embarazada y todo esto ha sido bastante estresante para ella.

Llegaron hasta el coche de Malcom y la subió en la parte de atrás sentándose a su lado. Malcom salió a la carretera de inmediato. —¿Cómo ha ido?

—Tendrías que haberla visto, casi se los ha comido.

—Cielo, no hables de comer que... —Le vomitó sobre los pantalones y Clancy hizo una mueca.

—Nena, ¿estás bien?

—Sí... —Se dejó caer en el respaldo. —Nos hemos librado por los pelos.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Clancy—. Pero si lo tenías todo controlado.

—¿Eso parecía? Pues te aseguro que me vi con mis huesos en la cárcel. Cometí un delito y por ser el avión del presidente me podrían haber caído veinte años de prisión.

Malcom silbó mientras Clancy palidecía. —No jodas. ¡Nena, no organices más fiestas!

—Bueno, la de Navidad...

—¡Qué la organice Muriel!

—Ya lo vamos viendo.

Cerró los ojos y Clancy se puso nervioso. —Tío date prisa. Parece que va a desmayarse, está pálida como la cera.

—Tranquilo, novato. A veces dan estos sustos, pero no es nada. Tiene el cuerpo alterado, eso es todo. Joder como huele, abre la ventanilla que el aire le sentará bien.

—¡Si hace un frío que pela! ¡Písale joder! —Ella cogió su mano sin abrir los ojos. —¿Estás mejor?

—Te perdono.

Se le cortó el aliento. —¿De veras?

Abrió los ojos y sonrió. —De veras. Y gracias por cargar con la culpa.

—De nada. —Él la miró impotente. —¿Te importa que no te dé un beso?

Rio por lo bajo. —No, no me importa.

Suspiró del alivio. —Gracias nena.

Malcom les dejó en casa de Jenika y Clancy la ayudó a salir del coche. —Malcom perdona por... eso.

Él se echó a reír. —Tranquila, así practico para cuando llegue la niña. Descansa y gracias por la fiesta, ha sido fantástica.

—De nada.

—Vamos nena, tienes que tumbarte —dijo Clancy agarrando su maletín para cogerla de la cintura.

El portero abrió a su paso. —Hola Robert, él es el señor Levant.

—Mucho gusto.

—Normalmente no va con esas pintas, pero hemos tenido una tarde movidita.

—Que se mejore, señorita Whitfield.

—Gracias majo.

Él sonrió. —Si necesitan cualquier cosa avísenme.

—Gracias —dijo Clancy entrando en el ascensor—. Nena, qué planta.



—La décima.

Él pulsó a toda prisa y la apoyó en la pared. —¿Te mareas?

—No sé qué me ha pasado, pero ha sido subir al coche...

—Los nervios.

—Sí. Necesito ducharme y beber algo.

—Enseguida, nena.

Las puertas se abrieron y recordando sus primeros días en la ciudad rio por lo bajo.

—¿Qué es tan gracioso?

Salieron del ascensor y fueron hacia la puerta dieciocho. Abrió la puerta con la llave y dijo —No contaba contigo.

—Entiendo que hoy...

Entró en su casa y se quitó la chaqueta del traje. —No hablo de hoy. —Sonrió tirándola a un lado. —Hablo desde el principio.

La siguió hasta el baño y Jenika encendió la luz. —Hablo de cuando me iba a mudar a Nueva York. —Se llevó la mano a la falda y la dejó caer. —Lo tenía todo previsto, ¿sabes?

—¿De veras? —dijo mirando sus piernas.

—Iba a conseguir un apartamento con clase, trabajaría como una loca para ser socia y me haría un nombre en la ciudad.

Elevó la vista hasta sus ojos. —¿Qué más?

—Nada más, solo eso. —Se quitó la camisa tirándola al suelo. —Pero llegaste tú. —En ropa interior se acercó al lavabo y cogió el cepillo de dientes. Echó la pasta y empezó a cepillarse. Pasó tras ella y abrió el grifo de la ducha. A través del espejo vio cómo se quitaba la camisa sin dejar de mirarla. Se agachó para aclarar la boca y cogió la toalla secándose los labios mirando a través del espejo sus ojos que decían a las claras que esa ducha iba a ser de lo más interesante. —Me sorprendiste.

—Tú también a mí, nena.

Se volvió para apoyar la cadera en el lavabo. —¿Te arrepentiste de tu decisión?

—Cada día.

—Bien... —Llevó las manos a la espalda y se quitó el sujetador antes de dejar caer las braguitas a su lado y meterse en la ducha, pero dejó la mampara abierta, lo que era una obvia invitación.

Él sonrió de medio lado quitándose los pantalones y entró con ella pegándose a su espalda. —¿Sabes que estás preciosa?

—Sí.

Rio por lo bajo cogiéndola por la cintura para besarla en el cuello. Aquello era una delicia y cerró los ojos sintiendo que sus manos recorrían su vientre. —Nunca lo he hecho con una embarazada.

—Nunca lo he hecho embarazada. —Elevó el brazo para acariciar su nuca y se volvió reclamando sus labios. —Va a ser una experiencia nueva para los dos.

La miró como si fuera suya antes de besarla de nuevo hasta que ya no pudo pensar en nada. Clancy la pegó a la pared y levantó su pierna mientras ella se agarraba a sus hombros. Sintiendo que le faltaba el aire apartó su boca. —No pares.

—No podría. Joder nena, llevo tanto esperando esto...

Entró en ella tan lentamente que fue una tortura y Jenika gimió sin poder creerse que fuera aún mejor que la vez anterior. Aferrada a él sintió que salía de su ser y se tensó sin darse cuenta provocando que gimiera de placer. Cuando volvió a llenarla fue una lenta tortura y volvió a hacerlo tan lentamente que creyó que

moriría. Poco a poco esa tortura fue casi insoportable y gritó agarrándole del cabello —¡Clancy, quiero más!

Él se apartó lo suficiente para mirar su rostro. —Nena, el bebé.

—¡Déjate de historias! —Sintió como se deslizaba de nuevo y gritó porque cada fibra de su ser parecía a punto de quebrarse, pero el éxtasis no llegaba lo que la frustró. —Cielo...

Movió las caderas con más contundencia y Jenika se quedó sin aliento por el placer que la recorrió de arriba abajo, pero él no se quedó ahí porque aceleró sus movimientos llenándola una y otra vez. Clancy perdió el control y cada estocada era más contundente que la anterior hasta que llegó un punto en que ambos saltaron juntos hasta encontrar el paraíso.

Clancy besaba su cuello cuando consiguió ser consciente de lo que pasaba. Él se agachó para besar sus pechos. —Nena, estoy de lo más impresionado con tus pezones. ¿Ya tienes leche? —Chupó con ganas y ella gritó de placer. Sonrió con malicia antes de mordisquearlos de nuevo. —Preciosa espero que te quede algo de energía porque desde que te he visto esta tarde me he imaginado mil maneras de hacer el amor con tu barriga y pienso ponerlas todas

en práctica. —Pasó la mano por su entrepierna haciéndola gritar y sonrió. —Veo que a ti también te interesa el tema.

Durmiendo con una sonrisa enorme en la cara ni se dio cuenta de que Clancy la observaba. Sonó el teléfono y él juró por lo bajo levantándose a toda prisa para no despertarla. Al ver quien era apretó los labios antes de ir hacia el baño y entornar la puerta. Jenika abrió apenas un ojo para ver lo que hacía. —¿Qué ocurre? — Escuchó lo que tenían que decirle. —No, ahora no puedo irme, joder. ¿Para qué te tengo a ti? ¿Estás de coña? No pueden cambiar ese pilar, sujeta un tercio de la estructura. Me importa una mierda que quieran hacer ahora una carretera por debajo. Por cierto, por ahí pasa un río por eso se hace un puente, ¿alguien ha hecho cálculos con el caudal en época de lluvias? —Vio a través de la rendija como se pasaba la mano por la nuca antes de apretar los labios—Entiendo. Te llamo luego.

Él salió del baño y al ver que estaba despierta se detuvo en seco. —¿No duermes?

—Tienes que irte —dijo algo decepcionada.

—Lo siento nena, sé que es un momento horrible, pero quieren cambiar el proyecto y no era lo pactado. Tengo que ir para poner las cosas claras.

Lo entendía, no podía reprochárselo. —¿Cuándo te vas?

—Me están sacando el billete para mañana. —Se sentó a su lado. —¿No te molesta?

—Sí, pero es lo que hay. Lo acepté entonces cuando me explicaste como era tu vida y lo acepto ahora. —Preocupada le miró a los ojos. —Sé que no es lo que quieres tú, pero no puedo seguirte.

—Nena, no te lo pediría. Además, la vida de la niña estará aquí. —Apartó un mechón de su cabello tras el hombro. —Será duro para todos, pero intentaré organizarme para no estar fuera tanto tiempo.

Forzó una sonrisa. —Las navidades serán nuestras.

—Lo prometo. —La besó. —Ya que no vas a dormir hay que aprovechar el tiempo —dijo haciéndola reír bajo sus labios.

Comiendo con Muriel que no paraba de hablar de lo trasto que era Blue por la casa, se quedó mirando a una pareja que tenían

a dos mesas de la suya. Él cogió su mano y mirándola a los ojos dijo algo que emocionó a la novia. Muriel al darse cuenta de que no le hacía ni caso miró hacia allí y sonrió. —Qué bonito, el primer amor.

—¿Crees que es el primero?

—Son muy jóvenes. —Volvió la vista hacia ella. —¿Cómo lo llevas?

—Con resignación. No me queda otra, así que hay que aguantar si quiero que estemos juntos.

—Eso no suena muy romántico.

—No me hagas caso —dijo incómoda.

—Cuéntamelo.

Hizo una mueca. —Ayer se le olvidó llamarme y lo hizo a las dos de la mañana. Como comprenderás no estaba de humor para hablar y contesté con monosílabos. Ni se ha acordado de que hoy tenía la revisión de la niña. Fue hace tres horas y ni me ha llamado para preguntar cómo va todo. No sé si esto va a funcionar. Llevamos así tres semanas y ya se me está haciendo un mundo.

—Lo siento.

—No es culpa tuya.

—No, digo lo siento porque no puedo hablar más, creo que estoy de parto.

Abrió los ojos como platos. —No fastidies, estoy muerta de hambre.

Muriel jadeó indignada. —Pues que te lo pongan para llevar. —Levantó el brazo. —¡Camarero, la cuenta!

—No te pongas nerviosa.

—Tengo que llamar a Malcom. Mierda, tenía una sesión de fotos importantísima.

Cogió el móvil de encima de la mesa y de lo nerviosa que se puso se le cayó al suelo. Ver a dos embarazadas intentando coger el móvil sin levantarse de la silla era todo un show y más cuando Muriel se puso a gemir apretándose el vientre. Empezó a jadear y todos los que las rodeaban las miraron. —Deja de hacer eso —dijo entre dientes.

—Hostia, cómo duele.

—No me digas eso —dijo espantada.

—¡Tenemos que irnos! —Se levantó y en su prisa por coger el bolso se llevó también el mantel y al caminar cayó todo lo que había en la mesa. Jenika asombrada la miró con los ojos como platos. —



¡Date prisa! ¡Necesito un taxi! —De repente miró hacia abajo y dijo —¡Ay madre, los Louboutin! ¡A la mierda los zapatos!

Jenika se levantó y corrió hacia ella. —Todo va bien, has roto aguas.

—¡Acabo de perder todo el glamour! —le gritó a la cara.

—Tranquila, que nadie se ha dado cuenta.

Un camarero se acercó con la cuenta y gritó —¡Servicio de limpieza!

Jenika agarró la cuenta. —Ya podrías ser más discreto, guapo. ¿No ves que está de parto? —Al ver la cuenta en su mano jadeó. — ¿Sesenta dólares por un agua?

—Y por los dos platos de pasta que no os habéis comido, maja.

—¡Es una emergencia! —Cogió su bolso y se volvió para pasar la tarjeta por el datáfono cuando oyó un gemido. Al mirar a Muriel vio que doblada estaba agarrada al hombro de un yupi que era quien gemía. Corrió hacia ella. —¡Muriel, suelta eso! —Forzó una sonrisa. —Así me gusta campeón, tú guardando el tipo. Otro ya estaría llorando.

—Poco me queda, ¿puede decirle que me suelte?

—Ay... —dijo Muriel pálida y sudando a mares—. Leche, cómo duele esto de repente. Jenika haz algo.

—Claro que sí, cielo. Vamos a por un taxi. Llamaremos a Malcom de camino.

—Eso, eso...

Siendo objeto de todas las miradas caminaron entre las mesas y a punto de salir Muriel se dobló de nuevo. Empezó a preocuparse de veras porque no podían haber pasado más de cinco minutos. —¡Corre, ya tendríamos que estar en el hospital!

—Eso, tú apúrame. —Las dos caminando como patos llegaron a la acera y Jenika levantó el brazo, pero no se detenía nadie. —Ay madre, que voy a parir en la calle.

—Qué va. ¡Taxi! —gritó impaciente. Se puso el teléfono al oído y gritó —¡Malcom, ya está de parto! ¡Vamos al Lennox Hill!

—¡Eso será si conseguimos taxi! —Muriel movió los brazos de un lado a otro.

—¿Pero qué haces? Pareces uno de esos que dirigen los aviones en pista.

—Muy graciosa. —Un taxi se detuvo ante ellas. —¿Ves cómo funciona? —Abrió la puerta y al ver una mujer dentro gritó —¡Pague

más rápido, señora! ¿No ve que esto es una emergencia?

La mujer salió espantada y Muriel casi entró de un salto. Jenika hizo una mueca. —Tú no te pongas nerviosa, cuando te toque a ti todo será más tranquilo. ¿Tranquilo? Y una mierda cuando te tendrás que encargar tú sola. —Entró en el taxi y le dijo al conductor que les llevara al hospital. El teléfono sonó y descolgó de inmediato. —Sí, ya vamos, estamos en el taxi. —Miró a su amiga que se agarraba el vientre soplando demasiado rápido. Que no se le desmayara por hiperventilación, por favor. —Sí, te vemos allí.

Para sorpresa de Jenika, aún tardó dos horas en dar a luz. Dos horas larguísimas de gritos, jarras de hielo y revisiones entre las piernas. Los tres en la misma habitación no se perdieron ni un segundo de aquella aterradora experiencia. Ver a su amiga sufrir, sudar, llorar y gritar le quitaban a cualquiera las ganas de ser madre. Miró su vientre. —Demasiado tarde, ¿eh? Bah, contigo será distinto.

Un grito que ponía los pelos de punta le hizo mirar hacia la cama y la doctora gritaba que empujara. Leche, ¿pero cuánto había que empujar? Ay madre, que se estaba mareando.

Muriel gritó de nuevo agarrando la mano de Malcom y de repente se escuchó un llanto. Se le cortó el aliento levantándose mientras Muriel lloraba de felicidad. Elevaron a la niña y se la pusieron a la madre sobre el pecho mientras Malcom pálido como la cera cortaba el cordón umbilical. Elevaron de nuevo a la niña y una mujer la cogió de inmediato para llevarla hasta una mesa donde la pesaron, le pasaron una pera por las fosas nasales y la boca antes de empezar a limpiarla. Mejor ignorar que era algo feíta, acababa de pasar por un duro trance. Malcom loco de contento le dio un beso en la frente a su mujer antes de besar sus labios. —Es preciosa —dijo ella llorando a moco tendido.

—Sí que lo es —dijo su marido. Pues para ser fotógrafo no tenía mucho ojo. Volvieron a llevar a la niña con Muriel y esta sollozó. —Mi niña.

—Jenika.

Ambos miraron hacia ella y parpadeó. —¿Qué? ¿Necesitas algo? ¿Más hielo?

Rieron. —No —dijo Muriel—. Te estamos diciendo que la niña se llamará Jenika.

Se llevó la mano al pecho de la impresión. —No. —Sonrió de oreja a oreja. —¿De veras?

—De veras —dijo él—. Llevará el nombre de su madrina.

Se emocionó de tal manera que sus ojos se llenaron de lágrimas. —Gracias, chicos. Es una gran responsabilidad y me alegro de que hayáis pensado en mí. Es un honor ser la madrina de Jenika.

—No, gracias a ti —dijo Muriel—. Siempre estás ahí.

Sonrió. —Como vosotros, chicos. Sois mi familia.

Los ojos de Muriel se llenaron de lágrimas. —Lo mismo digo.

## Capítulo 15

Cuando Muriel se quedó dormida decidió ir hasta su casa ya que su madre se quedaba con ella. Impaciente salió de la habitación y se puso el teléfono al oído, estaba deseando darle la noticia a Clancy, pero este no lo cogió. Qué raro, allí debían ser las siete de la tarde. Volvió a intentarlo y nada. Bufó porque al parecer tendría que esperar a que la llamara él. —Estupendo, cielo.

Veinte minutos después entraba en su casa con Violeta y Blue. Les dio de cenar y cogió el teléfono con intención de volver a intentarlo. Se sentó en el sofá y esperó.

—¿Diga?

Ese no era Clancy. —¿Quién es?

—¿Quién es usted?

—¿Dónde está Clancy? —preguntó mosqueada.

—Disculpe, si no me dice quién es...

—¡Soy Jenika! ¿Dónde está mi novio? —Le dio un vuelco al corazón por el miedo que la traspasó. —¿Está bien?

—Oh, sí, está bien. —Jenika suspiró del alivio. —Es que se ha dejado el móvil en el coche.

Parpadeó sin poder creérselo. —¿Que se ha dejado el móvil en el coche?

—Sí, está en la obra, ¿quiere que le diga algo?

Su novia embarazada estaba a cientos de kilómetros y él se dejaba el móvil en el coche. Si estaban así al principio, cómo estarían dentro de un año. Ella sintiéndose más sola que la una, eso estaba claro. —Sí, dígame algo. Apunte.

—Estoy listo.

—¡Se acabó! —gritó—. ¡Y esta vez es para siempre! ¿Lo ha apuntado?

El tipo carraspeó. —Creo que seré capaz de transmitirle el mensaje.

—Bien. ¡Qué pase una buena noche! —gritó antes de colgar. Se levantó para empezar a pasear de un lado a otro mientras los perritos la miraban aburridos desde su cama. —¡Esto es inconcebible! ¿No había luchado tanto por mí? ¡Y ahora ni me coge el teléfono! ¡Esto te pasa por idiota! —Furiosa fue hasta su habitación. —Mira, date un baño y te relajas, que estas ganas de gritar no son normales. —Abrió el grifo de la bañera y echó unas sales. Entonces escuchó el sonido del teléfono. Entrecerró los ojos y miró hacia la puerta. —¿Ahora llamas? —Mosqueadísima fue hasta el salón y cogió el móvil para ver que era Muriel. Descolgó a toda prisa. —Sí, tu pequeño está muy bien, ya está en la camita.

—Estupendo. ¿Te ha llamado?

—¿Tienes unos minutos para que pueda ponerle verde a gusto?

—Claro, la niña está dormidita y Malcom se ha ido a comer algo. Solo está mi madre que está chateando con todo el mundo para enviarle las fotos.

—Se ha dejado el móvil en el coche —dijo entre dientes—. Lo ha cogido su ayudante o yo qué sé. ¡Para que veas lo que se preocupa por mí!



—Cielo, un olvido lo tiene cualquiera.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme? Pues menuda amiga estás hecha. —Se pasó la mano libre por la frente. —Se ha acabado. —Hubo un silencio al otro lado. —Si estoy así ahora no me quiero imaginar como estaré dentro de un año.

—¿No será que tienes las hormonas alteradísimas y todo te molesta?

Se sentó en el sofá. —¿Eso crees?

—No lo sé, por eso pregunto. Tú eres una mujer muy independiente. Si alguien puede llevar este tipo de relación eres tú, pero ahora estás embarazada, irritable con las hormonas disparadas...

—¿Y por esa misma razón no debería cuidarme mucho más?

—Puede que tengas razón. No sé cómo lo has hecho, pero yo no hubiera podido superar el embarazo sin Malcom. Creía que tú eras distinta, hasta ahora no te has quejado, pero es evidente que cualquiera necesita algo de apoyo.

—Solo han pasado dos semanas y ya no lo soporto. Clancy tenía razón desde el principio. Él necesita otro tipo de esposa y yo... Ya no sé qué pensar. No se puede sobrevivir a esta situación

atesorando los momentos que hemos pasado juntos, con frías llamadas y olvidos garrafales. —Entonces le entró una llamada y miró la pantalla. —Fíjate, ahora sí que es él.

—Hablarlo y luego me llamas que me muero de la intriga.

Colgó a su amiga y le respondió —¿Qué quieres?

—Nena, que se me olvidó el teléfono en el coche.

—Se te han olvidado algunas cositas más.

Se quedó en silencio y juró por lo bajo. —Hostia, la revisión.

—¡Pues sí! —gritó al teléfono sintiendo que el cabreo volvía de nuevo. —Te he llamado veinte veces! ¡Ya veo lo preocupado que estás por mí y por la niña!

—Nena...

—Tenías razón, esto no funciona. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Ni siquiera estás por teléfono cuando quiero decirte algo. Hoy Muriel ha tenido a la niña y la han llamado como yo, estaba tan contenta... ¡Iba a decírtelo y no me cogiste el teléfono! ¡Una cosa es una relación a distancia la mayor parte del tiempo y otra muy distinta que todo te importe una mierda hasta que llegues!

—Lo siento.

—Por cierto, la niña está bien.

—Jenika, entiende que estoy trabajando como un cabrón para llegar lo antes posible.

—Entiende que estoy de ocho meses y puedo dar a luz en cualquier momento. ¿Sabes cómo me siento cuando no respondes el teléfono?

—Te juro que a partir de ahora lo llevaré siempre conmigo.

Negó con la cabeza, pero su corazón le hizo decir —Tengo miedo. —Se echó a llorar. —Tengo miedo de que todo esto no sirva para nada, de que le pase algo a la niña y tú no estés aquí conmigo. Sé que tienes ese trabajo, que tu empresa es muy importante pero...

—No sigas.

Se le cortó el aliento.

—Desde el principio sabías lo importante que es para mí. He luchado como un cabrón para hacerme un nombre en esta profesión. Lo sabías, nunca te engañé al respecto.

—Lo sé.

—Nena, sé que estás sensible y que me necesitas. Por eso estoy haciendo todo lo posible para llegar cuanto antes. No debes tener miedo. Malcom y Muriel están contigo para lo que necesites y mis padres también.

—¡Si todavía ni los conozco!

—Algo que solucionaremos estas navidades. Ten un poco de paciencia, por favor. Te juro que cuando vuelva de Brasil muchas cosas cambiarán. Viajaré mucho menos, te lo prometo.

—¿De veras? —preguntó sin creerse una palabra.

—De veras. Ahora cuéntame cómo es la niña.

—Uy, no.

Él se echó a reír. —¿No me digas?

—Espero que mejore porque madre mía.

—Nena, que acababa de salir. Los hijos de mi prima también eran feos cuando nacieron y después mejoraron mucho.

Empezó a relajarse. —Menuda mata de pelo negro tenía y estaba roja como un tomate. Cuando lloraba era todo boca y Muriel diciendo que era preciosa.

—¿Nunca habías visto un recién nacido?

—En la tele y salen mucho más guapos.

—Ahí ya tienen unos días.

—Me han pedido que sea la madrina.

—Y yo seré el padrino.

Entrecerró los ojos. —¿Cuándo te lo dijeron? —Se hizo el silencio al otro lado. —¿Clancy? ¿Cuándo te lo dijeron? A mí me lo han dicho hoy mismo y en estos días pasados no me habías dicho nada, así que te lo tienen que haber dicho hoy. ¿Si no tenías el teléfono como has hablado con Malcom?

—Nena...

Se le cortó el aliento. —No me lo cogiste a propósito. ¡Esto tiene que ser una puñetera broma! —gritó furiosa.

—Estaba en una reunión y...

Colgó el teléfono y sin pensarlo más bloqueó su número. — ¡Qué te den, maldito mentiroso! —Fue hasta el baño y gritó cuando vio que el agua había rebosado la bañera. En su prisa por cerrar el grifo resbaló cayendo de espaldas a plomo sobre el suelo. Gimió poniéndose de costado y sollozó por su estupidez. Violeta le lamió la cara gimiendo. —Estoy bien, tranquila, estoy bien. —Le dolía tanto la espalda que al intentar levantarse le dio un tirón y ese dolor le rodeó la barriga. Pálida consiguió ponerse de rodillas y cerrar el grifo de la bañera. Su teléfono empezó a sonar. El dolor era tan intenso que creyó que iba a desmayarse. —Dios mío, no. —Prácticamente se arrastró fuera del baño y sin saber de dónde sacaba las fuerzas consiguió llegar hasta el salón. Los últimos metros fueron una

tortura y al llegar al sofá estiró el brazo para agarrar el móvil. Ya no sonaba. Consiguió marcar el número de emergencias y esperó.

—Nueve, uno, uno, ¿cuál es su emergencia?

—Por favor, necesito ayuda —dijo con la respiración agitada —. Estoy embarazada de treinta y cuatro semanas. Me he caído. — Sollozó de miedo. —Me duele mucho.

—Denos su dirección, enseguida llegará alguien para ayudarla.

Lo hizo a toda prisa y también dio sus datos. —Muy bien Jenika, ya están muy cerca. ¿Puedes llegar hasta la puerta?

—Puedo intentarlo.

—Si te va a costar mucho mejor no te muevas.

—Tengo portero —dijo con esfuerzo porque otro dolor atravesó su vientre.

—Perfecto, él les abrirá.

—Creo que estoy de parto.

—Ya están llegando a tu calle. No cuelgues hasta que estén contigo, yo me quedaré aquí.

Escuchó el sonido de las sirenas y miró hacia la ventana. — Les oigo, veo las luces. —Lloró del alivio. —Gracias por ayudarme.

—No es nada. Seguro que todo irá muy bien.

Hasta ese momento no fue consciente realmente de lo sola que estaba y lloró muerta de miedo.

—Intenta calmarte. Enseguida te ayudarán.

Estaba teniendo otro dolor mucho más fuerte y en ese momento abrieron la puerta. Una de los sanitarios corrió hacia ella y Jenika susurró al teléfono —Gracias.

La doctora sonrió cogiéndole el móvil. —Ya estamos en el domicilio, procedemos a auxiliarla —dijo antes de colgar—. Muy bien Jenika, cuéntanos qué ha ocurrido —dijo abriendo su bolsa.

Lo hizo tan aprisa como pudo mientras otro hombre la tumbaba y este le puso un collarín antes de pedir una camilla rígida. En menos de tres minutos salían con ella del apartamento y asustada por Blue y Violeta no sabía qué hacer. —¿Puedo llamar a alguien?

—Sí, por supuesto. —Le dieron el móvil que se había quedado en el sofá y a toda prisa llamó a Jessica. Afortunadamente dijo que se haría cargo encantada de ayudar, y el portero se ofreció a abrirle la puerta. Más tranquila porque eso ya estaba solucionado se acarició el vientre rezando porque todo fuera bien.

Pero no fue bien, porque en cuanto llegó al hospital le hicieron unas placas y aunque afortunadamente no tenía ninguna vertebra rota por la caída, efectivamente estaba de parto. La tocóloga con los dolores que tenía en la espalda no quería hacerla sufrir con un parto, así que en cinco minutos estaba lista para entrar a quirófano para una cesárea. No había pasado más miedo en su vida y cuando empujaron su camilla dentro de quirófano las lágrimas corrían por sus sienes sin control. Fue un alivio que el anestesista le inyectara algo en el brazo, fue un puñetero milagro lo bien que le hizo sentir, pero aun así la preocupación no se iba y miraba la sábana azul que tenía delante impaciente por oír el llanto de su niña.

—¿Todo va bien?

—Perfecto, Jenika —dijo alguien desde el otro lado. Entonces lo escuchó y fue el sonido más hermoso del mundo.

Sollozó y alguien cogió su mano. Al mirar hacia allí vio una enfermera cuyos ojos sonreían. —Y te vas a llevar una sorpresa.

—¿De veras?



De repente apareció alguien con un bultito en las manos y se lo puso sobre el pecho. Al mirar a la niña se le cortó el aliento. —Es pelirroja. —Rio fascinada por lo bonita que era. —Es pelirroja y preciosa.

—¿Hay pelirrojos en tu familia?

—Su tía lo es. —Rio. —Ni se me había pasado por la cabeza.

—Son las sorpresas que nos da la vida —dijo la enfermera—. Ahora me la voy a llevar para asearla y que la revise el pediatra.

—¿Pero todo va bien?

—Sí, no te preocupes. Tiene algo de frío pero es normal, todo va muy bien.

Suspiró del alivio. —Gracias.

—¿Cómo se llama para el registro del hospital?

Era algo que había querido hablar con Clancy, pero nunca surgió el tema. Cuando lo recordaba siempre se decía que lo hablarían en la siguiente conversación telefónica y al final nunca lo habían hablado. —Se llamará Muriel.

—¿Y su apellido es?

En ese momento supo que aunque su relación no funcionara no sería justo que su niña no tuviera relación con su padre aunque

solo fuera unos días al año. Sabía bien lo que era perder a un padre y no era justo dejar que su hija se sintiera así si podía evitarlo. Ella debía ser lo primero y si era lo mejor debía ponerle su apellido. — Muriel Levant.

—Precioso —dijo antes de alejarse.

—La cicatriz ya está cerrada. Cubridla y llevadla a la sala hasta que se le quite la anestesia. —Una mujer apareció a su lado y se bajó la mascarilla. —Cuando subas a la habitación te llevarán a la niña. Te harán más pruebas en la espalda para saber lo que ocurre. Un traumatólogo irá a hablar contigo.

—Gracias.

—De nada. —Sonrió. —Una niña preciosa, ahora a disfrutarla.

—Lo haré.

Tumbada en su cama con la niña al lado en su cunita observó como empezaba a entrar la luz por las ventanas. Entrecerró los ojos pensando en su vida y en cómo quería vivirla. Miró hacia la niña y entrecerró aún más los ojos. Pensó en su profesión, en las horas que se pasaba trabajando y como serían las cosas a partir de ahora. Le

dio vueltas a todo durante horas y la sonrisa de Clancy apareció en su mente. Lo bien que se sentía a su lado y todo lo que le necesitaba hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas. Cogió su móvil y se mordió el labio inferior marcando su número. Se puso el teléfono al oído y escuchó los tonos. Un sonido como el suyo se escuchó fuera de la habitación y ese sonido se acercaba a toda prisa. Se le cortó el aliento bajando el móvil y la puerta se abrió mostrando ese rostro que no olvidaría nunca. Vio el alivio en su mirada. —Me has dado un susto de muerte —dijo antes de sonreír.

Emocionada susurró —Has venido.

—Cuando me bloqueaste llamé a Malcom, pero como tampoco le cogías el teléfono le dije que no se preocupara que me subiría al primer avión que pudiera. Pero el único vuelo que encontré me dejaba en Washington y no he podido llegar a Nueva York hasta hace una hora. —Se acercó a ella. —Me enteré de lo que había pasado cuando llegué a tu apartamento. —Se sentó a su lado y se miraron el uno al otro. Era evidente que Clancy no sabía cómo comportarse. —¿Estás bien?

—Sí.

Hizo un gesto con la cabeza hacia la cuna y él la miró distraído antes de expresar la sorpresa en su rostro. —No puede ser.

—Se levantó para rodear la cama y sonriendo de oreja a oreja se agachó. —Es pelirroja.

—Sorpresa.

Él rio por lo bajo acariciando la mejilla de la niña. —Y yo pensando que te tenían en esta planta por precaución debido a la caída.

—Me han hecho una cesárea.

Apretó los labios antes de mirarla a los ojos. —Te he fallado.

Alargó la mano. —Ven.

Él se la cogió de inmediato y se sentó a su lado. —Nena, lo siento. Era una reunión muy importante y no podía coger el teléfono. Cuando salí me llamó Malcom y pensaba llamarte, pero pasaron mil cosas y...

—Se te olvidó.

—Tienes razón en todo lo que me reprochas. Tú estás aquí y me necesitas. No es justo, pero... —Apretó su mano. —No puedo perderte. Sé que es egoísta pero no puedo perderte, mi amor.

Se le cortó el aliento. —¿Me amas?

—Lo más duro que he hecho en mi vida es separarme de ti. En todas esas ocasiones siento que dejó parte de mi aquí y esta

última vez ha sido una tortura estar alejado.

—Por eso trabajas tanto.

—Nena, te amo. Cambiaré las cosas, puedo encargarme a alguien que vaya a las obras, no sé cómo me arreglaré, pero te juro que encontraré una solución.

—Ya la he encontrado yo.

—No lo vamos a dejar. —Besó su mano. —Te juro por mi vida que haré que funcione nena, pero no me dejes, no puedo vivir sin lo que siento a tu lado.

Emocionada susurró —Ni yo tampoco, por eso voy a dejar mi trabajo.

—¿Qué? Te encanta tu trabajo.

—Sí, pero a ti te quiero más.

—Eso sería egoísta por mi parte, no pienso permitirlo. La niña se va a criar aquí, soy yo quien debo renunciar a algo. Ella no puede estar de un lado a otro.

—¿Por qué no? —preguntó sorprendiéndole.

—Nena.

—Conocerá mundo, y puede estudiar a distancia, muchos lo hacen. Además, me merezco unas vacaciones y después puedo

trabajar telemáticamente.

—Eres abogado penalista.

—Hace unos meses asistí a una conferencia y ese tío solo decía chorradas. Puedo dar cursos online. —Clancy entrecerró los ojos. —¿Quién sabe? Con internet no hay límites. Mi trabajo no consiste solo en ir al juzgado, mucha gente necesita ayuda. — Sonrió. —Te amo. Te amo y te necesito, nuestra niña acaba de nacer y quiero disfrutar de ella, de ti. Como dijiste no me mentiste al decirme tus razones para no estar conmigo. No era justo recriminarte que estuvieras lejos cuando yo había aceptado la vida que tenías, tus viajes, tus ausencias... Duelen, pero no es justo que te lo eche en cara cuando sabía perfectamente a lo que me enfrentaba. Pero hay que reconocer que esto no funciona y no es justo que dejes a un lado un trabajo mucho más brillante, mucho más emocionante que el mío. —Sonrió. —Tú haces historia, ¿recuerdas? Aquí tumbada me he dado cuenta de que si te amo, debo apoyarte y lo haré.

Él sonrió. —Así que me amas.

—Tanto que siento que no vivo si no estás a mi lado.

Se agachó y besó suavemente sus labios. —Gracias nena, te juro que no te defraudaré.

Acarició su mejilla mostrando en sus ojos todo lo que le amaba. —Eso no pasará porque no te quitaré la vista de encima, cielo.

Él rio por lo bajo antes de mirar hacia la cuna. —Es realmente preciosa. ¿Ponemos nombre a la niña?

—Eh... Así que el vuelo fue hasta Washington. Que faena, ¿no?

La miró horrorizado. —¿Ya le has puesto nombre?

Le rogó con la mirada. —Recuerda que me amas.

—Sí, ¿y eso que tiene que ver?

—Y recuerda que Muriel te cae muy bien.

—¿Muriel? ¿Le has puesto Muriel?

—Bueno, me gusta el nombre. ¿No crees que le pega? —Él miró a su hija y asintió. Sonrió satisfecha. —Menos mal.

—¿Y el apellido?

—Pues el tuyo.

Suspiró del alivio y ella le fulminó con la mirada. —Como estabas cabreada... Muriel Levant, me gusta.

Sonrió. —Y a mí. —Soltó una risita. —Parece el nombre de una artista. A ver si nos sale pintora o algo así.

—Pues entonces el siguiente proyecto le va a encantar, preciosa.

Se le cortó el aliento. —¿A dónde nos vamos?

—Prepárate para pasar al menos dos años en... Milán.

Chilló de la alegría abrazándole y él acarició suavemente su espalda. —Es fantástico. Italia, estoy deseando ir. Pero vendremos a menudo, ¿no? No quiero perder a Muriel.

—No la perderás, nena. Seis meses al año como mucho, lo prometo. El resto lo pasaremos aquí.

Se apartó para mirarle. —Te amo.

—Gracias por adaptarte a mi vida, mi amor.

—Tenía que hacerlo porque aunque te hubiera dejado, me sería imposible olvidarte. Sufriría cada minuto de mi vida lejos de ti y ya hemos sufrido bastante, ahora seremos felices porque estaremos juntos.

—Para siempre, nena. —Besó sus labios. —Juntos para siempre.





## Epílogo

Muriel miraba a su alrededor fascinada y Jenika salió a la gran terraza con una jarra de limonada, mostrando su espectacular moreno con los pantalones cortos y la camisa de seda de tirantes que llevaba.

—La casa es preciosa.

—Gracias. —Se sentó a su lado en la silla de forja. —Es del año mil ocho cientos veinte. Nos encanta.

—Yo también estaría encantada. —Sonrió observándola. —  
¿Eres feliz?

—Mucho. Ha sido una de las mejores decisiones de mi vida. Y mis cursos online para estudiantes cada vez tienen más suscriptores. La niña está feliz en la guardería que le hemos encontrado y nos

llevamos muy bien con las madres. Es increíble ya tiene un año y medio, se me ha pasado el tiempo volando.

—¿Y con Clancy?

Miró hacia él que le estaba enseñando a Malcom el acantilado que estaba al otro lado de la valla. —Cada día le amo más. Somos muy felices. —Sonrió mirando hacia Muriel. —¿Y tú? ¿Qué tal todo por Nueva York?

—Estoy embarazada.

Chilló de la alegría y se levantó para abrazarla. —Felicidades.

Los hombres se acercaron y levantó la vista hacia Malcom que reía. —Felicidades.

—Gracias. Ha sido otra sorpresa.

Clancy le palmeó el hombro. —La vida está llena de sorpresas, amigo. De eso se trata.

Se sentó como los demás. —¿Esta vez queréis niño o niña?

—Un niño estaría bien —dijo Malcom.

—A mí me da igual. Jenika es un ángel y si tengo otra como ella perfecto.

—Claro que sí.

—Voy a llamarla que a esta hora mi madre la habrá despertado ya.

—Luego podemos ir a comer al pueblo y damos una vuelta. Así recojo a la peque de la guardería —dijo distraída cogiendo un canapé—. Dale un beso de mi parte.

Malcom rio por lo bajo. —Cada vez que le hablamos de ti pregunta que cuándo irás a verla.

—Oh, qué mona.

Miró hacia Clancy que rio por lo bajo. —En Navidades, nena.

—Venga ya, tío, este año solo habéis ido dos semanas. ¿Tanto trabajo tienes?

—Échale la culpa a mi mujer.

Malcom no entendía nada.

—Hace unos meses asistimos a una fiesta y se hizo amiga de una arquitecta que aquí tiene mucho renombre. Paula lleva proyectos importantes y necesitaba un ingeniero de estructuras para un túnel que ella no podía hacer, así que me lo pasó a mí. Ahora estoy terminando un proyecto y he empezado otro mientras mi despacho en Nueva York lleva lo de América.

Malcom la miró y entrecerró los ojos. —Tú no te quieres ir de Milán, ¿no?

Se sonrojó. —Claro que sí. Pero en un añito o dos. Me encanta la casa, la gente y la vida que llevamos aquí.

—La verdad es que os entiendo. Esto es idílico.

—Iremos a Nueva York para Navidades y nos quedaremos un par de meses —dijo Clancy.

—Estupendo. —Se acercó y susurró —Muriel te echa de menos.

Perdió algo la sonrisa. —Pero si la llamo casi todos los días.

—El año pasado estuvisteis más tiempo allí y no lo notó tanto, pero cree que te va a terminar perdiendo.

Se levantó de inmediato y entró en la casa. Su amiga miraba las fotos de la familia sobre la chimenea y por supuesto estaba la suya de ellas dos en el hospital con las niñas en brazos. —¿Cómo está Jenika?

—Estaba enfadada, no quiso hablar mucho. —Rio por lo bajo. —Aunque tampoco es que diga mucho con año y medio. —Se volvió hacia ella. —Me alegro de que aquí seas feliz.

La abrazó sorprendiéndola. —No me perderás nunca, ¿me oyes? Y esto no será así siempre. De hecho, cuando Muriel tenga que ir al colegio nos trasladaremos a la ciudad.

Sorprendida se apartó. —¿Qué? —gritó de la alegría.

—Lo hemos hablado mucho y nos hemos dado cuenta de lo importante que es para ella que tenga amigos estables, que vaya a un colegio, así que cuando cumpla tres años se habrá acabado.

—¿Y el trabajo de Clancy?

—Eso es lo mejor. Durante todo este tiempo ha formado un equipo que le permitirá hacer los viajes mínimos. Igual una semana o dos, pero el resto del tiempo sabrán arreglárselas solos. De hecho, incluso puede que regresemos después del proyecto de Paula porque Clancy no quiere empezar otro proyecto en otro sitio. Además, ahora tiene mucho trabajo en los Estados Unidos, se ha hecho un nombre y cuando llegue tendrá mucho que hacer allí.

—Es estupendo.

—¿Ya le has dado la noticia? —preguntó Clancy entrando en la casa con su marido.

—Cielo, vuelven a casa —dijo Muriel ilusionada—. Bueno, el año que viene, pero vuelven para siempre.

—¿Vas a volver a trabajar? —preguntó Malcom.

Entrecerró los ojos. —Me lo estoy pensando. Con los cursos me siento genial y tengo tiempo para la niña.

—¿Genial? Nena, no seas modesta. Tiene diez mil suscriptores.

Sus amigos la miraron impresionados. —He de reconocer que me va bien, ¿para qué volver a un despacho donde tengo que trabajar de sol a sol? ¿Y tú, Malcom? ¿Cuándo es la exposición de fotos? Te juro que no fallaremos.

Horas después estaban ya en la cama y escucharon gemir a la niña. Se tensaron mirando hacia la puerta, pero dejó de gemir. — Falsa alarma —dijo tumbándose y pasando su pierna sobre las de su marido—. Cariño...

Él apagó la luz. —Dime.

Acarició su pecho. —Nos estamos quedando atrás.

Rio. —No me puedo creer que hayas dicho eso.

—Pues conociéndome como me conoces no debería sorprenderte —dijo sensualmente bajando su mano hasta la

cinturilla de su pantalón.

—Nena, no me tientes. Ya lo habíamos hablado, cuando lleguemos a América tendremos más.

Se subió sobre él y le miró a los ojos. —Es cierto, lo habíamos hablado.

—Ha sido una locura encontrarle una guardería que le gustara. Habla más italiano que inglés y será un shock cuando nos vayamos, lo sabes. Perderá todo lo que ha conocido hasta ahora. No queríamos que al siguiente le pasara algo parecido.

—Tienes razón. Pero aún será muy pequeño —dijo con picardía—. Cuando hablamos de esto fue el año pasado y ahora... — Se agachó para besar sus labios. —Aún tienen que pasar nueve meses antes de que dé a luz. —Él gruñó acariciando sus glúteos por encima del pijama de seda. —Y cuando nos vayamos todavía no será consciente de lo que deja atrás.

Antes de darse cuenta la había tumbado devorando su boca y se hizo un hueco entre sus piernas haciéndola gemir al sentir la dureza de su sexo. Él apartó su boca y la miró a los ojos. —Nena, eres de lo más convincente. Y esa parte de ti me vuelve loco.

—Te vuelve loco todo de mí —dijo con la voz agitada.



—Eso no lo dudes nunca.

—Mmm, cierta parte de tu cuerpo pide a gritos un ingeniero que la revise de inmediato —dijo comiéndoselo con la mirada.

Él levantó una ceja. —¿Necesitas un plano?

—Creo que podré apañármelas, mi amor.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)

- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino (Serie Texas)
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor

- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón

- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón

- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo

- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo

- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikingos)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.

- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139- Renunciaré a ti.
- 140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
- 143- Lady Elyse (Serie época)
- 144- Nada me importa más que tú.
- 145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
- 146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
- 147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
- 148- ¿Cómo te atreves a volver?
- 149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
- 150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)



- 151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
- 152- Tú no eres para mí
- 153- Lo supe en cuanto le vi
- 154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
- 155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
- 156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
- 157- Me has dado la vida
- 158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
- 159- Amor por destino 2 (Serie Texas)
- 160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
- 161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
- 162- Dulces sueños, milady (Serie Época)
- 163- La vida que siempre he soñado
- 164- Aprenderás, mi amor
- 165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)
- 166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)
- 167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
- 168- Sólo he sido feliz a tu lado
- 169- Mi protector
- 170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)

- 171- Algún día me amarás (Serie época)
- 172- Sé que será para siempre
- 173- Hambrienta de amor
- 174- No me apartes de ti (Serie oficina)
- 175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)
- 176- Nada está bien si no estamos juntos
- 177- Siempre tuyo (Serie Australia)
- 178- El acuerdo (Serie oficina)
- 179- El acuerdo 2 (Serie oficina)
- 180- No quiero olvidarte
- 181- Es una pena que me odies
- 182- Si estás a mi lado (Serie época)
- 183- Novia Bansley I (Serie Texas)
- 184- Novia Bansley II (Serie Texas)
- 185- Novia Bansley III (Serie Texas)
- 186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)
- 187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)
- 188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)
- 189- Lo que fuera por ti 2
- 190- ¿Te he fallado alguna vez?
- 191- Él llena mi corazón

- 192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)
- 193- No puedes ser real (Serie Texas)
- 194- Cómplices (Serie oficina)
- 195- Cómplices 2
- 196- Sólo pido una oportunidad
- 197- Vivo para ti (Serie Vikingos)
- 198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)
- 199- Un baile especial
- 200- Un baile especial 2
- 201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)
- 202- Lo siento, preciosa (Serie época)
- 203- Tus ojos no mienten
- 204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)
- 205- Sueño con un beso
- 206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)
- 207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)
- 208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)
- 209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)
- 210- No soy lo que esperabas
- 211- Eres única (Serie oficina)
- 212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)

- 213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)
- 214- Lo siento, preciosa 2 (Serie época)
- 215- La intensidad de lo que siento por ti
- 216- Lucha por lo que amas (Serie Australia)
- 217- Ganaré tu corazón (Serie Vikingos)
- 218- Mi otra cara de la moneda
- 219- Ni tú conmigo, ni yo sin ti
- 220- No necesito más, si te tengo a ti (Serie Oficina)
- 221- Me enfrentaré a todo por tu amor (Serie época)
- 222- Algo único (Serie Australia)
- 223- Volver a enamorarte
- 224- Empezar de nuevo (Serie oficina)
- 225- Nunca seré tuya (Serie Vikingos)
- 226- Sería imposible olvidarte (Serie Vecinos)

### Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3

4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte
14. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.